Selección

TERROR

extra

BOLSILIBROS

TERROR

CARTAS A LOS ESPIRITUS DE LOS MUERTOS

Ralph Barby

En la sala sobre la antigua mesa de roble de siete centímetros de grosor y casi dos metros por uno, danzaba una bellísima muchacha al son de aquella música hipnotizante que brotaba de un magnetofón estéreo y alta fidelidad, con más de dos docenas de vatios de salida de altavoces. Allí se fundía la electrónica con la música más ancestral, nacida en la lejana noche de los tiempos.

La sensual muchacha ondulaba y contorsionaba su cuerpo con una belleza que secaba las gargantas de los hombres que la admiraban. Sus movimientos lentos semejaban querer imitar las ondulaciones de una serpiente.

En su extraña danza no había nada prefabricado, de folclore oriental para turistas; eran los movimientos de una juvenil sacerdotisa que podía haber vivido un milenio antes.

En aquella muchacha se mezclaba la sangre de Asia y Europa. Sus ojos eran grandes, ni redondos ni almendrados, limpios. Las pupilas oscuras no eran negras ni amarronadas; si se las miraba bien, parecían rojo oscuras.



Ralph Barby

Cartas a los espíritus de los muertos

Bolsilibros: Selección Terror extra - 20

ePub r1.0

xico_weno 12.12.17

Título original: *Cartas a los espíritus de los muertos*
Ralph Barby, 1983
Ilustraciones: Jorge Sampere

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



Capítulo primero

«EL invierno es triste y patético», pensó Jordi Arnot.

—Sí, lo es —admitió Alexa a su lado.

El hombre movió ligeramente la cabeza para mirarla, la casi nula circulación en contra se lo permitía. Además, el automóvil de Jordi Arnot rodaba sin ninguna prisa. No era un anciano corriendo en contra de su voluntad hacia las puertas del cementerio.

—¿Decías? —inquirió Jordi Arnot.

—Que sí, que es triste y patético, a mí no me gusta —confesó Alexa.

Hubiera podido jurar que sólo había pensado, que no había hablado; sin embargo, ella…

Alexa era una mujer madura que debió haber sido muy hermosa. Había ganado incluso con concurso de belleza y había sabido conservarse, quizá con algunos kilos de más que no embrutecían su cuerpo, sino que lo hacían más sensual y deseable.

Entre Jordi Arnot y Alexa existía una diferencia de edad no inferior a los quince años. El hombre aún no había llegado a los treinta; en cambio, ella había caminado hacia una madurez que sabía llevar de tal modo, que no era raro que tuviera que oír peticiones de hombres que deseaban acabar con ella en la cama.

Alexa tenía un cabello rubio con un punto ligeramente rojizo. Lo llevaba corto y cuando salía al aire libre, protegía los ojos tras unas monumentales gafas de sol que quizá trataban de evitar que la luz pusiera de relieve las patas de gallo que ella trataba de sepultar bajo sofisticadas cremas cosméticas.

—Los árboles están desnudos —observó Jordi Arnot.

Conducía despacio, de forma que Van Erick, que iba cómodamente sentado en el asiento posterior, lo pudiera ver todo a través de la ventanilla.

—Para este negocio no interesan los álamos, los robles, las

hayas, los frutales en general; no son buenos los árboles que pierden sus hojas en invierno —opinó Van Erick con su fortísimo acento holandés.

—Lo mejor son las coníferas —comentó Alan volviéndose para sonreír a Van Erick, que rayaría en la sesentena. Su cabello era ya totalmente canoso.

En el arcén, casi en la raya blanca que lo separaba del carril de circulación, había un gran perro muerto. La sangre que había escapado por su boca, nariz y ano, ya estaba negra. Debía haber recibido la embestida de algún coche y el animal había sido reventado en sus órganos.

Jordi Arnot desvió ligeramente el coche para no pasar por encima de sus patas. Atrás quedó el gran perro con los ojos abiertos, sin ver ya pasar a los verdugos rodantes.

—Pon un poco de música —pidió Jordi Arnot.

—¿Te ha molestado la visión de ese perro muerto? —le preguntó Alexa, mientras escogía una cassette y la introducía en el reproductor incrustado en el salpicadero.

—Una vez tuve un perro parecido a ése.

—¿Murió?

—No lo sé.

—¿Desapareció?

—Sí, no lo volví a ver más.

—Cuando los perros se hacen viejos, es mejor que desaparezcan —rezongó el holandés—. Sacrificarlos siempre resulta desagradable.

—Si cuando lleguen los invernistas hace un día como el de hoy, se van a llevar una desilusión —opinó la mujer mientras pulsaba el botón de puesta en marcha de la cassette. Al poco, comenzaba a oírse el *Allegro* de Albinoni.

El día era plúmbeo. No llovía, ni siquiera el asfalto estaba húmedo, pero en las márgenes de la carretera se concentraba la humedad y la tierra sí estaba mojada. Se veían muchos charcos, grandes y pequeños, todos ellos amarronados.

—No obstante —comenzó a decir Van Erick—, aunque esté nublado, para los alemanes, los daneses o nosotros los holandeses, esto es buen tiempo. Aquí no nieva jamás y es raro el día que se hiela el agua.

Pasaron junto a un pueblo costero, daba tristeza verlo, Las

terrazas de los bares estaban vacías, llenas de hojas, de suciedad que nadie limpiaba. Los toldos llenos de color que durante el verano protegían del sol, no estaban ahora. Sólo se veían esqueletos de hierro medio oxidados que cuando llegase la primavera habrían de ser repintados.

No había sillas ni mesas en las terrazas. Gruesas puertas correderas de ballesta protegían los comercios que pasaban largos meses cerrados. Tras los cristales habían pegado grandes papeles para que desde el exterior no se pudiera ver lo que dentro se encerraba.

Alexa opinó:

—Está todo vacío, como muerto.

—Tenemos que buscar diversiones para los invernistas —dijo Jordi Arnot, que seguía rodando por la carretera que en ocasiones se acercaba a la playa y otras se alejaba.

No le importaba que otros vehículos le rebasaran; él no tenía ninguna prisa y Van Erick, el holandés, propietario del hotel Scorpio, tampoco.

—Sí, tenemos ya algunas cosas preparadas para ellos —observó Van Erick, hablando siempre con su fuerte acento holandés que a quien no supiera distinguirlo podía parecerle germánico—. Tenemos una videoteca muy variada, suficiente para pasarles tres películas diarias y otros tantos documentales distintos, todo seleccionado por un psiquiatra especializado en geriatría.

—No es suficiente recluirlos en la sala de televisión o en sus habitaciones —replicó Jordi Arnot.

—Pienso lo mismo —dijo Alexa mientras encendía un cigarrillo con el mechero del coche.

—Hay que pasearlos, tenemos que prepararles visitas a la ciudad, a los lugares arqueológicos.

—Todo eso me parece bien —aceptó Van Erick—, pero que sea optativo, que paguen gastos aparte; sin embargo, veréis cómo ellos prefieren quedarse en sus terrazas tomando el sol del invierno. No os engañéis, vienen a esta costa por el sol y los precios baratos; sus pensiones de jubilación les permiten este lujo.

Alexa pasó el cigarrillo encendido a Jordi Arnot, pero éste lo rechazó con un gesto de su mano.

—Gracias.

La mujer se encogió de hombros y lo dejó en sus propios labios. Tras un par de bocanadas, dijo:

—Hay que buscarles algo especial, algo que les sorprenda y que no les deje olvidar este invierno para que vuelvan al año siguiente o lo comenten con sus amigos para que éstos vengan también.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó Van Erick.

—Los invernistas saben que están muy cerca de su propia muerte, algunos son recién jubilados y es posible que el año próximo se suiciden.

—Sí, se suicidan muchos viejos —admitió Van Erick—, pero sus mujeres no.

—Por aquí opinamos que los invernistas alemanes y de otros lugares de Europa suelen ser muy supersticiosos y aficionados al espiritismo.

Van Erick se rió por primera vez; fue la suya una carcajada corta y ronca, sus bronquios y su garganta no estaban muy bien.

—Yo creí que los supersticiosos eran los españoles.

—Pues no, se equivoca, aquí no tenemos tantos miedos, aunque sí algunas fobias —replicó Jordi Arnot, añadiendo—: Y aun éstas, van separadas por regiones. El sol ahuyenta a los malos espíritus. En cambio, los países del Norte tienen poca luz, poco sol y mucha niebla, lo cual favorece el temor a los espíritus, al diablo, a las brujas.

—¿Y si les preparamos algo de espiritismo? —propuso Alexa.

—¿Magia? ¿Mujeres que son elevadas en el aire por un mago o faquir?

—No, no —replicó Alexa—, me refiero a espiritismo, a charlas sobre el más allá y cosas por el estilo. Está claro que se puede advertir de antemano de qué se va a tratar y el que no quiera, que no asista.

—¿Crees que eso puede ser interesante para los invernistas? —preguntó Van Erick.

—Tres meses son muy largos —opinó Arnot—. Además de lo programado, la idea de Alexa me parece interesante.

—¡Cuidado, el camión! —gritó de pronto Alexa.

Jordi Arnot hizo un giro rápido con el volante. El camión cisterna les pasó casi rozando, tocando su estruendoso claxon.

—Hijo de perra —masculló Jordi Arnot—, iba centrado en la

carretera.

—Me da miedo verme un día debajo de un camión —suspiró Alexa.

—Ya estamos llegando —dijo Jordi Arnot. Comenzaba a lloviznar y se vio obligado poner en marcha el limpiaparabrisas.

Se salieron de la carretera teniendo que cruzar al carril contrario. Por una corta carretera privada descendieron como en busca del mar, allí donde sólo parecía haber acantilados y pinos mediterráneos de bellas copas.

La edificación del hotel formaba un ligero arco que se abría al mediodía con terrazas y balcones que llenaban toda su fachada principal.

Allí ninguna habitación miraba al norte, a la montaña, hacia la carretera, todas daban al mar. Frente al edificio se abría una gran explanada en la que había una gran piscina de forma irregular.

En los jardines del hotel, además de olivos, algarrobos y palmeras, abundaban los cuprus, los pinos mediterráneos, todo un conjunto arbóreo de hojas perennes que mantenían el verdor en sus diversas tonalidades durante todo el año.

Jordi Arnot detuvo el automóvil frente a la entrada principal. Entraron rápidamente en aquel edificio que transpiraba frío, soledad.

—¿Cuándo vendrá la brigada de limpieza? —preguntó Van Erick.

Alexa respondió:

—Mañana.

—¡Uf, qué frío! —exclamó Jordi Arnot—. Habrá que caldearlo todo antes de que lleguen los invernistas.

—Sólo hay que darle a la caldera de la calefacción la noche antes, el fueloil está muy caro —gruño Van Erick—. Ahuyentar al maligno frío cuesta mucho dinero en estos tiempos.

—Aquí menos que en su país —replicó Jordi.

—Sí, pero esto es un negocio, no una casa particular, y aquí los beneficios consisten en la diferencia entre los gastos y los ingresos, y cuanto más gastemos, menos beneficios habrá. Si el invierno es frío y lluvioso, los negocios no me van a ir muy bien este año, el sol es indispensable.

—En los frigoríficos encontraremos algo para comer, yo lo

prepararé —dijo Alexa.

—Podemos instalarnos en una de las *suites*. Conectaremos unos radiadores eléctricos hasta que funcione la caldera de fueloil y no tendremos problemas.

—Adelante, adelante, necesito saber si hay línea telefónica. Debo de hacer un par de llamadas —dijo Van Erick.

—Cogeré la llave maestra y veré la *suite*. Mañana estaremos aquí mucho mejor, seguro que sale el sol.

—No conectéis toda la instalación eléctrica —insistió Van Erick —. No va a ser necesario. Jordi se encargó de ello.

Había conectado ya la electricidad cuando le sobresaltó un grito de mujer, un grito que se propagó fácilmente por las estancias vacías del hotel.

Corrió escaleras arriba, descubriendo abierta la puerta de una de las *suites*.

Entró y encontró a Alexa en la terraza, protegida por la superficie de otra terraza que estaba encima.

—¿Qué pasa, has gritado tú?

—¡Mira, allí, en la piscina!

—¡Dios! ¡Hay una mujer desnuda en el fondo de la piscina!

—¿Qué es lo que pasa? —Gruñó Van Erick, entrando en la alcoba.

—Malas noticias —respondió Jordi—. Mire allá abajo. Habrá que llamar a la policía.

—¿La policía? Eso siempre es malo para un hotel.

—Pues usted dirá qué hacemos con ella…

—No me gustan los líos con la policía —siguió gruñendo el holandés—. Hacen demasiadas preguntas.

—Pero ¿qué hacemos con ella? —inquirió Alexa, nerviosa.

—Podemos sacarla de ahí y arrojarla al mar. Agua por agua, ya da lo mismo.

—No me gusta, pero siempre es una solución —admitió Alexa—. Y la piscina habrá que vaciarla, limpiarla bien y volverla a llenar.

—Jordi, tú buceas bien. Podrás bajar y ver qué puedes hacer.

—Por un cadáver, nada —replicó el joven.

—De todos modos, se puede ver algo más, así sabremos mejor qué decir a la policía, si es que hemos de hablar con ella.

Jordi Arnot apretó los labios, la situación no le gustaba.

Hizo un gesto de desagrado y se alejó. Al poco, le vieron en traje de baño y con gafas subacuáticas.

El joven se lanzó al agua y se hundió en ella con rapidez.

Nadó hasta cerca de la mujer y observó que se hallaba sujeta por los pies a una piedra con una cuerda. El resto del cuerpo permanecía como en pie.

Jordi Arnot se deslizó delante de aquella desconocida que permanecía desnuda bajo las aguas, observó sus ojos abiertos y su boca también entreabierta. No parecía haber sufrido en absoluto, su rostro expresaba placer.

Observó que no llevaba anillos, reloj ni ningún tipo de joyas.

Jordi Arnot tuvo un presentimiento.

Salió a la superficie, tomó aire bajo la lluvia, llenó sus pulmones y volvió a sumergirse en las aguas frías que atenazaban su cuerpo. Como no llevaba ningún tipo de protección subacuático, tenía poco tiempo para resistir. El movimiento era su única defensa y nadó con fuerza.

Llegó a la altura de la cabeza de la mujer y le metió los dedos dentro de la boca. El cuerpo femenino se movió, era un cuerpo sensualmente hermoso. Por proporciones, podía haber ganado un concurso internacional de mises.

Siguió hurgando dentro de la boca de ella y después salió a la superficie, corriendo hacia el hotel. Alexa le esperaba en el vestíbulo con una gran toalla.

—Frótate fuerte, aún no tenemos agua caliente.

Jordi Arnot se dejó frotar por Alexa. Ella lo hacía con mucho interés, quizá porque el cuerpo del joven era atlético, fuertemente viril y con abundancia de vello en el pecho.

—Qué fría está el agua —dijo, temblándole la voz—. Aquí, sin sol, se pasa mal.

—Alexa, prepárale un *whisky* —pidió Van Erick.

Jordi Arnot se bebió el licor que le servían y luego dijo:

—Es *Miss* Mundo del año pasado.

—¿*Miss* Mundo del año pasado? —repitió Alexa, muy sorprendida.

—No es fácil recordar a esas chicas —admitió el joven, volviendo a tomar otro trago para mitigar el castañeteo de sus dientes—. Yo estuve saliendo con la que quedó tercera, pero me fijé

en Vanessa.

—¿Y cómo ha podido venir a parar aquí esta desgraciada? —preguntó Alexa.

—Eso es culpa de un guarro —opinó Jordi Arnot.

—¿Un guarro? —preguntó Van Erick.

Alexa puntualizó.

—Será de un asesino.

—No, es de un guarro —insistió Jordi.

—¿Crees que ella se ha suicidado? —inquirió el holandés—. No hay ropas junto a la piscina.

—Algún vagabundo puede habérselas llevado —sugirió la mujer.

—No, esa chica no ha tenido nunca ropa —concretó Jordi—. Es una muñeca de látex para erotómanos frustrados.

—¿Una muñeca inflable? —bufó Van Erick, echándose a reír.

—Sí, de la mejor calidad, una copia exacta de *Miss* Mundo. ¿No sabía que se hacen esas copias de algunas mises para que se las beneficien los psicópatas sexuales?

Capítulo II

ERA muy difícil resistirse a la llamada de aquella carta escrita con mano temblorosa, agónica, una mano que caminaba hacia la muerte, hacia la noche de las noches, hacia la vida de los espíritus. A su regreso a Indochina, había encontrado aquella carta llegada a su buzón de correos casi tres meses antes.

—¿Habrá muerto ya Budler? —se preguntó.

Hugo Zattoni no era ningún niño. Su cabello era abundante y lacio, pero totalmente blanco y su rostro tenía mucho de gato viejo, maligno y resabiado.

Su boca no era grande, pero daba la impresión de que entre sus labios, tan rojos que parecían pintados con carmín, iban a aparecer unos colmillos finos y puntiagudos, curvos e hirientes como los anzuelos utilizados por los pescadores de bajura.

Hugo Zattoni no vestía de cualquier manera, sino que lo hacía con trajes impecables, siempre oscuros, y resultaba muy difícil si tenía dinero o era un pobre vergonzante. Sus ojos eran verde amarillos como luz de un felino.

La residencia de Zattoni era un hotelito umbrío edificado en el siglo XIX sobre los cimientos de una casa rústica previamente arrasada.

Zattoni no había construido aquel hotelito y tampoco ningún ancestro mayor, lo había comprado por un precio muy aceptable cuando había decidido emigrar a la culta y docta Europa desde su Montevideo natal, adonde sus abuelos habían llegado como emigrantes, salidos de la castigada Europa.

El hotelito había estado apartado hasta que urbanizaron sus entornos, quedando como un apéndice de una moderna urbanización de chalets de fin de semana.

El hotelito, cuyas líneas, a cualquier persona de finales del siglo XX le parecerían siniestras, posiblemente influenciado por la

literatura y el cine, tenía tal abundancia de árboles alrededor que lo ocultaban a cierta distancia, dándole una gran intimidad y humedad. Eran árboles grandes, frondosos, algunos de ellos centenarios, árboles que los chalets de la urbanización no poseían.

Hugo Zattoni recordaba muy bien a Budler al que hacía años no veía Budler había sido su maestro en muchas cosas, en experiencias extrañas, en la sabiduría de los sucesos inexplicables de la historia Él le había llevado de la mano por mundos de tinieblas.

Hasta sus oídos llegó una música que debía salir de un kantung tenor, una milenaria trompeta india no incluida en ninguna sinfónica occidental. Aquella música, que resultaba muy exótica a los oídos de un occidental, no sonaba extraña para Hugo Zattoni.

Salió de su despacho.

En la sala sobre la antigua mesa de roble de siete centímetros de grosor y casi dos metros por uno, danzaba una bellísima muchacha al son de aquella música hipnotizante que brotaba de un magnetofón estéreo y alta fidelidad, con más de dos docenas de watios de salida de altavoces. Allí se fundía la electrónica con la música más ancestral, nacida en la lejana noche de los tiempos.

La sensual muchacha ondulaba y contorsionaba su cuerpo con una belleza que secaba las gargantas de los hombres que la admiraban. Sus movimientos lentos semejaban querer imitar las ondulaciones de una serpiente.

En su extraña danza no había nada prefabricado, de folklore oriental para turistas; eran los movimientos de una juvenil sacerdotisa que los podía haber vivido un milenio antes.

En aquella muchacha se mezclaba la sangre de Asia y Europa. Sus ojos eran grandes, ni redondos ni almendrados, limpios. Las pupilas oscuras no eran negras ni amarronadas; si se las miraba bien, parecían rojo oscuras.

Poseía un cuello largo, y más largos eran sus negrísimos cabellos que semejaban arrancados de un cielo plagado de estrellas a juzgar por su intenso brillo.

Su piel blanca se veía ligeramente morena, sin atisbo de rojez. Sus piernas eran largas y esbeltas como todo su cuerpo. Sin embargo, al recorrerlas con la vista, podía decirse que ningún hueso de su cuerpo se hacía notar a través de la piel y sus senos eran mayores que los de cualquier otra mujer indochina o birmana. En

aquel momento quedaban ocultos bajo unos sujetadores de raso.

Hugo Zattoni sabía que aquella joven no danzaba para excitar a nadie, era como un rito. La mente de la muchacha euroasiática estaba transportada a un mundo desconocido para la simpleza de una mente occidental que sólo veía lo material, lo práctico, lo inmediato, la acción sexualmente grosera.

Cuando la música cesó, ella interrumpió su danza. Su cuerpo quedó perlado de sudor y comenzó a temblar.

—Magny.

Ella miró al hombre cuyo rostro recordaba a un felino, con abundante cabello plateado y lacio, peinado hacia atrás.

—Baja.

La joven obedeció en silencio y él puso una bata de toalla de color naranja fuerte, protegiéndola.

—Cierra la casa. Si oyes ladrar al perro, es que se acerca alguien. Ya lo sabes, no debe entrar nadie aquí. Será mejor que duermas en mi ausencia.

Ella asintió con la cabeza y el hombre la besó en la mejilla afectuosamente.

Magny se alejó, sacudiendo su hermosa y larga melena. Hugo Zattoni la vio marchar hacia la escalera. Sabía que en Occidente no encontraría jamás una mujer igual a aquella que había arrancado del turbio mundo del Sudeste de la lejana Asia.

—Bennet, soy Zattoni.

—Sí, señor Zattoni —respondía la voz al otro lado del hilo telefónico.

—Pasa a buscarme con el coche, tengo que salir de viaje.

—¿Por muchos días?

—Dos o tres nada más.

Bennet no tardó en presentarse con su automóvil break de color rojo fuego.

A algo más de doscientos kilómetros se hallaba la gran ciudad y en su parte alta se ubicaba aquella oscura mansión de paredes desconchadas, lo que daba a entender que los materiales empleados en su construcción no habían sido todo lo nobles que sería de desear.

La verja de hierro estaba oxidada y un viejo que parecía sufrir de sordera la franqueó. Aquel anciano desdentado, lo mismo hacía

de jardinero que cuidaba el interior de la casa.

Hugo Zattoni se adentró en la mansión, como acostumbrado a ella, dejando al anciano junto a Bennet, un hombre de actitudes cerradas, poco amigo de hablar.

La casa aparecía sucia, destartalada. Casi una docena de gatos se había adueñado de ella. Sus excrementos habían sido recogidos por el cuidador, pero hedía a orín corrompido.

En la chimenea ardían unos gruesos y largos leños con llama pequeña. Frente a ella había dos butacas de cuero con orejas, una de las cuales estaba ocupada por un hombre muy anciano. Era tan delgado que ya parecía un esqueleto viviente, con un cabello fino, despeinado, casi muerto. Las manos y pies del viejo se movían nerviosamente, de forma incontrolada.

—Creí que no llegarías jamás, Hugo.

Miró a Budler y espantó un gato que se había colocado en lo alto de la butaca, sobre el respaldo. El felino se alejó con un maullido de queja.

—He estado en Indochina y en Birmania.

—¿Buscando los misterios del más allá?

Hugo Zattoni sonrió.

—Millones de seres los hemos buscado a lo largo de la existencia del hombre. Ahora estoy sin dinero, por eso he vuelto, pero seguiremos buscando aunque llegue la muerte con mi fracaso y seré uno más.

Coz voz temblorosa, Budler musitó:

—Voy a morir, Hugo, ya tenía que haber muerto.

Hugo Zattoni hubiera querido negar, darle ánimos, pero bastaba mirar el rostro de Budler para darse cuenta de que lo que anunciaba era cierto. La muerte estaba dibujada en él como en toda la mansión.

—¿No hay posibilidad de recuperación?

—No —respondió Budler sin rabia, sin temor. El temblor de su voz se debía a la senilidad de los músculos que sostenían la mandíbula y movían la lengua—. Hugo, tengo una herencia que entregarte y debo dártela en vida. Necesito de ti, Hugo. ¿Sigues siendo mi amigo?

—Claro que sí.

—Claro que sí.

—Entonces, vamos, tengo que dártelo. Estoy cansado de vivir, necesito morir porque mi cuerpo ya no me sostiene, ha terminado su ciclo biológico.

Se puso en pie con dificultad. Hugo Zattoni acudió en su ayuda, cogiéndole del brazo para evitarle una posible caída.

Avanzaron hasta una puerta que se abría con una sofisticada llave. La oscuridad quedó frente a ellos. A la derecha había un candelabro y la voz vacilante del viejo Budler pidió:

—Enciéndelo.

Hugo Zattoni soltó al anciano y rasgando un fósforo consiguió la débil llamita que encendió el candelabro de dos velas. Pudieron ver una escalera descendente.

Budler dijo entonces:

—Los trastos se guardan en el desván; el sótano es otra cosa. Ayúdame a bajar, hace tres años que no lo he hecho.

Descendieron los escalones lentamente, uno a uno. Eran de madera y gruñían bajo el peso de los dos hombres. Budler era un anciano decrépito y Zattoni galopaba ya hacia la vejez, el peso de los años lastraba su cuerpo.

El sótano estaba tan lleno de telarañas que más parecía un panteón. Las llamas del candelabro quemaban parte de aquellas telarañas por donde pasaban.

—Enciende todas las velas —pidió Budler.

Hugo Zattoni le dejó apoyado contra una pared mientras él encendía los candelabros de pie que estaban repartidos por el sótano, abriéndose paso entre los enormes colgajos de telaraña recubiertos de polvo.

En el centro de la estancia, había algo impresionante. Era una gran caja, como un féretro, tallada en madera negra recubierta de polvo y con sobrerrelieves de alucinantes máscaras que desasosegaban. Hugo Zattoni lo observó vivamente in tersado:

—¿Es un ataúd?

—No.

—¿Qué es?

Con su voz siempre temblona, el anciano respondió:

—Es la caja de los espíritus.

—¿La caja de los espíritus? No sabía nada de su existencia.

—Hace muchos años que la encontré en la bodega de un barco

mercante, su capitán la había robado. Ya, ya —tosió, vacilante— me queda poco tiempo. Me gustaría mucho hablar contigo, Hugo, me gustaría contarte cosas, pero no me queda tiempo.

Volvió a mirarle a la luz de las casi tres docenas de gruesas velas encendidas que habían horadado las telarañas con sus llamas, dando un aspecto aún más fantasmagórico al sótano en el que se centraba aquella caja que por su tamaño podía considerarse grande. El aire se enrarecía más y más, el olor de la cera quemada mareaba.

—¿Qué quiere decir la caja de los espíritus?

—No podía rebelárselo a nadie, pero ahora muero y te la lego a ti. Llévatela, Hugo. A otro no se la daría, antes preferiría verla oculta, enterrada para siempre.

—¿No puede darme una explicación? —Casi suplicó Zattoni.

—Ahí dentro están los espíritus de los muertos.

Si otros oídos hubiesen escuchado aquella declaración del hombre agonizante, habrían pensado que se trataba de una locura senil, de una alucinación, pero Hugo Zattoni conocía muy bien al hombre que había sido su maestro.

—¿Es seguro que los espíritus de los muertes están ahí dentro?

—Sí. Los hay malvados, terribles, horrendos, y los hay protectores. En ocasiones, se hacen visibles. Éste ha sido mi último gran secreto.

—¿Por qué no me lo confió antes?

—No podía. Hugo, no podía. Ahora, ha llegado el momento, confío en ti. ¿Ves esa máscara demoníaca que hay en este lado?

—Sí —asintió, mirando la parte más estrecha de la caja.

—Pon los pulgares sobre les ojos y húndelos.

Permaneció un instante dubitativo, deseaba preguntar más, pero obedeció.

Apoyó los pulgares sobre los ojos de la máscara y una fuerza inesperada le empujó hacia atrás. En realidad, acababa de abrirse un cajón poco profundo, pero de más de dos palmos de alto. Dentro halló un libro con herrajes de bronce y hojas de finísima piel.

—Es una maravilla —opinó.

—Está escrito en sánscrito, tú puedes leerlo.

—Conozco el sánscrito, pero no lo suficiente —objetó Hugo Zattoni, emocionado con aquel pesado y valioso libro entre las manos.

—Ábrelo y comienza a leer por la página veinte cuando yo abra la caja.

—¿Podrá abrirla solo?

—Sí. Tú lee despacio, en voz alta, que los espíritus de los muertos puedan oírte.

—¿Es una invocación?

—Sí. Voy a morir y quiero que me reciban entre sus brazos, enseguida seré uno de ellos.

Hugo Zattoni comprendió que era inútil pretender hacer cambiar de decisión a Budler, aquel anciano que parecía carecer de carne sobre sus huesos. Era como un esqueleto recubierto de piel arrugada, macilenta.

Las velas ardían entre los colgajos de telarañas y todo parecía tener un aspecto tan irreal como fantasmal. Era como una pesadilla que no asustaba a Hugo Zattoni, que había asistido a infinidad de ceremonias satánicas.

Sostuvo el pesado libro entre los brazos.

Sabía algo de sánscrito, pero no tanto como podía llegar a suponer Budler. Podía leerlo en voz alta, mas no comprender todas las palabras, las frases cuyos entresijos se le escapaban.

—Empieza, empieza, esto es el fin. Empieza, Hugo —suplicó el anciano, agonizante.

Hugo Zattoni comenzó a leer en tono alto, consciente de que llevaba a cabo un ritual. Leyó sin comprender, pero se prometió tratar de descifrar toda aquella invocación a los espíritus que él desconocía.

Mientras Hugo leía, poniendo energía en su voz, como convencido de que exigía algo a los espíritus de los muertos, Budler levantó con gran esfuerzo de sus débiles brazos la tapa de madera tallada.

Frente a él apareció el hueco de la gran caja donde podían caber dos o tres personas tendidas.

Budler pasó primero una pierna, luego la otra. Se introdujo y cerró despacio la tapa, encerrándose en la extraña y diabólica caja de madera negra que podía ser ébano a juzgar por la dureza y suavidad de su pulimentación.

Hugo Zattoni siguió con la lectura de la invocación hasta que ésta concluyó tras dos páginas más. Al final de éstas, descubrió un

dibujo que cogía toda una página y estaba realizado con negros y rojos.

Podía catalogarse como un criptograma cabalístico en el centro del cual había un esqueleto humano sobre el que semejaban coincidir multitud de rayos que brotaban de máscaras colocadas en distintas posturas y gestos.

—Aaaaaggggh…

Hugo se estremeció y sujetó fuertemente el libro al oír aquel grito ahogado que brotaba del interior de la caja. Quedó en suspenso unos instantes. Después, guardó de nuevo el libro en el cajón secreto de la gran caja y levantó la tapa.

La piel de Budler había ennegrecido y todo él parecía momificado.

Los ojos del anciano eran como de cristal. Ya no se movían, carecían de vida, aunque el horror semejaba haberse incrustado en ellos.

Abandonó el sótano iluminado por las velas y buscó a su chófer.

—¡Bennet! ¡Bennet!

—Aquí estoy.

—Tenemos que cargar una caja en el coche, pero me parece que pesa mucho.

—El coche es diésel y potente.

—Entonces, sígueme.

Cerraron la caja. Hugo prefirió que nadie más que él mismo viera el cadáver de su maestro Budler, cuyo espíritu ya se había unido al de los muertos a los que él se refería.

—Es cierto, pesa mucho —bufó.

—Llamemos al jardinero —pidió Hugo Zattoni.

Subieron la caja al sótano utilizando cuerdas y haciéndola resbalar sobre los cantos de los peldaños. Consiguieron también colocarla en el coche que era del tipo familiar y una vez cerrado, ordenó:

—Cavad una fosa en un rincón discreto del jardín.

—¿Ahora? —Gruñó Bennet.

—Sí, entre los dos podéis hacer un metro de profundidad, como si fuerais a plantar un árbol.

Estuvieron cavando con rapidez. Bennet, un poco molesto porque aquel trabajo no había entrado en sus cálculos, preguntó:

—¿Está bien así?

—Sí —admitió Zattoni.

Se acercó al viejo y desdentado jardinero y sacando un fino puñal se lo hundió en la espalda, a la altura del corazón.

El desgraciado cuidador de la casa se abrió de brazos y desencajó su boca, mas no llegó a gritar.

Hugo Zattoni empujó su cuerpo hacia el hoyo, quedándose con el largo y afiladísimo puñal en la mano. Sacó un pañuelo blanco, limpió la hoja ante los ojos interrogantes de Bennet y después, la arrojó sobre el cadáver.

—Cúbrelo de tierra —ordenó.

Bennet asintió, no protestó ni volvió a gruñir, se limitó a hacer su tarea. Cuando ya casi lo cubría, Zattoni ordenó:

—Arranca una rama de ese chopo, conviértela en una estaca y húndela en esta tierra. Cuando llegue a enraizar, tendrá con qué alimentarse.

Bennet obedeció, dejando clavada la estaca origen de un nuevo árbol.

Para Hugo Zattoni, el fin del jardinero había sido una acción natural. Convenía que desapareciera para que allí no quedara nadie que pudiera hablar ni explicar nada. Budler había muerto para el mundo hacía ya mucho tiempo, nadie se iba a acordar de él.

Capítulo III

SE podía decir que Magny no conocía Occidente, aunque sí la vida moderna que estrujaba la miseria de los sudasiáticos. Sin embargo, no la dominaba el *exciting* de la vida moderna y cosmopolita, por ello no tenía una perentoria necesidad de abandonar el umbrío chalet.

Sus ojos negros, con chispeos de rojo fuego, descubrieron el coche que se acercaba por la corta avenida que unía la entrada del jardín con el atrio del chalet, pasando por debajo de las copas de los árboles.

Regresó al interior de la casa llamando:

—¡Hugo, Hugo!

Zattoni se hallaba en su despacho, tratando de descifrar el sánscrito antiguo, escrito con conceptos herméticos de muy difícil comprensión.

—¿Qué ocurre, Magny?

—Un coche.

El hombre salió del despacho y se acercó a la puerta que había quedado abierta, dando una gran sensación de frialdad. El día había nacido con un sol tibio.

El vehículo se detuvo frente a la escalinata y cuando se abrieron las portezuelas, descendieron un hombre y una mujer. Ella, madura, todavía hermosa, de pechos quizá demasiado opulentos, excesivamente realzados por el tipo de sujetar que utilizaba, era Alexa, y el hombre con barba corta pero espesa, alto y joven, Jordi Arnot.

—¿Es usted Hugo Zattoni? —preguntó Jordi Arnot, mirando al individuo de rostro felino, con abundancia de cabellos lacios peinados hacia atrás y sujetos con fijapelo British Royal.

—¿Qué es lo que desea?

—Si es usted Hugo Zattoni, hablar con usted —le dijo Jordi

Arnot.

Alexa, que se abrigaba con un tres cuartos de renard gris, echado sobre los hombros, sin haber embutido los brazos en sus mangas, le dijo:

—Venimos proponerle un trato, seguro que le interesará.

—Y ustedes, ¿quiénes son? —preguntó receloso, achicando sus ojos como un gato.

—Me llamo Alexa y soy la directora del hotel Scorpio.

—Ah, sí, el que está en la caleta, entre los acantilados.

—El mismo.

—¿Les ocurre algo?

—Si nos deja entrar en su casa, hablaremos mejor. Nos han contado cosas sobre usted y hemos pensado que puede ser un personaje muy interesante.

—¿Para qué?

Alexa miró a Jordi Arnot como pidiéndole ayuda, y éste dijo:

—Está bien, si no quiere que hablemos, nos vamos, ya sabe dónde está el hotel.

—Un momento, no suelo recibir visitas. Este hotelito está un tanto apartado, por eso soy suspicaz, y precisamente hoy los perros no están, los han llevado al veterinario. Pasen, pasen.

Magny se había refugiado en el despacho y hacia éste fueron conducidos los visitantes.

Nada más entrar en él, Jordi Arnot clavó sus ojos en la muchacha euroasiática.

Alexa se percató de ello y miró primero a su joven acompañante y luego a Magny. La sonrisa se le heló en la boca por unos instantes. A simple vista se daba cuenta de que aquella joven la eclipsaba a ella con su belleza, con su sensualidad natural, una sensualidad que transpiraba por todos sus poros.

El sari plateado que la cubría la convertía casi en una sacerdotisa, y Alexa sintió la especie de latigazo que sufre una mujer al ver frente a ella a otra hembra que atrae las miradas de los hombres que asisten a la reunión.

—¿Es su *partenaire*? —preguntó Alexa.

—Magny es mi hija —respondió Hugo—. Siéntense, por favor.

Alexa y Jordi Arnot se acomodaron frente a la mesa y Magny se situó en un rincón de la estancia, sin que nadie la invitara a

marcharse.

—Verá, en el hotel que dirijo hemos programado unas estancias de los que nosotros llamamos invernistas. Son personas de cierta edad, todos jubilados, hombres y mujeres que proceden de Alemania, Holanda, Dinamarca o Suecia, según nos los envían. Ellos pasan los tres meses invernales en el hotel, gozando del sol de esta bendita costa mediterránea. No podemos olvidar que este país es uno de los que poseen mayor cantidad de turismo absoluto de todo el mundo.

—Todavía no veo la relación que eso pueda tener conmigo.

—Estamos buscando actos, excursiones, divertimientos, todo lo que pueda ayudar a que esos invernistas no se aburran. Por supuesto, abonaremos sus honorarios.

—Sigo sin entender en qué puedo serles útil.

Jordi Arnot sacó un paquete de tabaco que ofreció a Hugo Zattoni, rechazándolo éste. Sí lo aceptó Alexa y mientras el encendedor dejaba escapar su llamarada azulada, el joven dijo:

—Se comenta que tiene usted cierta fama de brujo, y disculpe si le he molestado.

—¿Quién dice eso?

—La gente de estos lugares, los que proveen al hotel. Nos ha parecido interesante y por eso hemos pensado que usted podría organizar algo.

—¿Cómo qué?

—Pues, algo que divierta a nuestros clientes. Las gentes del norte de Europa viven en la noche, en las nieblas, suelen ser muy crédulos y supersticiosos, y los temas de los fantasmas, brujería, espíritus, todo eso les atrae —dijo Alexa ampulosa, gesticulando con sus manos de uñas bien cuidadas.

Magny les seguía observando en silencio, como si no comprendiera sus palabras.

—¿Pretenden que embauque a esos turistas ancianos que ustedes llaman invernistas?

—En absoluto —corrigió Alexa—, sólo que los entretenga. Usted puede contarles muchas cosas, seguro, sabemos que habla varios idiomas: no obstante, Jordi Arnot, además de nuestro conserje, es el intérprete del hotel y también detective. Hay que acumular puestos en un solo hombre para no excedemos en la contratación de

personal. En especial durante el invierno, ya que ofrecemos las plazas de residencia completa a los invernistas a unos precios realmente bajos, precios a la medida de sus pensiones. No se ven mermados en su economía y lo pasan muy bien. Un invierno con sol para los ancianos de la Europa del norte es como verse en un paraíso, lo agradecen mucho.

Tras lanzar unos aros de humo casi perfectos, Jordi Arnot intervino:

—Los conocimientos de usted han de ser muy amplios. Cualquier cosa que les cuente, con un poco de sugestión de su parte, les interesará, les arrancará de la rutina. Por supuesto, convendríamos un precio por visita y cantidad de personas, como si dijéramos espectadores. Esto será optativo por parte de ellos, se les hará la debida publicidad y el que quiera que asista, y el que no, que se quede tomando el sol.

—Esto será mejor cuando anochezca —opinó Alexa—, así tendría más realismo.

—No me estarán pidiendo que vaya al hotel Scorpio a actuar, ¿verdad?

—Bueno, si usted cree que aquí puede recibirles —objetó Alexa.

—Quizá, pero nunca han de ser más de quince o veinte personas.

Jordi y Alexa se percataron de que Hugo Zattoni comenzaba a ver factible la propuesta que acababan de hacerle.

—Pondremos dos microbuses —opinó Jordi Arnot.

—Ya solventaremos la cuestión del precio —les dijo Hugo Zattoni—. Me gustaría meditarlo, yo no soy ningún embaucador.

—En realidad, ¿usted de qué es profesional, de qué vive? —interrogó Alexa, arriesgándose a que Zattoni le replicara, molesto por la intromisión en su vida privada que habría de considerar muy suya.

—Investigo.

—¿El qué? —preguntó Alexa, sin cejar en su interés.

—En manuscritos antiguos, en los legados herméticos, en el estudio de ritos y ceremoniales que se consideran muertos, pero que, investigando muy a fondo, resulta que no lo están tanto porque en alguna parte del mundo se practican todavía y en ocasiones, más cerca de lo que uno puede imaginar.

—Pero eso no dará dinero —le objetó Alexa, saliendo a relucir su faceta práctica, muy propia de su profesión de directora de hotel.

—El dinero no es lo primordial para mí —replicó Zattoni muy despacio, melifluo.

—Pues el dinero es indispensable, amigo mío. Usted tiene un hotelito antiguo, pero hay que mantenerlo y está su hija…

—Tengo mis propios recursos y no niego que si se me presenta la ocasión de realizar negocios, los hago, ya que viajo mucho por todo el mundo, especialmente por los países que los occidentales llamamos orientales y exóticos. Trasiego objetos de arte que luego vendo adecuadamente y así sufrago mis viajes.

—Comprendo —dijo Alexa, no demasiado convencida.

Jordi Arnot miró alrededor, opinando:

—Tiene usted objetos muy extraños.

—Sí, lo son, y diría que muy valiosos, pero ningún ladrón sensato se atrevería a robarlos.

—¿Por qué? —preguntó Alexa, intrigada.

Sencillamente, con naturalidad, Hugo Zattoni respondió:

—Porque algunos llevan una maldición implícita para quien los robe.

—Y usted, aunque los haya pagado, ¿en cierto modo no es como si los hubiera robado? —Desde el punto de vista que usted sugiere, quizá, pero yo estoy a salvo de muchas de esas maldiciones, me he prevenido adecuadamente contra ellas.

—¿Y cómo ha conseguido inmunizarse? —preguntó Alexa.

—He sabido llevar a cabo los conjuros pertinentes.

—¿Están en ese libro? —señaló Alexa.

—Un libro muy bello y singular —opinó Jordi Arnot ante aquella maravillosa pieza única.

—Quizá —admitió Hugo Zattoni, en cierto modo satisfecho—. Pero cualquier persona no puede interpretar lo que aquí está escrito.

—¿En qué idioma? —preguntó de nuevo Alexa, que quería ganarle la partida a Zattoni.

—En sánscrito antiguo, con lo que llamamos desviaciones dialectales, pero aun conociendo esta lengua, ignorando los símbolos del hermetismo oriental, sería imposible descifrarlo.

—¿Y usted es capaz de traducirlo?

—Lo intento.

—Lo que no estaría de más es que algún artesano local hiciera reproducciones de alguno de sus ídolos; los venderíamos bien a los invernistas que pasaran por aquí.

—Yo no vendo las piezas originales que tanto me han costado conseguir en mis múltiples viajes por los lugares más recónditos de nuestra madre Tierra.

—Lo comprendemos, pero las reproducciones, como ha dicho Jordi, no son lo mismo.

—Yo podría encargarme de buscar algún artesano capaz de realizar las reproducciones —sugirió Jordi Arnot—, y sólo se harían las piezas que se encargaran. Las numeraríamos y pondríamos un precio apto para el comprador, pero del que saldríamos todos beneficiados.

—Lo pensaré —manifestó Hugo Zattoni sin demasiada convicción.

Más, como si en aquel momento pensara algo muy rápido al mirar a la bella Magny por encima del hombro de Alexa, que seguía con su chaquetón puesto, añadió:

—Es posible que encontremos algo reproducible que sea atractivo. No sé si sabrán que no son los ídolos o los fetiches más espectaculares los que poseen mayor fuerza mágica. La literatura y el cine nos han engañado con esto de magnificar imágenes para que resulten más expresivas e inquietantes. Para que un supuesto dios tenga fuerza, sea de la religión que sea, lo agrandan, lo colorean, le ponen aderezos como hacen los escolares en sus libretas, añadiéndoles cenefas de múltiples colores. Sí, eso hacen.

Satisfecho, se apoyó más en el respaldo de su asiento.

Cuando abandonaron la casa, con más promesas que realidades concretas, pues habían acordado entrevistarse en otra ocasión para tratar más y mejor el asunto, Jordi Arnot lamentó que la joven y exótica Magny no hubiera hablado, que no hubiera participado en absoluto en la entrevista.

—¿Piensas en ella?

—¿Qué?

Conducía y el coche cuando quedó sorprendido por la pregunta de Alexa, que había sonado como un disparo certero.

—¿Acaso no pensabas en esa chica?

—Pues, sí, la verdad. Es bonita, ¿eh? —respondió, sincero.

—A su edad, cualquiera lo es, debe ser casi una niña.

—Yo la he visto como toda una mujer.

—Juraría que es bastarda.

—¿Bastarda? —repitió Jordi perplejo, sin comprender a qué venía aquel adjetivo.

—Sí, no es pura. Debe haber mezcla de razas en su sangre.

—Supongo que todos llevamos la sangre mezclada en nuestras venas.

—Bueno, admitamos que es bonita. Hugo Zattoni podría utilizarla en sus representaciones para los invernistas.

—No estaría mal —admitió el hombre—, no estaría mal —repitió, pensando que existía la posibilidad de volverla a ver.

Mas, de inmediato, sobre la bella imagen de la muchacha, eclipsándola, se cruzó el rostro de Hugo Zattoni, su faz de felino, su mirada maligna, su boca tan especial que no era fácil recordar otra semejante. Daba la sensación que, de un momento a otro asomarían los finos, largos, terriblemente afilados dientes.

—¡Cuidado!

Capítulo IV

—ATENCIÓN, atención, estamos llegando a la frontera de Le Perthus. Preparen la documentación, en pocos minutos estaremos en el país del sol…

Los viajeros germánicos sonrieron, satisfechos. El viaje sólo había hecho que comenzar para ellos.

Habían salido de Alemania atravesando la suave Francia y ahora iban a entrar en uno de los países más abruptos de Europa, un país de nieves, de sol, pero aquellos invernistas sólo deseaban el sol y no las agrestes montañas pirenaicas o de otras cordilleras de la península.

No pocos habían veraneado ya en el paraíso del turismo internacional y éstos hablaban de sus anteriores viajes a sus compañeros, pero en aquellos momentos, el sol que buscaban era otro sol, era el sol del invierno, el sol que no podían ver en su país, un sol que caldeaba sus espíritus más que sus cuerpos, ya que éstos eran fáciles de calentar al lado de la estufa, tan prosaica como eficaz.

El sol era algo más, penetraba a través de la piel, de los ojos, y daba vida. Más no hubo suerte. Cuando cruzaron la frontera y el autocar se deslizó por la autopista, comenzó a llover.

—Será una lluvia pasajera. Pondremos un poco de música de este país.

Les acompañó la lluvia durante un buen trecho. La música que brotaba por los altavoces trató de hacerles olvidar el agua que caía de las nubes y a la que ellos ya estaban acostumbrados, pero que no esperaban encontrar en aquel viaje.

Eva era la guía de la expedición. Joven, desenvuelta, políglota, tenía siempre a punto chistes para lanzar a través del micro.

Ella no era germánica, era una europea mezcla de varias sangres, un producto de las emigraciones. Su cabello era de un

rubio ceniza que le daba un aspecto muy nórdico, al igual que sus ojos celestes y su piel sonrosada.

Alta, de piernas largas, se la podía tomar por una modelo de alta costura. Aun vistiendo simples tejanos, resultaba elegante.

El chófer, cerca de ella, conducía en silencio, no gastaba saliva, aunque parecía gruñir algo, como si hablara en su imaginación.

De cuando en cuando, lanzaba una mirada cargada de simpatía a Eva, como invitándole a descifrar las intimidades del *Kamasutra*, pero la joven guía sabía que no pasaría de las miradas y que era mejor así. Aquel chófer estaba muy lejos de ser el tipo de hombre que pudiera interesarle.

Habían dejado de interesarse por la música española y miraban con dificultad a través de los cristales de las ventanillas, empañados por la lluvia. La calefacción funcionaba bien.

Cuando en feliz maniobra del vehículo que los transportaba entraron en carretera costera, vieron el Mediterráneo, el mar de las culturas, de la civilización. Todos se alegraron viendo que el sol asomaba tímidamente entre las nubes de color gris claro.

Eran rostros viejos, arrugados, algunos de ellos anquilosados como máscaras inexpresivas y daba la remota impresión de que detrás de alguno de aquellos rostros, los cerebros apenas vivían.

Cuando el autocar descendió por la corta y empinada carretera privada, el sol había tomado más fuerza e iluminaba toda la curva fachada del hotel, inundando las pequeñas terrazas donde los invernistas debían tomar su sol invernal, el ansiado sol por el que habían pagado sus buenos marcos.

La vegetación arbórea se veía algo oscura, pero muy hermosa a la luz solar.

El autocar se aproximó a la entrada y se detuvo.

—Hemos llegado al paraíso del invierno —dijo Eva con tono alegre—. El hotel Scorpio a su disposición. Las *suites*, con terraza soleada para todos, les aguardan. Por favor, como son muchos y no hay personal suficiente para los equipajes, tómenlos ustedes mismos. Los que no puedan, por considerarlos pesados, dejen las tarjetas de las maletas bien visible y les serán trasladadas oportunamente a sus respectivas habitaciones. Gracias.

Disciplinadamente, lo mismo que habían vivido a lo largo de sus vidas que ahora se deslizaban rápidas en el tobogán que terminaba

en una fosa de cementerio, los invernistas se apearon del autocar. Recogieron los maletines y bolsas de nylon plastificadas y las maletas pesadas las dejaron con las etiquetas correspondientes.

Eva se dirigió a la conserjería donde se encontró con el nuevo conserje e intérprete de la empresa. Los ojos de la joven se fijaron muy bien en él, se sintió rápidamente atraída.

—Soy Eva, la guía —le dijo en correcto castellano.

—Ah, hola, me llamo Jordi. Confrontaremos las listas, la que tú lleves y la mía.

No era momento propicio para intimar, pese a que ella lo deseó. Estaban rodeados por los invernistas que formaban un conjunto de cuatro docenas de ancianos. Las mujeres soportaban mejor la vejez que sus cónyuges, aunque pareciera una paradoja, pues ellas pensaban más en la belleza, en la juventud perdida.

Los hombres, en su mayor parte, habían tenido que superar el difícil trance de pasar del trabajo diario en el que se sentían importantes en mayor o menor cuantía, a la inactividad de los pensionistas jubilados a los que ya sólo les restaba esperar la muerte.

Sólo los *hobbies* más o menos acertados podían entretenerles. La mayoría de ellos, al vivir en casa mucho tiempo, habían descubierto que ya debía hacer mucho, pero que mucho tiempo, que se habían divorciado teóricamente de sus mujeres, ya no conectaban con ellas, y pasar todas las horas del día juntos les resultaba insufrible.

No eran todo lo felices que deseaban aparentar, pero la mayor parte de ellos ofrecían una imagen risueña a sus demás compañeros de viaje.

Compararon las respectivas listas.

—¿Correcto? —preguntó Eva.

—Sí, sí, ya los tengo distribuidos por matrimonios y hombres y mujeres, dos en cada habitación. Si hay algunas parejas del mismo sexo que quieran intercambiarse de dormitorios, será mejor que lo comuniquen.

—Oh, no —sonrió Eva—. Son disciplinados como borreguitos, aceptarán lo que les diga, no son anárquicos.

—Mejor, así todo irá bien. A las parejas de mujeres solas y a los hombres los he unido por edades, más o menos, quizá así tengan gustos similares.

—De acuerdo —aceptó Eva.

—Entonces, empezaremos.

—¿Cuánto personal hay en el hotel?

—Poco. Un mozo, tres camareras…

No había terminado de hablar cuando se les unió otra voz hablando en castellano:

—¿Cómo va eso, Jordi?

—Ah, Alexa… ¿Conoces a Eva?

—Sí, claro.

—Hola, Alexa. Os hemos traído un grupo inmejorable.

—Esperemos que no se agarren demasiado a los marcos —ironizó Alexa.

—Alexa, ¿puedes colaborar? —preguntó Jordi.

—Sí, claro; la falta de personal obliga.

—Vamos a repartir las habitaciones. Lleva diez llaves contigo, Eva los nombrará y tú les abres la puerta y les das la llave.

—Adelante —aceptó Alexa.

Comenzaron a soltar nombres.

Jordi Arnot entregó otro conjunto de llaves a Eva, pidiéndole:

—Ya que conoces el hotel, distribúyelos. Aquí tienes esta lista.

Eva nombró en voz alta a los turistas invernales y un grupo de cinco matrimonios la siguió sin ningún tipo de reticencia. Iban dispuestos a aceptar aquello que se les ofreciera mientras la terraza tuviera sol. No serian demasiado exigentes con la cama ni con el mobiliario de la habitación.

Se iban abriendo y cerrando puertas, se podían escuchar cuchicheos, pero todo sonido de voz humana quedó cortado al escucharse un inesperado chillido, lo único humano que se oyó durante unos segundos interminables.

Eva se abrió paso entre dos matrimonios y regresó a una de las habitaciones cuya puerta, después de acoger a los invernistas, se volvió a cerrar.

Eva golpeó la puerta con la mano y al poco la abrió un anciano de ojos claros y cabello canoso que debía estar muy pálido, aunque resultaba difícil descubrirlo, ya que era albino.

—¿Qué ha pasado?

—Un cadáver —dijo casi sin voz.

La esposa de aquel hombre, que no parecía tener muchos deseos

de seguir adelante en la vida, se había dejado caer en la cama boca arriba y mantenía los ojos muy abiertos, desmesuradamente abiertos, sin parpadear, como si estuviera muerta.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Eva, dando un respingo.

—No, no es ella —corrigió el anciano—. Siempre que se asusta se pone así durante casi media hora, luego se le pasa, hay que dejarla, es lo mejor. El cadáver está en la bañera. Eva, más desconcertada aún, se acercó al baño; en la puerta de la habitación se habían agrupado varias personas.

Eva descubrió que en la bañera había agua, no demasiada, y dentro, tendida, un cuerpo de mujer desnudo, con los ojos y la boca abierta. Por la boca asomaba la espesa rojez de la sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jordi Arnot irrumpiendo en la estancia tras haber oído también el grito que se había propagado por todo el hotel.

—Jordi, hay un cadáver de mujer en la bañera.

Jordi penetró en el cuarto de baño y al ver lo que había en la bañera, no dudó en coger a la supuesta mujer por un brazo y levantarla. Abrió el grifo de la ducha, la limpió y la sacó mojada de la bañera.

—No hay que temer, es una muñeca.

Eva parpadeó, incrédula. Dio dos pasos hacia la puerta del baño y miró aquella muñeca de tamaño natural y que chorreaba agua.

—¿Cómo es posible?

—Es una muñeca hinchable y parece de buena calidad. Alguien ha querido gastar una broma pesada, es mejor olvidarlo. Pídeles disculpas y diles que ahora vendrá una camarera a limpiar la habitación.

La anciana, que poco antes estaba tendida en la cama boca arriba, con los ojos abiertos y mirando al techo, como si esperara poder ver a través de él, se había sentado en la propia cama y seguía mirándoles con ojos desmesuradamente abiertos. De pronto, volvió a gritar, y ahora no fue un chillido de terror, sino de rabia, de protesta.

Su marido fue hacia ella tratando de calmarla mientras otros invernistas comenzaban a cuchichear entre ellos y a contener risitas.

—El hotel les pide todo tipo de disculpas por lo sucedido. Si

desean cambiar de habitación, pueden hacerlo.

—¡Ya, ya, ya! —gritaba la anciana.

Eva carraspeó.

—¿Otra muñeca? —preguntó Alexa que se había acercado, también atraída por los gritos, aunque sin darse demasiada prisa.

—Sí, otra —admitió Jordi Arnot—. Por lo visto, tenemos a un maníaco sexual cerca. —¿Cerca? A mí me parece que está metido en el hotel.

—Bien, ya hablaremos de ello —cortó Jordi—. Será mejor que metas esta muñeca en alguna parte, no es bueno que la vean otros huéspedes.

Introdujeron la muñeca en un cuarto trastero mientras algunos de los invernistas que no habían sido víctimas de la supuesta broma seguían cuchicheando y lanzando risitas.

Alexa fue detrás de Jordi y cuando llegó a su altura, comentó:

—Ésta no es como la otra.

—Es de la misma calidad, látex superior y pelo natural, pero un modelo diferente. Habría que hacerle una fotografía y contrastarla con las *misses* y modelos de los últimos años, aunque no creo que vayamos a ganar nada descifrándolo.

—¿No sería mejor avisar a la policía? —sugirió Alexa.

—Si quieres llamarla, hazlo; pero ¿crees que será oportuno?

—Lo consultaré con Van Erick.

—Ah, el viejo creo que tiene sus amiguitas por ahí.

—Si puede mantenerlas —dijo, un tanto despectiva.

—Sí, pero sigo creyendo que le gustan muy aniñadas.

—No me interesan los vicios de Van Erick. Ahora, lo que me preocupa es descubrir al maníaco sexual que va dejando muñecas de látex por ahí.

—Hay algo importante en esas muñecas, además de ser de excelente calidad, las mejores del mercado.

—Será que las conoces bien.

—Pues he entrado en varias *sexshops*, lo mismo aquí, en Barcelona, París o Hamburgo. Lo que quería decirte es que quien deja esas muñecas, las asesina primero, es un sádico en potencia. Quizás así sea mejor que avises a la policía, podría acabar intentando lo mismo con mujeres de carne y hueso.

—No, no llamaremos a la policía —decidió Alexa—. Hablaré

primero con Van Erick. Después de todo, la policía alegaría que se trata de un bromista porque, que yo sepa, no es delito ir abandonando muñecas por ahí.

—No, pero entrar en habitaciones del hotel sin permiso…

Alexa ya se alejaba.

En el vestíbulo seguían aguardando los invernistas que hacían más y más comentarios sobre los gritos oídos. Alexa les ofreció la mejor y más tranquilizadora de sus sonrisas.

Jordi Arnot quedó preocupado. Después de dejar a la muñeca encerrada en un trastero, tuvo el convencimiento de que quien dejaba aquel rastro de muñecas supuestamente asesinadas quería conseguir algo más, algo que todavía no sabía, pero que intentaría averiguar.

Capítulo V

UN coche policial se salió de la carretera a pocos kilómetros de la gran dudad, allí donde se abigarraban los altos edificios «colmena» donde los obreros dormían la noche y también el día a causa del paro que sufrían.

Varios agentes de uniforme rodeaban los restos humanos que yacían en el suelo, entre unas matas quemadas.

El comisario Roldán, con las manos hundidas en los bolsillos del gabán, se acercó para examinar lo que allí había quedado: El resultado de un asesinato repugnante, un ser humano ahora irreconocible, pero por el aspecto debía haber sido un hombre. Ropas y carnes estaban quemadas.

—Va a ser difícil identificarlo —opinó el suboficial que comandaba a los agentes de uniforme.

—¿Han encontrado algo cerca? —preguntó el comisario Roldán.

—Un velomotor, está estacionado junto a la carretera.

—¿Lo han tocado?

—No.

—Mejor, posiblemente se puedan sacar huellas de él.

—Eso hemos pensado.

—Perfecto —aprobó el comisario.

Se inclinó sobre el cadáver y comenzó a ver los restos de las ropas quemadas. Consiguió pinzar con mucho cuidado lo que debía haber sido una billetera y que estaba medio quemada.

—Menos mal que era de piel, resiste mucho más. Si llega a ser de plástico, no hubiéramos encontrado ni rastro de ella.

Cualquiera hubiese dejado caer aquellos restos al suelo, se deshacían entre los dedos; sin embargo, el comisario Roldán observó que quedaban fragmentos del carnet de identidad y los pasó a uno de sus agentes vestido de paisano y perteneciente a la brigada de homicidios.

—Llévalo al laboratorio, a ver qué puede aprovecharse. Me parece que si querían ocultar su identidad, no van a conseguirlo. ¡Sargento!

—A sus órdenes, comisario.

—¿Cómo cree usted que ha sido quemado?

—Con petróleo.

—Petróleo —repitió pensativo el comisario Roldán—. Es extraño.

—Así es, inspector, la gasolina arde más aprisa.

—Pero también se consume antes. No se suele llevar petróleo en un coche; si el asesino lo llevaba, es que tenía premeditación sobre lo que iba a hacer con su víctima y entonces, es evidente que habían acordado citarse aquí.

—Es lo más lógico, comisario —aprobó el sargento, complacido de que el comisario de la brigada de homicidios pidiera su opinión con tanta naturalidad.

—Está claro que la víctima acudió aquí confiada y ha sido sorprendida por el asesino. Imagino que antes de quemarlo le habrá atacado con una pistola, arma blanca o una simple piedra, eso tendrá que decirlo la autopsia. Después de que el juez levante el cadáver, que lo lleven al depósito. Bien, ¿han descubierto algo más por aquí?

—No, comisario.

—De todos modos, peinen la zona hasta la carretera. Es seguro que el asesino vino en un coche.

—¿Por qué en un coche, comisario? También podía haber llegado en una motocicleta —le observó el sargento.

—Sí, pero en ese caso se le hubiera visto demasiado que llevaba un bidoncito con petróleo para quemar a su víctima.

Es más lógico suponer que lo llevaba en el maletero de un coche.

Cuando el comisario ya regresaba a su automóvil, el sargento le interpeló:

—¡Comisario, comisario!

—¿Sí? —Se volvió, interrogante.

—Se trata del velomotor.

—¿Robado?

—Así es, acaban de confirmarlo por el radiomóvil.

—Bien, ya sabemos algo más. La víctima, o su asesino, era un

sinvergüenza, porque también podría darse el caso de que quien llegó aquí en el velomotor fuera el asesino y en coche, la víctima Después, tras prenderle fuego al cadáver, abandonó el velomotor robado y se alejó en el automóvil del muerto.

—Es una posibilidad con mucha base —aprobó el sargento.

Cuando al día siguiente, el comisario Roldán de la brigada de homicidios llegó a su despacho, se encontró con que el inspector Prieto, su ayudante más directo, le mostraba unos informes.

—¿Asesinado antes de ser quemado?

—Así es, comisario, tres puñaladas.

—¿Navaja?

—Parece tratarse de una hoja estrecha y larga, muy puntiaguda y afilada.

—Vaya un sibarita del crimen —observó, acomodando su espalda a la silla giratoria sin haberse quitado aún su gabán color gris, de excelente corte y factura.

—Me temo que el asesino es altamente peligroso. No se trata de un sujeto temperamental; es evidente que el crimen ha sido minuciosamente preparado, pero si pretendía que la identidad de su víctima no fuera descubierta, se equivocó.

—¿Sabemos ya de quién se trata?

—Sí.

—Adelante —pidió el comisario.

—Aquí lo tiene. —Le entregó una ficha completa.

—Hum. ¿Estaba fichado?

—Sí. Pasó tres años en la cárcel y salió en libertad provisional: atraco frustrado. Por los visto, cuando lo intentó, pensaba que cometer un atraco bancario era muy fácil, pero un agente le detuvo sin problemas, llevaba una pistola de juguete.

—Veamos, Francisco Moreno Reyes… Un pobre diablo, de profesión carpintero. —Posiblemente no pasó de aprendiz, pero para llenar sus fichas de identidad ponía «carpintero», lo que le hacía poco sospechoso.

—¿A qué se dedicaba últimamente? —preguntó el comisario Roldán.

—Suponemos que trapicheos sin importancia, robar un velomotor, por ejemplo. Tenemos su domicilio.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Aunque fuera un pobre diablo,

hay que encontrar a su asesino y tengo la impresión de que este crimen sólo es el comienzo de algo más importante.

—¿Cómo qué de importante? —preguntó el agente.

—No lo sé, y si hay mala suerte no lo averiguaremos nunca, así es que vayamos a ver qué guardaba en su madriguera el tal Francisco Moreno.

El automóvil policial se detuvo frente a un edificio de doce planta de altura levantado en un barrio suburbial extremo donde se hacinaban los obreros sin cualificar con sus familias, seres de procedencia rural que aún no se habían adaptado a la vida urbana pese a que vivían en edificios colmena de pésima construcción donde se había escatimado el cemento y los ligamentos de acero, edificios en los que ya habían aparecido grietas que presagiaban una vida corta para el edificio, como si una quiromántica hubiera leído la palma de la mano, presagiando una existencia particularmente grave.

—Vaya, el ascensor no funciona —rezongó molesto el inspector Prieto.

—¿Y qué esperaba? En la mayoría de estos edificios colmena que tienen más de un par de lustros sobre sus ladrillos, los ascensores no funcionan, así es que vamos a entrar en calor.

—Es que hemos de subir al décimo…

—¿Qué le ocurre, Prieto, se hace viejo?

El comisario Roldán comenzó a subir rápido, apoyando las puntas de sus pies sobre los bordes del peldaño, lo que le hacía parecer más ligero. Sin embargo, cuando llegó al quinto piso, su marcha se hizo notoriamente más lenta y casi toda la suela de su zapato se apoyaba ya sobre los escalones.

—¿Y qué le pasará al ascensor? —bufó el inspector Prieto, tomando aire.

—Vaya usted a saber. Lo mismo se trata de un enchufe solamente o bien que el foso ha perdido la verticalidad a causa de una mala cimentación del edificio; lo que no creo es que aquí colaboren unánimemente todos los vecinos para repararlo.

Cuando llegaron a la planta décima, el inspector Roldán apoyó su pulgar sobre el llamador eléctrico que estaba situado en la jamba de la cuarta puerta.

—¿Quién es? —chilló una voz de mujer, desde el otro lado de la

puerta, sin abrir.

—La policía, abra —dijo el comisario Roldán sin alzar la voz, sin prisas y casi molesto.

La puerta se abrió justo el espacio que permitía la cadenita de seguridad.

—¿Quién?

Vieron parte del rostro de una mujeruca. Su fealdad quedaba más de relieve por el descuido total que aquella mujer tenía de sí misma.

—Policía —dijo el comisario Roldán, mostrándole su placa.

—¿Y yo cómo sé que eso es verdad? Hay muchos chorizos por ahí.

Con infinita paciencia, sin irritarse, pues conocía ya aquel ambiente y en aquellos momentos sólo estaban de inspección y no corriendo tras un criminal que huía, el inspector le preguntó:

—¿Vive aquí Francisco Moreno Reyes?

—¿Para qué lo quieren? —inquirió la mujeruca recelosa y agresiva tras la protección que le brindaba la puerta sin abrir.

—Es que parece ser que le ha tocado la quiniela —dijo, siempre con el mismo tono.

La mujer cerró la puerta, quitó la cadenita de seguridad y la volvió a abrir.

—¿Una quiniela gorda, mucho dinero? —preguntó, muy interesada.

Los policías entraron en el domicilio.

—¿No le ha hablado de nada? —preguntó el comisario Roldán.

—No, claro que no. Para lo bueno, su madre que se pudra. Si ya lo sabía yo, es un mal hijo, siempre lo he sabido, un mal hijo, y me deja aquí con todas las deudas. Es un hijo de puta.

—Señora, que es usted la madre —le recordó el inspector Prieto.

—Yo digo lo que me da la gana, es un hijo de puta. —Se echó a llorar—. Me ha dejado con deudas. ¿Y adónde se habrá ido? Habrá subido a un avión, si ya lo sabía. Con tantos extranjeros como copeaba…

—¿Extranjeros, dice? —inquirió el comisario Roldán.

—Sí, de todo, pero ¿cuánto, cuánto le ha tocado?

Miró a aquella mujer de fácil gritar y mucho más fáciles lágrimas.

—Le ha tocado la peor de las quinielas, señora. ¿De veras es usted su madre?

—Sí, claro que soy la madre. Lo dicen los papeles, soy su madre. Me tocará algo, ¿verdad?

—Oh, sí, señora, le tocará ir al depósito y reconocer sus restos, aunque me temo que no va a ser nada fácil.

—¿Cómo?

—Ya le he dicho que le ha tocado la peor de las quinielas, está muerto.

—¡Nooo! ¡Paco, mi pobre Paco, hijo mío, Paco…! ¡Ustedes lo han matado, él no tenía pistola ni navaja, nada, ustedes lo han «matado»!

—Señora, que nosotros estamos aquí para encontrar al asesino —le observó el inspector Prieto cuando nuevos rostros se asomaban a la puerta.

El comisario Roldán les dio en las narices cerrando la puerta.

—¿Quién lo ha «matado», quién lo ha «matado»? —repetía la mujer.

Se dejó caer sobre una silla, volcándose luego sobre la mesa de la diminuta sala comedor donde comenzó a sollozar ruidosamente.

—Veamos —le dijo el comisario a su ayudante. Nada les pareció interesante hasta que se enfrentaron a una puerta cerrada.

—Señora, ábrala —pidió el inspector Roldán.

—¿Yo? No tengo llave, ésa es la habitación de Paco, no tengo llave. Era muy serio, muy de lo suyo y no quería ni que su madre le hiciera la cama.

—¿No tiene llave?

—No.

—En ese caso… —dijo el comisario Roldán. Acto seguido, de una simple patada abrió la endeble puerta.

Aquélla era la habitación mayor del apartamento, que tenía tres, la estancia mediría unos nueve metros cuadrados. Poseía un armario, una estantería y una cama de ochenta centímetros de ancha. Las paredes estaban repletas de posters y páginas centrales de revistas con mujeres desnudas en todas las posturas imaginables e inimaginables.

—Mire el armario —pidió Roldán—. Yo registraré el colchón.

El inspector Prieto sacó dos navajas de gran tamaño que mostró

a su jefe.

—Y la madre decía que no tenía navaja.

—Y también pistola, aunque sin balas —dijo, mostrando la que acababa de hallar en el colchón.

—¡Yo no sé nada, nada! —gritaba la mujer que les había oído, pues pese a estar en la salita comedor no se hallaba a más de tres pasos de los policías—. Pobre hijo mío… Paco, hijo mío, has «dejao» a tu madre sola en el mundo y ahora dirán que eras un chorizo, la mala gente… ¿Qué será de mí ahora, Paco, hijo mío, qué será de mí?

—Mire, comisario.

—¿Qué es?

—Cintas de vídeo.

—Y no veo que tengan vídeo —observó el comisario Roldán.

—No, no lo hay —asintió, mirando el televisor del comedor, un aparato de blanco y negro.

—En ese caso, es que traficaba en cintas. —Tomó una y observó —: No tiene marca ni más identificación que un número escrito a mano.

—¿Porno?

—Posiblemente. Pondremos un agente aquí hasta que hayamos visto un par de cintas. —¿Las escogemos al azar?

—Sí, y seguiremos registrando a ver si descubrimos algo que nos lleve al sujeto que buscamos.

Una hora más tarde, comenzaron a visionar una de las cintas. Los espectadores eran todos los que formaban la brigada en aquellos momentos. Se escucharon algunos silbidos de admiración.

—Vaya guarrada —opinó uno.

En la pantalla a color estaban saliendo tres chicas que hacían un *striptease* frente a un hombre que aguardaba desnudo, cubriéndose los genitales con ambas manos.

—Basta, quiero ver si la otra cinta es lo mismo.

—¡Buuu!

Hubo una ligera protesta sin mala intención por parte de cuantos se hallaban frente al televisor, aunque ya sabían de antemano que no iban a visionar la cinta completa.

El inspector Prieto cambió la cinta del vídeo y no tardaron en comprobar que era del mismo tipo. El nombre de la productora era

irreconocible.

—¡Prieto!

—Sí, comisario.

—Encárguese de averiguar de dónde han salido.

El inspector Prieto comenzó a visitar las *sexshops* hasta que dio con una en el Barrio Chino cuyo propietario le dijo con una media sonrisa:

—A mí me gusta colaborar con la policía.

—¿Conoce a este hombre? —preguntó, mostrándole una fotografía.

—¿Qué ha hecho?

—Eso es asunto nuestro.

—Es Paco. Trata de vender vídeos, incluso hechos por aficionados.

—¿Aficionados?

—Sí, a las productoras comerciales les ha salido la competencia de productoras piratas, las hay aquí y en todos los países. Se juntan unos amigos, hacen sexualmente todo lo que les parece, uno se dedica a grabarlo con una telecámara y después, sacan copias y las venden.

—¿Y eso da mucho dinero?

—No mucho, depende de si tienes mercado, pero algo sí sacan. Lo bueno es cuando meten a alguien conocido en el mogollón, flipado, claro, y luego se dedican a chantajear a la familia.

—¿Conoce algún caso?

—No, yo, no, pero me han contado cosas. Precisamente, Paco, ¿en qué anda metido ahora? Estuvo en la cárcel, ¿no?

—Quiero que me diga lo último que sepa de Paco.

—Le vi hace cuatro días.

—¿Y?

—Me compró cuatro muñecas.

—¿Para acunarlas?

—No —se rió—. Son para joder, como esa que hay allí en el rincón.

Le señaló una muñeca de tamaño natural que trataba de parecerse a Marilyn Monroe, con exuberancia de pectorales y amplias caderas.

—¿Eso compró Paco?

—Sí, pero no de esa clase, él compró de las mejores. Pesan más, pero tienen textura de piel de mujer y pelo natural, una maravilla. Precisamente, él se llevó todas las de mejor calidad que me quedaban. Tengo que recibir más del extranjero, si usted quiere le reservo alguna. Tengo un catálogo muy extenso para escoger, rubias, morenas, pareciéndose a tal o cual actriz…

—¿Y para qué quería Paco cuatro muñecas?

—Eso le pregunté yo.

—¿Y qué respondió?

—Que él las quería al natural, que fueran putas, con perdón.

—¿Quiere decir que se las llevaba para revenderlas?

—Seguro. Las metía en una caja, deshinchadas son fáciles de transportar y no llaman la atención.

—¿Y no sabe a quién pensaba vendérselas?

—No.

—¿Le pagó?

—Sí, de lo contrario no se las hubiera llevado. Eso es lo único que sé de Paco.

—Está bien. Quizás volvamos a hacerle algunas preguntas más.

El joven inspector Prieto descolgó un cinturón de castidad, lo miró con curiosidad y preguntó:

—¿Se venden muchos?

—Todo se vende, pero eso es especialmente para las que se van a casar. Suele ser el regalo de las compañeras de trabajo, oficinas o sitios así.

—¿Para la noche de bodas?

—Ajá. La chica se coloca el cinturón, le pone el candado y luego, que el novio juegue.

—¿Y consigue quitárselo? —siguió preguntando, perplejo.

Divertido, el comerciante del sexo respondió:

—Depende de lo manitas que él sea. Si tiene aficiones al bricolaje, acaba por abrirlo. Colgó de nuevo el cinturón de castidad.

—De modo que cuatro muñecas, ¿eh?

Y abandonó la *sexshop*.

Capítulo VI

—CREO que llegamos tarde —opinó Mireya Grau.

El hombre que viajaba junto a ella no parecía tener muchos deseos de hablar.

Mireya hizo descender el Land Rover por la pronunciada pendiente del camino privado que conducía al hotel Scorpio. El vehículo, más que de viajeros, era utilizado para transporte de carga y en aquellos momentos, llevaba cajas de bebida seleccionadas por Joan que decía conocer bien a los alemanes y se anticipaba a lo que éstos pudieran pedirle para beber.

—Son esponjas —gruñó Joan.

Joan era el jefe del bar del hotel. Sabía que en la temporada invernal sólo estaría él en el bar, ayudado por alguna camarera, mozo o incluso la mayordoma que era Mireya Grau, según se distribuyera el trabajo, pues todo el personal habitual en verano no había sido contratado para ahorrar salarios.

—Son viejos y no comen mucho.

—Pero sí beben —objetó Joan—. A sus edades no son pocos los alcohólicos. Toman *whisky*, coñac, bebidas francesas, champaña y cuando te descuidas, se tragan el Valium. No me extrañaría que alguno se quedara muerto en su cama antes de terminar la temporada de vacaciones invernales.

—No digas esas cosas, Joan, traen mala suerte.

El hombre se rió levemente, como el niño que observa que su travesura ha surtido el efecto deseado, una travesura que siempre acabará dañando al alguien.

Él, de tamaño grande, no se dirigió a la entrada principal del hotel, sino que tomó un camino junto a la fachada este y se estacionó exactamente detrás de la fachada principal, junto a una puerta grande de servicio.

La directora Alexa, que les había visto llegar a través de una

ventana, salió a recibirles cruzando por el interior del edificio.

—¿Cómo ha ido eso, Mireya?

Mireya saltó del vehículo guardándose las llaves del mismo.

Era algo más alta que Alexa, llevaba el cabello recortado y parecía de complexión fuerte. Tenía la piel del rostro muy tersa pese a sus cuarenta años y no era mujer que dedicase parte de su tiempo a embadurnarse de cosméticos, pues prefería simplemente lavarse con agua y jabón, como si fuera una muchacha de dieciocho años.

Era una mujer activa y de pocas contemplaciones. Siempre llevaba a la hora exacta para cumplir con su trabajo diario, pero no se preocupaba demasiado de la hora en que lo abandonaba, no le daba importancia a salir dos o tres horas más tarde; para ella, lo fundamental era la labor bien terminada.

—No hemos podido llegar antes porque el mayorista estaba haciendo inventario.

—Los alemanes ya han llegado.

—Sí, ya hemos visto el autocar.

—Joan, ¿cuándo abriremos el bar? —quiso saber Alexa.

—Esta noche. No creo que tengan tiempo de secarse esos germanos, que esperen unas pocas horas —dijo, irónico.

De no haber utilizado el tinte, aquel hombre mostraría un cabello muy canoso, pues era más viejo de lo que se podía juzgar a simple vista.

Era muy hábil en el bar, un profesional que sabía quedar bien con la clientela. No sabía hablar correctamente ningún idioma aparte del suyo, pero chapurreaba tres o cuatro, de tal forma que se entendía siempre con matices de complicidad con sus clientes que terminaban haciendo comentarios picaros con él.

Joan les explicaba chistes subidos de tono, sabiendo siempre cuándo debía hacerlo para no molestar a determinadas mujeres y además de las bebidas, ofrecía a los hombres otras cosas que no podían compararse en los bares normales.

—Cuidado, Joan, no se te caigan las pornorrevistas —le dijo Mireya, con cierto tono sarcástico.

Alexa miró la bolsa de mano con que cargaba Joan y dijo:

—No quiero basura en el hotel.

—Mire, Alexa, yo sé cómo tratarlos, son como niños. Seguro que

las parientas que llevan consigo son unas viejas que si te las encuentras de noche y en descampado, te mueres de susto.

—Será mejor que no oigan lo que has dicho —le reconvino Alexa.

—Si yo les enseño revistas y otras cosas, seguro que se les van los ojos.

—El hotel no quiere saber nada de esos negocios tuyos de trastienda. Si hay protestas por parte de los invernistas, quedará despedido.

—Está bien, despídame ahora, me voy.

Joan dio media vuelta haciendo intención de marcharse. Alexa sufrió una contracción nerviosa en su rostro y dijo:

—Vamos, Joan, no hagas tonterías. No eres ningún niño y en otro hotel no te pagarían como nosotros.

—Es que el contrato por estos tres meses no es ninguna bicoca —protestó Joan.

—Es temporada baja, a los invernistas también les cobramos menos. Los beneficios de la empresa son prácticamente nulos, pero se trata de mantener el hotel abierto para amortizar y pagar impuestos. Puedes estar seguro de que sacarás propinas en abundancia.

—Quiero un ayudante fijo; pueden contratar a uno por tres meses, con el paro que hay no les costará encontrarlo.

—Lo pensaremos. De momento, ve disponiendo el bar y no dejes tus pornografías a la vista de los huéspedes, éste es un hotel serio.

—Sí, señorita directora, ya lo creo que lo es.

El hombre desapareció en dirección al bar.

—No me gusta Joan —comentó Alexa en tono bajo.

Mireya le miró un tanto perpleja.

—Pues hace bien su trabajo y no es el único al que le gustan esas revistas.

—Y otras cosas, también.

—Bueno, no se le puede impedir a un hombre que busque en otra parte lo que no encuentra en su casa.

—Joan es un putero. Cuando encuentre a otro más de fiar, lo despediremos.

—Ahora hay muchos que cogerían su puesto —opinó Mireya.

—Sí, pero éste no es el momento, pensaré en eso cuando los

invernistas se hayan marchado. Verás, Mireya —comenzó a decirle en tono confidencial—, es que un guarro o llámalo como quieras, está merodeando el hotel.

—¿Un exhibicionista? —preguntó Mireya, casi divertida. No era mujer que pudiera dejarse violar; aun siendo femenina, poseía una fuerza nada común en una mujer y no pocos hombres podían recibir más palos de los deseados si se atrevían a acosarla.

—Jordi dice que es un sádico.

—¿Jordi?

—Sí, ya lo verás luego, ahora hablemos del sádico… Hemos encontrado a dos muñecas de esas hinchables para obsesos sexuales, Jordi dice que son de la mejor calidad.

—Vaya. ¿Se las han descuidado en el hotel?

—Una dentro de la piscina y la otra, en una bañera, pero las dos simulando que habían sido asesinadas. A mí me han dado tal susto que todavía no me he repuesto.

—¿Dos muñecas asesinadas?

—Sí. No íbamos a llamar a la policía por dos muñecas, sería de risa, pero a mí todo esto no me hace ninguna gracia. El que asesina a las muñecas es un loco, y un loco asesino, aunque sea de muñecas hinchables, me parece muy peligroso.

—¿Y no puede ser alguno de los alemanes que quiere divertirse a costa del miedo de sus compañeros?

—Imposible, la primera la encontramos antes de que ellos llegaran, dentro de la piscina. Jordi la sacó. Al principio Creímos que se trataba de una mujer muerta dentro de la piscina, menos mal que no nos precipitamos en llamar a la policía. Jordi se lanzó al agua con lo helada que estaba y pudo darse cuenta de que era una muñeca.

—Bueno, si encuentro otra muñeca ya se lo diré.

—No digas eso ni en broma, no quiero ver más muñecas de ésas, me ponen frenética.

—Los que se acuestan con ellas nos dejan en paz a nosotras.

—¿Y qué crees que busca ese loco de las muñecas?

—No lo sé, quizás asustar a los huéspedes.

—No creo que lo consiga, las plazas están contratadas por tres meses.

—Cazar a un grupo de pensionistas en estas condiciones me

parece una buena operación hotelera.

—No tanto. Pagan muy justo y encima se quejan de la comida, pero seguro que en su país no pueden alimentarse con lo que aquí pagan.

—Si descubro algo más, ya se lo haré saber.

—Espero que no aparezcan más muñecas. No entiendo por qué las han ido dejando por el hotel; además, creo que son caras.

—No sé sus precios, nunca se me ocurriría preguntar por esas muñecas. Una vez vi una película en la que un loco iba arriba y abajo con su muñeca, tomándola por una mujer de carne y hueso. Se había enamorado de ella.

Las dos mujeres, de edad bastante similar, siguieron hablando internándose en el hotel, hasta que encontraron a Jordi Arnot.

—Hola, Mireya, creí que no ibas a venir.

—Me han llamado tarde y he tenido que pasar a recoger las bebidas.

—Bueno, ahora nos veremos durante tres meses —le dijo el joven.

—Va a ser un invierno divertido —opinó Jordi.

—Sí, el anterior conserje e intérprete no era tan guapo como tú.

—Gracias.

Alexa torció un poco el gesto, le gustaba Jordi Arnot. Era indudable que ella le aventajaba en unos cuantos años, pero no tenía intención alguna de formar una pareja permanente con él.

Le bastaba con tener encuentros esporádicos, íntimos, ya contaba con ellos. Cerrando los ojos, había comenzado a saborearlos y más desde que le secara el cuerpo con la toalla después de que él saliera de la piscina.

Jordi le atraía, no podía evitarlo, como también le atraía a Mireya, pues bastaba con observar los ojos de la mayordoma para darse cuenta de ello.

—¿Y Van Erick? —preguntó Mireya rompiendo la situación al darse cuenta de que Alexa la observaba con mala cara.

—Se fue ayer noche, volverá mañana —dijo Jordi Arnot—. Bueno, tengo que dejaros. Los primeros das, los huéspedes pasan más por conserjería no cesan de hacer preguntas, luego ya se irán tranquilizando. Lo importante es que el sol brille, eso los calma y les da mucha satisfacción. Ya nos iremos viendo, Mireya. ¿Alguna

cosa más, Alexa?

—Sí. ¿Qué has hecho con las muñecas?

—Nada.

—¿Nada?

—Esta noche las sacaré de su encierro. La verdad, no sé qué hacer con ellas, si arrojarlas al mar o rociarlas con gasolina y quemarlas.

—No vayas con ellas por ahí, te van a tomar por un loco sexual —le advirtió Alexa.

—Ya está.

—¿El qué está? —preguntó Alexa mirando a Jordi Arnot.

—Ya sé qué hacer con ellas.

—¿Ah, sí? Pues dilo.

—No, ya te lo diré cuándo lo haya hecho, puede que hasta resulte divertido.

—Cuidado con lo que haces, Jordi. Esas muñecas no me gustan —objetó Alexa.

Mireya preguntó.

—¿Podría verlas?

—Por la noche, cuando las lleve al coche —prometió Jordi, y se alejó dejándolas juntas.

Capítulo VII

LOS dos vagabundos se sentaron junto al tronco de un frondoso y añoso pino sombrilla; habían estado merodeando los chalets de la urbanización.

—Están vacíos —rezongó uno de ellos que en su mano izquierda sólo tenía tres dedos, el meñique, el anular y el pulgar, fallándole el corazón y el índice.

Vestían pantalones de pana más sucios que gastados y cazadoras, el uno amarronada y el otro verdosa.

Parecían de más edad de la que realmente tenían por el descuido de sus rostros sin afeitar. No es que se dejaran barba uno ni otro, simplemente que no se afeitaban en días. Uno de ellos era rubio y el otro, al que le faltaban los dedos, poseía un ralo cabello castaño.

—La casa de las tejas negras es la mejor —señaló Ros mientras sacaba un cigarrillo y luego un diminuto frasco, como de esencia, que tenía un pincel adosado al tapón. Aquella minúscula botellita contenía un líquido aceitoso. Ros dio una pincelada con aquella sustancia a lo largo del cigarrillo.

—¿Y a mí no me invitas, colega?

—Oye, yo me gasto los verdes en el aceite y tú no —protestó Ros.

—Te lo cobras de mi parte de lo que saquemos esta noche.

—¿Y si no sacamos nada? —preguntó Ros, receloso.

—Claro que sacaremos, esa casa por lo menos tiene televisión a color. ¿Te has fijado en la antena?

—¿Y si la puerta se resiste o suena una alarma y tenemos que largamos?

—Bah, que suene la sirena. Nos escondemos hasta que termine de aullar y luego entramos.

—Está bien —aceptó Ros, no demasiado convencido.

Sacó otro pitillo, le dio la pincelada de aceite de hachís y se lo

pasó a Dos Dedos. Al poco, ambos fumaban la droga.

—Yo he fumado el «chocolate» que te largas, pero aceite no —dijo Dos Dedos.

—Es más fuerte así, ya verás.

Cuando llevaban medio cigarrillo consumido, Dos Dedos llamó la atención de su compañero.

—Eh, mira allí —señaló hacia el macizo de árboles.

—Sí, ya he visto que hay una casa.

—No, idiota. ¿No ves una tai?

—Ah, sí —admitió Ros que no quería reconocer que andaba mal de la vista. Estaba convencido de que en la clase de vida que llevaba, no era bueno usar gafas…

Dos Dedos dio una chupada más a su cigarrillo, cargado con aceite de hachís, y luego silbó por lo bajo.

—Menuda chavala y está sola.

—¿Seguro? A lo mejor hay alguien en la casa.

—Si le tapamos la boca con la bufanda, no va a gritar. La pasamos por la piedra los dos y después nos canta lo que hay en la casa. Más fácil no va a ser y no tendremos que esperar a la noche.

—Puede ser peligroso. ¿Y si hay un tipo con armas dentro de la casa?

—Bah. ¿Es que te rajas ahora?

—Nos verá antes de que lleguemos hasta ella.

—Nos acercamos fumando, como si nada, y cuando estemos frente a ella, un empujón. Se cae, yo le tapo la cara, tú le pasas una cuerda por los pies, la levantamos y nos la llevamos corriendo a otro hotelito, detrás de un muro. Lo vamos a pasar fenómeno con ella. ¿No te atreves?

Ros dio un codazo a su compañero y ambos se levantaron.

Magny se había alejado del seto de cipreses que ocultaba el umbrío hotelito propiedad de Hugo Zattoni. Ella misma había abierto la verja y se alejaba entre los árboles ya más escasos, como sin rumbo fijo, sólo por pasear.

Descubrió a los dos desconocidos que avanzaban hacia ella por el camino que conducía al hotelito, un camino de tierra, pues justo donde terminaba la urbanización propiamente dicha concluía el asfalto.

Magny les miró sin sonreír y desvió sus pies para alejarse de

ellos, pero los dos salteadores de chalets se encaminaron hacia ella.

—Eh, chica.

La joven vestía pantalones y un jersey ajustado, ambas prendas eran oscuras y sus cabellos largos le caían sueltos sobre la espalda. Magny les observó interrogante.

—Si es una chiquilla, casi una niña —se rió Ros, entre chupadas de su cigarrillo drogado.

—Oye, ¿está tu papá?

Ella les miraba alternativamente, como si no entendiera sus palabras. De pronto, Ros la empujó, derribándola, pero ella se rehízo con una rapidez inusitada.

Dos Dedos falló al intentar cubrirle el rostro con la bufanda.

—¡Zorra! ¡Cógela, Ros!

Magny lanzó un corto grito, era una palabra ininteligible que para los dos hombres sonó como chillido de miedo.

Ros la cogió por un brazo, pero la joven le aplicó un rodillazo entre las piernas y consiguió zafarse de él. Ros se quejó de dolor llevándose las manos a los testículos afectados.

—¡Mierda, que se escapa! —rugió Dos Dedos.

Magny trató de fintarlos y escapar hacia la casa, pero Dos Dedos logró cortarle el paso. Ros también se había rehecho y fue tras ella; la muchacha consiguió golpearle el labio superior con el canto de la mano y la sangre brotó entre los dientes.

—¡Maldita perra! —masculló Ros lanzándole una patada que la alcanzó en un muslo, derribándola de nuevo.

Magny volvió a gritar, y su grito no se confundió con los trinos de los pájaros que se desplazaban entre las copas de los árboles.

—¡Ya la tengo! —farfulló Dos Dedos rodeándole la cara con la bufanda, medio ahogándola.

Ros se pasó la mano por la boca, manchándosela de sangre.

Pese a los golpes recibidos, todo les pareció ya fácil a los dos maleantes, no contaban con unos ladridos broncos que pronto llegaron a sus oídos.

Casi al mismo tiempo, dos fieras, dos mastines de más de sesenta kilos de peso, de pelaje negro por desviación cromosómica, saltaron sobre ellos.

Dos Dedos sintió que las mandíbulas de uno de los perros se le llevaban medio anorak por parte de la espalda. No se entretuvo en

recuperar la prenda de vestir, sino que echó a correr mientras la fiera se desprendía de la tela perforada.

Ros cayó hacia atrás, derribado por el otro mastín de vigilancia.

Consiguió sacar del bolsillo una navaja automática con la que trató de ensartar al perro que le mostraba sus chasqueantes mandíbulas de enorme tamaño.

—¡Aaaag!

El grito brotó preñado de dolor entre los labios sanguinolentos de Ros. La mano le quedó colgando en la mandíbula de uno de los mastines mientras su navaja caía sobre la tierra sin haber conseguido herir a nadie.

—¡Achtung!

La voz cortante de Hugo Zattoni detuvo a las fieras. Magny se había quitado la bufanda y se había recuperado, reincorporándose.

—Ya me voy, ya me voy —dijo Ros con una gran expresión de dolor.

Su muñeca herida sangraba y la mano no le respondía, como si las mandíbulas de la fiera le hubieran triturado los huesos de la unión del brazo con la mano.

—No, no te vayas. Ven, te curaré.

—No, no hace falta —replicó Ros—. No hace falta, ya me voy, ya me voy.

—Si das un paso para alejarte, mis perros te abrirán la garganta. ¿Es eso lo que deseas? —No, no, claro.

—Entonces, ven. Ellos te custodiarán, no hagas ninguna tontería. Mis mastines carecen de conciencia como tú; si matan, no tienen remordimientos. Has golpeado a mi hija, ellos no te lo van a perdonar. Saltarán sobre ti si yo me marcho y me jugaría todo lo que tengo que antes de tres minutos sólo serías unos pedazos de carne dispersos y tu compañero no te iba a salvar.

—No sabíamos que era su hija —tartamudeó Ros.

Magny lo miraba sin despegar los labios, pero sus ojos hablaban acusatorios. Ros no tuvo tiempo de mirarla bien en aquellos momentos, no pudo darse cuenta de la exótica y misteriosa belleza de la muchacha.

Custodiado por los perros, Ros avanzó hacia la propiedad de Zattoni; Magny cerraba la marcha.

Hugo Zattoni cerró la verja para que nadie entrara o saliera en

aquellos momentos. Los perros no cejaban con sus amenazadores gruñidos contra el forastero.

Ros se sentía inquieto; el dolor de las heridas de su muñeca era terrible, olvidándose de otras lesiones.

—A ver esa muñeca —pidió Zattoni.

—Iré a un médico. Creo, creo que me han roto algún hueso —se quejó Ros.

A causa del nerviosismo y el dolor, tenía el rostro y la espalda sudada, aunque ésta no podía vérsele, pero él la notaba. Era un sudor frío, desagradable, un sudor que le provocaba estremecimientos.

—Sí, parece que está rota. Magny, trae unas vendas.

Magny se alejó en silencio y regresó con unas vendas.

Sin importarle dar la espalda al maleante, Hugo Zattoni fue hasta una estantería protegida con puertas encristaladas. Allí había libros antiquísimos y también objetos de cristal y de porcelana conteniendo extraños productos macerados.

Sin vacilar, Hugo Zattoni tomó uno de los tarros de porcelana que tenía unos grabados que eran ideogramas chinos. Lo destapó y con una espátula de madera de teca tomó una porción del ungüento que allí se guardaba.

—La muñeca —exigió.

—No hace falta, no se moleste —insistió Ros.

El mayor de los dos mastines se adelantó hacia él mostrándole sus enormes colmillos blancos que contrastaban con el pelaje oscuro.

Su gruñido amenazador dio a entender que se daba cuenta de que Ros se rebelaba contra el amo.

—Vamos, no seas idiota, esto te calmará el dolor hasta que te vea un médico. ¿Prefieres que avise a la policía para que pasen a buscarte? Ellos te llevarán a un médico.

—Oh, no, gracias. Nosotros, bueno, la chica… En fin, si nos marchamos de aquí no volveremos a molestar.

—Claro que no —le dijo, aplastando el ungüento en torno a la muñeca herida.

Magny regresó tendiéndole un rollo de vendas.

—Querida pequeña, véndasela tú misma.

Ros tragaba saliva con dificultad, sin atreverse a moverse. Se

sentía constantemente vigilado por los mastines. Uno de ellos, la hembra, se había sentado sobre sus cuartos traseros sin quitarle los ojos de encima. Ros le miró y le dio la impresión de que el animal se reía.

Al maleante de la soledad, de las urbanizaciones que durante la semana estaban como abandonadas por sus propietarios que el domingo al atardecer iniciaban el éxodo semanal hacia la gran ciudad, no le hacían ninguna gracia las terribles mandíbulas de aquella bestia y menos las del mastín macho que no parecía encontrar la tranquilidad y se movía constantemente en torno suyo como buscando la mejor posición para saltarle a la garganta y seccionarle la yugular.

Magny le cogió el brazo y comenzó a vendarle la muñeca con fuerza, importándole poco los guiños de dolor que Ros hacía; tampoco le importaba si los huesos partidos iban a quedar bien colocados o no. Vendaba para dar sujeción a la mano y que el ungüento extraído del tarro penetrara a través de la piel hasta los huesos.

—Pronto dejará de dolerte —le dijo Zattoni.

Por primera vez, Ros se fijó en el rostro felino de Hugo Zattoni, en sus ojos verde amarillentos, en su cabello lacio y entrecano, muy aplastado en su peinado; era un rostro inquietante.

Hugo Zattoni había tenido razón. La herida, forzosamente muy dolorosa por la trituración de sus huesos entre los colmillos de uno de los mastines, dejó de dolerle.

—Oiga, esto que me ha puesto va muy bien, ya no me duele —dijo Ros, iniciando una sonrisa. Más pronto comenzó a sentir calor en todo el cuerpo y su sudoración aumentó. Tuvo la impresión de que le llenaban de agua el interior de los zapatos y sus pies se enfriaban.

—Un ligero mareo, no tiene importancia —dijo Hugo Zattoni antes de que el mismísimo Ros se quejara.

Zattoni sacó una botella de cristal finamente tallado que reverberaba la luz y de ella escanció como un dedo de licor en el interior de una copita que ofreció a Ros.

—Bébetelo, te irá bien para dejar de sudar.

Debido a que el dolor de la muñeca se le había pasado, Ros no receló y bebió el contenido de la copita. Magny le observaba a

distancia.

La visión de Ros comenzó a nublarse, también su oído.

Escuchó que Hugo Zattoni casi ladraba unas palabras en alemán y los dos mastines, obedientes, abandonaron la casa. Ros intentó moverse en aquel momento y no lo consiguió, era como si su cuerpo se hubiera desconectado del cerebro. Le susurraron unas palabras y llegó a entender:

—Duerme, duerme, duerme…

Dejó de ver, de oír, de sudar, de sentir, fue como si se sumergiera en un profundo sueño. Había dejado de ser dueño de sí mismo.

—Abre los ojos —le ordenó la voz ronca de Hugo Zattoni.

Ros abrió los ojos y vio una gran caja de madera negra y tallada delante de él, pensó que parecía un ataúd. En torno había oscuridad. La iluminación se debía a unas luces oscilantes, eran velas encendidas.

Hugo Zattoni apareció ante Ros, abrió la tapa de la caja y comenzó a sonar una música desconocida para él, era como una flauta hipnotizante.

Buscó con la mirada y descubrió algo que sólo podía ser fruto de un sueño: Una maravillosa mujer leopardo. Su cuerpo elástico y sensual a la vez oscilaba en una especie de danza felina. Toda ella era un leopardo excepto el bellísimo rostro de mujer. Sobre los largos cabellos negros llevaba una especie de gorro con enhiestas orejitas.

Magny, la mujer leopardo en aquellos momentos, danzó con una gran elasticidad. Le miraba y sonreía felinamente. Era como si le provocase, como si le pidiera que fuese hacia ella; pero Ros no podía moverse, era como si hubieran metido su cuerpo dentro de un bloque de cemento.

Sentía discurrir la sangre por sus venas, sentía la excitación de su sensualidad por la mujer pantera, pero no podía moverse.

—¿La deseas? —preguntó la voz de Hugo Zattoni.

Ros balbuceó con torpeza, ignorante de que estaba siendo sometido a prueba.

—Dilo en voz alta, grítalo. ¿La deseas?

—¡Sí!

—Pues, jamás algo tan hermoso será para una bestia como tú —

le dijo Zattoni, totalmente seguro de que aquel desgraciado de cuerpo delgado, cabellos rubios y tez pálida, estaba bajo su completo dominio mental.

De una pequeña vaina, sacó un corto estilete que acercó a su propia muñeca. La afiladísima hoja de acero se acercó a la piel hasta herirla.

La sangre comenzó a manar lentamente; era poca, pero suficiente para que Hugo Zattoni mojara una pluma de ánade y escribiera con ella en una hoja blanca que tenía sobre una mesita. Junto a ella había un atril de pie en el que estaba colocado el libro del cajón de los espíritus.

«Deseo para el mensajero de esta carta un castigo alucinante que le lleve a la muerte». Y firmó, «H. Zattoni». Dobló la carta y la introdujo en un sobre en el que también escribió con su propia sangre: «PARA LOS ESPÍRITUS DE LOS MUERTOS».

Con aquel extraño y maléfico sobre, Hugo Zattoni se acercó a Ros. Magny parecía haberse disuelto en las tinieblas y la música había dejado de sonar.

—Toma esta carta, llévala entre tus manos. Si la sueltas, hallarás la muerte. Ahora, introdúcete en la gran caja.

Ros tuvo una sensación de rechazo, no quería entrar en aquella caja que por sus caras externas tenía tallas de máscaras horribles, máscaras que estremecían, pero la voluntad psíquica de Zattoni era más fuerte que la suya propia y avanzó hasta ella. Levantó una pierna, vaciló, se resistió a entrar.

—Adelante le conminó Hugo Zattoni.

Acuciado por la orden, Ros se introdujo en la caja quedando de pie en ella. En sus manos portaba la extraña carta escrita con sangre.

Vio las llamas alargadas de las velas que ardían, a Hugo Zattoni que se había colocado tras el atril frente al imponente libro de hojas de finísima piel escritas a mano en sánscrito antiguo y con dibujos también hechos a mano en algunas de aquellas hojas.

Hugo Zattoni comenzó a leer lo que tenía delante de él, escrito en aquel extraño libro que pertenecía a la caja de los espíritus.

El tono de lectura era de invocación, con alargamientos en los finales de algunas palabras, salmodiándolas y haciendo su voz muy quejumbrosa en algunos momentos.

Ros sentía que debía escapar de aquella caja; ansiaba correr, alejarse, no sabía en qué dirección. Recordó a Dos Dedos, pero él no estaba allí, le había abandonado cuando los perros les atacaran.

Tuvo la sensación de que el suelo del fondo de la caja cedía. Antes había sido sólida y ahora, cedía, como si hubiera un pozo debajo, como si de un juego de magia de salón se tratara.

El maleante atrapado por el poder hipnótico de Hugo Zattoni se fue hundiendo más y más, era como si la diabólica caja creciera de fondo.

—Quiero salir, quiero salir de aquí —suplicaba Ros sin poder escapar a su destino mientras Hugo Zattoni, como un satánico sacerdote de misa negra, seguía salmodiando, quejumbroso a veces, airado otras.

Su voz hallaba mil ecos en las tinieblas que les rodeaban, pocos pasos más allá de las débiles velas encendidas, llamas que titilaban ostensiblemente.

El pavor hacía que la voz del condenado Ros se hiciera más aguda, que las palabras se entrecortaran al chocar sus dientes, pues las mandíbulas no le obedecían.

Un frío atroz se había apoderado de él, como si caminara desnudo por las inmensas soledades árticas. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

Todo se derrumbaba sobre él y su cabeza quedó por debajo del nivel de la caja. La pesada tapa cayó sobre él, sumergiéndole en las tinieblas.

Ros jamás hubiera podido suponer que sus sentidos se verían acosados por visiones, por sonidos, por sensaciones táctiles, por insoportables dolores que nacían en los talones y recorrían todos sus huesos, que nacían en las uñas de los pies y se prolongaban hasta los nervios de sus ojos. Ni el peor y más horrible «viaje» de la droga podía comparársele.

Había caído en un espacio donde se fundían todas las dimensiones conocidas y desconocidas o donde éstas no existían. Flotaba en un espacio donde no había arriba ni abajo.

Mirase donde mirase, sufría un vértigo que no podía soportar y entonces, entonces aparecieron ellos, los espíritus de los muertos…

—¡Aaaaaaagh!

Capítulo VIII

JORDI ARNOT enfiló hacia la oscura masa de árboles tras la que estaba el umbrío hotelito, un hotelito más grande de lo que podía suponerse a la vista de su fachada.

En el cielo despejado parpadeaban las estrellas y se veía una gran luna que no llegaba a plenilunio, pero era hermosa a la par que luminosa.

Los faros del automóvil le abrían paso con más limpieza, pero hubiera podido avanzar por aquel camino sin necesidad de los faros siempre que no surgiera un bache demasiado profundo o un saliente rocoso capaz de partir el cárter, dejando el automóvil sin aceite.

Se detuvo frente a la verja cerrada y tocó el claxon para llamar la atención de los habitantes del solitario y casi siniestro hotelito.

Los dos mastines ladraron con fuerza ante su presencia, pero estaban tras la verja de hierro.

De pronto, enmudecieron y no tardó en descubrir tras las rejas el bello rostro de Magny. Jordi Arnot dejó las luces cortas puestas y se apeó del automóvil para avanzar hacia la puerta.

—Buenas noches. ¿Está su padre?

La joven miró a Jordi con mucho interés, pero no le respondió.

—¿Está tu padre? —insistió él.

—No.

—¿Sola?

—Sí.

—Bueno, entonces será mejor que me marche y vuelva mañana —dijo con cierto cuidado para no molestarla, aunque Magny parecía bien guardada por los mastines que habían callado posiblemente tras recibir una orden suya.

Magny abrió la verja de pronto, alargó su mano y cogió una de las del hombre.

—No te vayas —le dijo. De pronto, semejó observar que no

viajaba solo en el coche—. ¿Son amigas? —preguntó.

—¿Ellas? —Jordi se rió levemente—. No son mujeres, son muñecas.

—¿Muñecas?

Muy sorprendida, se acercó para verlas mejor.

—¿De veras son muñecas?

—Sí.

—Pues parecen mujeres de carne y hueso —dijo, con un acento que a los oídos de Jordi Arnot, acostumbrado a los idiomas, sonó muy exótico.

—Se las traigo a tu padre.

—¿A Hugo?

—Sí.

—¿Y para qué las quiere él?

—No sé, se las traigo para que las utilice en lo que quiera. Estaban abandonadas en el hotel y cómo va a ofrecer un espectáculo de espiritismo, él sabrá para qué trucos puede emplearlas.

—Hugo no hace trucos —puntualizó Magny.

Tirando de la mano del hombre, se lo llevó al interior de la casa.

Era imposible resistirse y Jordi Arnot entró en el jardín. Los mastines dieron sus últimos gruñidos y les dejaron en paz, retirándose, era como si se hubieran convencido de que su ama estaba a salvo.

Magny se desenvolvía bien con la luz lunar. Jordi la miró y le pareció que sus ojos brillaban más, que eran más misteriosos.

Entraron en la vivienda, la chimenea ardía en el salón.

—Siéntate aquí —le pidió Magny, colocándolo frente al sofá.

Jordi se sentó. En la casa había algo intangible, un ambiente extraño que le resultaba inquietante. El aroma de la leña quemada no conseguía ahuyentar del todo el olor a humedad. Magny era lo único bello allí.

La vio moverse imperceptiblemente ondulante, con los molimientos sensuales y cadenciosos de una bella felina. Regresó junto a él llevando dos copas y una botella sin etiquetas.

—Aguanta le pidió, entregándole las copas.

Jordi obedeció y ella escanció una bebida dorada y transparente que brilló a la luz de las llamas.

El hombre le devolvió una de las copas, ya llena, cuando Magny dejó la botella sobre un estante. La joven le sonreía ampliamente. Jordi bebió un poco, notó un sabor áspero y fuerte.

—¿Qué es? —preguntó.

—Licor.

—¿De qué?

—Es un secreto.

—¿Lo haces tú?

Magny negó con la cabeza, sonriendo como una niña que está preparando una travesura.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—No.

—¿De dónde?

—¿Quieres saber dónde nací?

—Sí.

Volvió a beber aquel extraño licor que al segundo sorbo le agradó más. No se parecía a nada conocido.

—Birmania.

—Hum, eso está muy lejos, es un lugar maravilloso.

—¿Has estado allí?

—No, pero he visto reportajes sobre Birmania y sé que de allí son los rubíes más hermosos y cotizados. —La miró a los ojos que ahora dejaban de ser negros para chispear en rojo a la luz de las llamas.

—Sí, también hay perlas muy hermosas.

—Y maderas preciosas.

—Bueno, yo no soy una auténtica birmana.

—Tienes sangre europea, ¿verdad?

—Sí, de mi padre, y tampoco mi madre era birmana, sólo estaba allí de… —hizo una pausa y luego añadió—: De viaje.

—Pero ¿tu madre era asiática?

—Sí.

—¿India?

—Tai.

—Ah, por eso eres tan bella.

—Gracias —le dijo con humildad.

—¿Cuántos años tienes?

—No lo sé.

—Bueno, da lo mismo, a tu edad se pueden esconder los años. Pero tu padre sí los sabrá. ¿No se lo has preguntado nunca?

—No puedo preguntárselo —dijo Magny, bebiendo de aquel licor que a Jordi Arnot le quemaba la garganta y a ella no parecía afectarle lo más mínimo.

—¿Por qué?

—Porque yo no he conocido a mi padre.

—Entonces, Hugo Zattoni… —dijo, vacilante.

—Hugo no es mi padre.

—Pues yo estaba confundido. Como había dicho…

—Él me compró y dijo que yo sería su hija, así me inscribió en su pasaporte y me trajo aquí.

—¿Sabes? Eres todo un misterio. ¿Y tu madre?

—Se quedó en Bangkok, no volveré a verla nunca.

—¿No irás a visitarla?

—No, jamás.

—¿No la quieres?

—No.

—¿Te hizo algún daño?

—Me vendió. A otras chicas, allá no les importa eso, pero quizá es que yo tengo sangre europea que se rebela a ser vendida. ¿Tú me comprendes?

—Sí, Magny, te comprendo. ¿Es bueno contigo Hugo Zattoni?

—Sí, me trata bien y yo soy obediente para que no se enfade.

—No me imagino a Zattoni recogiendo chicas por el sur de Asia, claro que eres tan bonita.

—Eso dice él y me pide que dance. ¿Quieres que baile para ti?

—Bueno —aceptó Jordi.

—Aguarda aquí.

Magny consumió el resto de su copa y se alejó. Preparó el magnetófono estéreo HIFI y se despojó de las prendas de abrigo, incluidos los pantalones. Quedó en bragas y sujetador, pero ambas piezas tenían mucho de exóticas por el colorido y el brillo de la tela. Comenzó a sonar la música subyugante y Magny inició su danza entre el fuego de la chimenea y los ojos ansiosos del hombre.

Aquello no era la travesura de una niña; era la más sensual de las femineidades amalgamada con un ritual atávico perdido en la noche de los tiempos.

Era la esencia de la mujer convertida en sacerdotisa de un templo dedicado a Venus o quizá de diosa misma excitando a los dioses del Olimpo.

No era una danza fría. Cada uno de sus movimientos, hasta los más imperceptibles, tenían más calor que las llamas de los troncos de la encina ardiendo en la chimenea.

Su rostro semejaba transfigurado, como en un estrato superior.

Jordi Arnot sintió que la nuez se le trababa en la garganta y que le faltaba saliva en la boca, que su cuerpo entraba en calor, que todo él era hombre y ella, mujer. Magny hacía un alarde de dominio de todos los músculos de su cuerpo.

Tuvo deseos de alargar sus manos hacia ella, pero se contuvo. Pese a sus ansias de tomarla entre sus brazos y amarla, en su mente surgió un «stop». Ella podía no desearlo en aquellos momentos; quizá sólo se entregaba a la danza por la danza misma Su mente euroasiática, educada en no sabía qué ideologías religiosas, en qué templos ocultos en intrincadas selvas, la convertían en aquellos momentos en una especie de vestal donde la belleza, la sensualidad y la virginidad se realzaban por sí mismas y en aquellos instantes, el contacto el hombre sobre su cuerpo podía llegar a ser feo, odioso.

El cuerpo de Magny estaba húmedo de un suavísimo sudor que parecía un delicado aceite perfumado de hembra virginal que aún la realzaba más, su piel brillaba a la luz del fuego de los deseos que crepitaba entre los leños.

—¿Te ha gustado? —preguntó con su exótico y agradable acento.

Jordi, que aún notaba que le faltaba saliva en la boca, tuvo dificultades para responder:

—Eres lo más bello que he visto en mi vida.

—¿Más que la luna?

—Sí.

—¿Más que el sol? —preguntó ella, satisfecha pero con cierta vergüenza.

—Sí.

—El sol es un dios —objetó ella, como tratando de obligarle a rectificar.

—Magny.

La voz de Hugo Zattoni rompió el encanto. Ambos volvieron sus

cabezas hacia él; el hombre acababa de entrar en la sala sin que se percataran de ello.

—Hola, Hugo, he bailado para él —dijo la muchacha sin tratar de ocultar nada, con una sinceridad en sus ojos que no dejaba lugar a dudas.

—Ve a dormir, Magny.

—Sí, Hugo, lo que tú mandes.

Ella recogió sus ropas y se alejó sin siquiera despedirse de Jordi Arnot Este, en pie frente a la chimenea, vuelto hacia Zattoni, aguardó a que la joven desapareciera para decir:

—He venido a traerle unas muñecas.

—¿Muñecas? ¿Se las he pedido yo, acaso?

—No, pero se me ocurrió que podían interesarle. Son muñecas hinchables de la mejor calidad, no son como simples globos. Son muñecas de látex grueso y consistente, vestidas pasan por mujeres de carne y hueso.

—Son muñecas para obsesos sexuales —puntualizó Hugo Zattoni, manteniéndose a distancia en actitud de suspicacia y recelo.

A Jordi Arnot no le gustó su aspecto maligno, de gato viejo y resabiado que puede lanzar la zarpa en el momento menos pensado.

—Es cierto, son muñecas sexuales. He pensado que para su espectáculo podrían ser útiles.

—Yo no hago espectáculos baratos.

—Disculpe si he cometido una torpeza, he venido con la mejor voluntad. Ya tenemos a los turistas alemanes instalados en el hotel, por ahora no hay problema Se van a divertir con su sol, con su piscina, con la playa y con algún que otro viajecito que van a hacer para visitar monumentos histórico artísticos, pero hay que pensar en los días de lluvia. —Dentro de tres días pasaré por su hotel y allí conversaremos.

—De acuerdo.

—¿Quién compró esas muñecas?

—No lo sabemos, alguien se las olvidó en el hotel, quizá encontremos algunas más. Los hoteles tienen muchos recovecos donde dejar olvidadas cosas que pueden ser molestas.

—Está bien, déjelas en el jardín.

—¿Y los perros?

—No son cachorros, no cometerían la torpeza de morderlas.

El joven se dirigió a la salida pasando junto a Hugo Zattoni, que no le tendió la mano. Jordi se sintió como un intruso y le molestó tal impresión porque se había enamorado de Magny.

Le había atraído nada más verla en aquella misma casa, bella y exótica dentro de un ambiente también misterioso, pero después de tratarla, después de que ella danzara para él a la luz del fuego, Jordi Arnot sabía que ya jamás la olvidaría y que ninguna otra mujer podría ocupar su lugar.

Aunque se acostara con muchas mujeres, ninguna le haría olvidar a Magny, que era más que puro sexo, muchísimo más.

Se dirigió a su coche, sacó las muñecas y las introdujo en el jardín. Mireya había tenido la precaución de colocarles unas prendas íntimas. Las dejó apoyadas contra la muralla de cipreses y los dos mastines acercaron sus hocicos sin agresividad a las muñecas de látex, las olfatearon y las ignoraron después.

Puso el coche en marcha y comenzó a alejarse para introducirse en la urbanización solitaria. De pronto, los faros iluminaron una figura humana que corrió cruzando el asfalto para esconderse tras unos árboles. Jordi Arnot pensó que podía ser un salteador nocturno, sorprendido por los haces luminosos.

Recordó a Magny, pero pensó que estaban los dos enormes mastines y siguió adelante. Comprendió que viviendo en aquel lugar tan apartado y que durante la semana se veía deshabitado, tuvieran aquellas dos enormes fieras parea protegerse.

No debía ser ningún placer pasear de noche entre aquellos chalets deshabitados como si hubieran sido objeto de una maldición.

Capítulo IX

VAN ERICK se colocó la chaqueta y abandonó la alcoba dando un último vistazo al cuerpo de la muchacha que permanecía tendida en la cama, medio cubierta por la sábana, con los ojos cerrados pero sin dormir.

La habitación tenía una temperatura alta debido a que la calefacción por radiador estaba fuerte.

—Holandés…

—Ah, hola, Concha —dijo con su fuerte acento.

—No puedes quejarte, ¿eh? La chiquita es un bombón.

—Oh, sí, muy rica —se rió—. Siempre cuento contigo, Concha.

—Y haces bien, holandés. Yo siempre te proporciono lo que tú quieres.

—Me gustaría repetir con ella otro día —dijo, señalando la habitación.

La alcahueta suspiró. Era una mujer entrada en carnes, de cara redonda y pelo rizado. Carecía de toda discusión, pero sabía muy bien lo que quería y cómo conseguirlo, y no estaba tan desquiciada como para desear algo que quedara fuera de su alcance. Su pragmatismo la llevaba a obtener sus propósitos casi siempre.

—No es fácil, no es fácil. Tengo algunas que les gusta lo que hacen y se sacan un buen dinero para sus gastos, pero hay otras que son arpías y sólo quieren dinero, dinero, dinero.

—Toma, es lo que convinimos, ¿no?

Concha tomó los billetes que Van Erick le entregaba y los contó con una sonrisa. Terminó dándole un beso.

—Voy a llamar al taxi —le dijo.

—Muchas gracias. Prefiero no conducir en un país que no es el mío, no me gustan los problemas.

—¿Y cómo va el hotel este invierno?

—Bien, bien, lo tengo bastante lleno. Si funciona bien, el año

que viene lo llenaremos al completo, el sol de España es lo mejor.

—¿Sólo el sol? —preguntó ella con picardía.

—El sol y las chicas bonitas.

El holandés subió al taxi que pasó a recogerle y que lo trasladó del pueblo costero hasta el apartado hotel. Van Erick estaba muy satisfecho.

El taxi le dejó en su hotel donde pensaba pasar parte del invierno, vigilando su propiedad un poco de cerca. Tener a los invernistas fijos por tres meses evitaba sobresaltos.

La puerta principal del hotel estaba cerrada. Por la noche sólo dejaban una puerta lateral accesible para poder entrar y salir si es que alguno de los huéspedes quería salir a pasear, aunque se les recomendaba que no lo hicieran de noche hacia los acantilados.

Iba a abrir la puerta cuando:

—¡Van Erick!

Se volvió; acababan de interpelarle sin alzar demasiado la voz.

—¿Hummm?

No vio a nadie.

—Van Erick, ven.

Era una voz femenina, desconocida para él. Se apartó del edificio y miró hacia el otro lado de la piscina. El silencio de la noche hacía que la voz se oyera con nitidez, pese a que la carretera no estaba lejos y se da el circular de vehículos.

Se alejó en dirección a la piscina, buscando a quién le llamaba.

—¿Dónde estás, quién me llama?

—Ven, Van Erick, ven, tengo algo para ti —le decía la voz.

Van Erick, sorprendido, siguió buscando, saliéndose de los jardines para irse acercando al borde de los acantilados.

Llegó cerca de la baranda metálica que impedía caer al abismo. Al final de la gran terraza mirador estaba la escalera que conducía a la pequeña playa bordeada por rocas en los costados.

De la copa del árbol bajo el cual estaba, cayó algo que le golpeó, casi derribándolo. Van Erick se asustó, haciéndose a un lado mientras un cuerpo se balanceaba. Al descubrir lo que era gritó:

Van Erick por poco se cae al ver colgando ante sus ojos a una mujer desnuda que se balanceaba como poseedora de vida. En el hotel se encendieron algunas luces y no tardó en aparecer Jordi Arnot, cubierto con una bata que le protegía del frío nocturno, pues

aunque allí no llegaba a helar, las noches resultaban frías.

—¿Le sucede algo, Van Erick?

—¡La policía, la policía, llama a la policía!

—Aguarde, no grite —le pidió Jordi, corriendo hacia donde él estaba.

—¡Mira, mira, estaba ahorcada arriba, en el árbol! —le dijo, con su acusado acento.

Jordi torció el gesto. Se acercó a la mujer ahorcada, la palpó y acabó quitándole la soga del cuello. Cogiéndola por un brazo la acercó a Van Erick que la miraba incrédulo, pues esperaba verla derrumbada.

—¿Qué significaba esto?

—Otra muñeca.

—No es posible —gruñó el holandés que aún no había digerido el susto.

—Sí lo es. Han querido gastarle una broma.

—¿Una broma? —repitió Van Erick, indignándose cada vez más al sentirse en ridículo.

—Sí, es una muñeca como la que encontramos en la piscina o en la bañera.

—Pero ¿quién, quién me hace esto a mí? —bramó ahora en tono encolerizado.

—No lo sabemos, pero habrá que descubrirlo. Fíjese en que todas las muñecas son asesinadas.

—¿Y qué significa eso?

—Lo averiguaremos, pero quizá usted debe saber algo.

—¿Yo?

—Sí, por lo visto esta broma va dirigida contra el hotel o contra usted.

—Llamaré a la policía.

—Hágalo, aunque no sé si le van a hacer caso. Las bromas no están penadas.

—Esta clase de bromas deteriora la imagen de mi hotel.

—Sí, pero hay algo en todo esto que me parece muy desagradable.

—Y a mí también. Una voz de mujer me ha llamado hasta aquí.

—¿Una voz?

—Sí, seguro.

—Las muñecas no hablan, a menos que tengan un magnetófono dentro del cuerpo. Sé que las hay, pero ésta no parece tenerlo.

—Pues por aquí no hay nadie.

—Se habrá escondido —dijo Van Erick—. Yo he oído una voz claramente cuando iba a entrar en el hotel.

—Sostenga la muñeca.

—No, no quiero ni tocarla —replicó, echándose bruscamente hacia atrás.

Jordi Arnot la dejó caer al suelo y fue hacia las escaleras, pero allí no vio a nadie. Estuvo buscando hasta que encontró un fino cordel que se iba hacia unos setos. Observó que se prolongaba aún más hasta terminar junto a un banco de piedra.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó Van Erick.

—Quien le ha dado el susto estaba aquí. Ha soltado el cordel y la muñeca ha caído del árbol.

—¿Y qué es lo que busca con estas bromas macabras?

—No lo sabemos, pero quizá lleguemos a averiguarlo. ¿Dice que es una mujer la que le llamaba?

—Sí, me ha parecido una voz de mujer.

—No obstante, una voz se puede cambiar.

—Si le pongo la mano encima… —se quejó Van Erick. Volviéndose hacia el joven, silabeó—: Encuentra a esa mujer, a la que me trae las muñecas, y te pagaré bien.

—¿Me contrata como cazarrecompensas? —preguntó Jordi, casi bromeando.

—Te pagaré bien —repitió, y se alejó, muy molesto y sobresaltado aún.

Jordi le vio alejarse.

Miró hacia las terrazas y vio que algunos de los huéspedes se habían asomado, inquisitivos. Para ellos, que provenían de Alemania, aquella temperatura que para un mediterráneo resultaba fría, no tenía la menor importancia.

Suspiró.

Se acercó a la muñeca y la cogió, llevándosela de allí hacia la parte posterior del hotel.

—¿Quién será el bromista? —se preguntó.

Estaba seguro de que había muy mala intención por parte de quien sembraba el hotel de aquellas muñecas eróticas que siempre

aparecían asesinadas.

Capítulo X

BENNET, que cuando Hugo Zattoni se hallaba en su mansión se convertía prácticamente en su chófer particular, además de hacerle los recados que el extraño personaje de rostro maligno le pidiera, transportó a Zattoni y a la jovencísima y bella Magny hasta el hotel Scorpio.

—Buenos días —saludó Hugo Zattoni a Jordi que se hallaba tras el mostrador de conserjería.

Los ojos de Jordi Arnot se encontraron con los de Magny que sostuvieron su mirada y éste sintió renacer sus deseos hacia la muchacha, pero en aquellos momentos no podía decir nada. Por otra parte, se preguntaba qué tanto por ciento de ingenuidad tenía ella en realidad. Era consciente de que había jóvenes de su edad con una experiencia sexual superior a muchas mujeres cuarentonas que habían vivido una vida matrimonial tranquila.

—Hola. Supongo que querrán hablar con la directora.

—Así es y con los huéspedes, si es posible —añadió Hugo Zattoni.

Jordi Arnot llamó por el teléfono interior y Alexa no tardó en presentarse en el vestíbulo.

—Hola, encantada de recibirles. ¿Qué les parece nuestro hotel? —preguntó Alexa tratando de ser amable con aquel extraño e inquietante personaje que había llegado elegantemente vestido. Su aspecto imponía y podía sugestionar fácilmente a personas predispuestas para quedar impresionadas.

—Creo que puedo darles lo que desean —comenzó a decir Zattoni.

—Magnifico. Pasemos a mi despacho y hablaremos. Jordi, puedes venir tú también.

—¿Y el mostrador?

—Que lo atienda Mireya.

—De acuerdo.

Alexa se llevó a Hugo Zattoni. Prodigó unos halagos fríos a Magny y observó de reojo que Jordi Arnot miraba a la muchacha con ojos muy significativos.

—Mireya, hazte cargo del mostrador —le pidió Jordi—. Tengo que ir al despacho de dirección.

—Ya he visto a la chica. ¿Es un ligue?

—Qué más quisiera. Su padre la protege peor que un mastín.

—Es bonita. Parece, parece extranjera, ¿verdad?

—Sí, lo es —asintió, aunque un tanto evasivo, alejándose después.

Cuando entró en el despacho de dirección, Alexa sonreía a sus visitantes, los cuales se habían sentado en sendas butacas.

—Jordi, dice que puede preparar algo interesante, pero va a resultar algo caro.

—¿Caro, como cuánto? —quiso saber el joven.

—Quiero cobrar en marcos, cien por persona y no más de siete espectadores en cada sesión que yo haga.

—Es un poco caro, aunque una entrada para un espectáculo importante en su país vale lo mismo.

—Yo puedo proporcionarles algo que no tendrán nunca más.

—¿Y qué será? —preguntó Alexa—. No lo ha dicho aún.

—Eso se lo explicaré a ellos directamente. Reúnanlos en el salón principal después de la cena y yo hablaré. Después, será optativo por su parte venir a mi residencia. Quien quiera venir, que lo haga; el que no, que espere a que le cuenten los demás lo que quieran. Yo no pretendo ganar nada con todo esto, sólo cubrir gastos.

—¿No puede darnos una idea de lo que les va a ofrecer? —preguntó Jordi, intrigado.

—Es mejor que lo oigan todos juntos. Yo me iré y ustedes confeccionan las listas de los que vayan a venir. Insisto, no más de siete en cada sesión.

—¿Por qué siete? —inquirió Alexa.

—Es una cifra mágica, todo sale mejor con ese número —puntualizó Hugo Zattoni hablando muy despacio y convincentemente, como lo haría un profesor con muchas horas de clase.

Aquel hombre de rostro de felino, impecable chaqueta, camisa

nívea y corbata de perfecto nudo, conocía muy bien hasta la influencia que podía ejercer el más mínimo de los movimientos de sus manos, de sus dedos.

—Con ese precio, el hotel no va a ganar nada —objetó Alexa siempre tan pragmática, como si cada moneda que consiguiera arrancar a sus huéspedes tuviera que alimentar a unos hijos famélicos de los que carecía.

—La ganancia del hotel —comenzó a decir despacio Hugo Zattoni— consistirá en mantener divertidos a sus huéspedes. Si ellos se sienten bien aquí, comunicarán sus impresiones a otros. Creo que les interesa.

—En ese caso, el hotel no se responsabilizará de nada —puntualizó Alexa.

—No tiene por qué hacerlo —replicó Zattoni, muy seguro de sí.

—Lo digo por si ocurre algún incidente o situación desagradable en la casa de ustedes.

—De acuerdo, yo seré el responsable. Ustedes, sencillamente, tomen nota de los nombres de las personas que deseen asistir a una de mis reuniones. Después, me entregan esas listas y ya me comunicaré con ellos telefónicamente el día antes para que vengan más concienciados. Es importante que asistan a las sesiones con gran interés y entrega.

Jordi Arnot dijo:

—Yo me encargo de tomar nota de los nombres y pasárselos.

—Magnifico.

—Antes, me gustaría consultar esta situación con el propietario del hotel —advirtió Alexa, precavida.

Magny guardaba silencio todo el tiempo.

—Bien, yo tengo el tiempo de mi vida por delante. Después de todo, estoy aquí porque ustedes han pedido mi colaboración.

—Sí, sí, claro, pero sus condiciones debo consultarlas con el propietario del hotel. De todos modos, pienso que no habrá problemas. Quédense a almorzar en el hotel y podrán visitar sus alrededores.

—Yo les acompañaré —se ofreció Jordi—. Esta tarde les dará la respuesta y si es afirmativa, esta noche podrá usted hablar a los huéspedes. Ellos están bien ahora, ha habido buen sol y están contentos, pero si se les promete algo muy interesante, estarán más

contentos aún. Después de todo, han venido a esta costa mediterránea, a nuestro hotel, para pasar un invierno feliz en su vejez.

—Tengo algunas visitas que hacer —objetó Hugo Zattoni.

—Yo puedo quedarme aquí hasta que regreses —dijo Magny con su particular y sensual acento.

—Está bien —aceptó Hugo Zattoni ante la sorpresa del propio Jordi Arnot que no quiso que la sorpresa se reflejara en su rostro.

—Espero que nos entendamos —dijo Alexa, resignada, dándose cuenta de que Hugo Zattoni no cedería.

Aquel extraño personaje con fama de medio mago y medio brujo, no parecía interesado por el dinero. Tenía unas creencias muy férreas y no iba a cambiar.

Hugo Zattoni no tardó en alejarse a bordo del automóvil conducido por Bennet.

Alexa y Mireya observaron con mal disimulados celos cómo Jordi Arnot salía a la gran terraza del hotel acompañando a la joven Magny que vestía un conjunto de fina napa color *beige* y botas de media caña del mismo color.

El encanto de la muchacha no se podía ocultar y tampoco el atractivo masculino de Jordi Arnot en el que las dos mujeres del hotel se habían fijado.

—Bonita pareja, ¿verdad? —comentó Mireya, esperando a ver la reacción de Alexa.

—Sí, pero Jordi no tiene por qué abandonar su puesto.

—Bueno, yo puedo cuidárselo un poco. Después de todo, no llega nadie y los huéspedes no van a salir, están en sus terrazas tomando el sol. Parece mentira el sol que chupan esos alemanes.

—¿Te dijo algo? —inquirió Jordi, clavando sus ojos en los oscuros de Magny.

—¿Quién?

—Zattoni, el que dice ser tu padre.

La muchacha, sin dejar de caminar hacia la baranda desde la que podía contemplarse el mar y la pequeña playa, negó:

—No, pero no le gustó que estuvieras allí, le conozco.

—Disculpa si me entrometo, pero…

—¿Qué quieres preguntarme?

—Pues, si además de considerarse tu padre jurídicamente,

piensa en algo más contigo. —No. Él quiere que dance, le inspiro. Es un hombre que tiene cultos muy extraños, incluso para mí. Hugo ha orado en templos misteriosos perdidos en las selvas más ignotas.

—¿Te hace danzar para alguna de sus ceremonias secretas?

—Sí —asintió, acodándose en la baranda, con el vacío bajo sus pies. Veía las olas casi llanas que, sin espumas, morían en la arena de la pequeña cala.

—¿Y tú te enteras de lo que él hace cuando danzas para sus ceremonias?

—No.

—¿Por qué?

—Yo me entrego tanto a mis danzas que me escapo del mundo que me rodea y él lo sabe. Mis danzas no son frías; es como si me drogara y mis sentidos se trastocaran. A veces tengo la impresión de que danzo bajo las aguas, sobre el ardiente sol o entre tus ojos.

—¿Como cuando estuve contigo?

—Sí.

—No he visto jamás a nadie bailar como tú, que se entregue a la danza como tú lo haces. Las mujeres occidentales, cuando danzan, pueden pensar en sus propios intereses, en lo que harán, en lo que desean o en el pie que les duele.

—Yo, no, y Hugo lo sabe. Si danzara con la mente despierta y fría, se me notaría. —Comprendo. Es como si todo tu cuerpo viviera por sí mismo en estos momentos y no a través del mandato de tu cerebro.

—Algo así, pero yo lo veo de otra forma.

—¿Cuenta contigo para el espectáculo que piensa ofrecer a los turistas?

—Supongo que sí, pero no me lo ha dicho —confesó, sincera.

—¿Qué piensa hacer, unas sesiones de espiritismo?

—Lo ignoro.

—¿No te cuenta cosas?

—No.

—Entonces, ¿de qué habláis?

—¿Por qué te preocupa tanto?

—No me hagas caso, es por hablar. —Apoyó un antebrazo sobre la baranda, encarándose con ellas—. Me gustas mucho, Magny.

—No te enamores de mí, Jordi, no lo hagas le dijo sin pestañear,

mirándola fijamente a los ojos cuando entre ambos rostros no había más de dos palmos de distancia.

Desde el hotel, desde sus terrazas soleadas, estaban siendo contemplados por los invernistas y desde uno de los amplios ventanales del vestíbulo, por Mireya.

—Da la impresión de que tienes miedo de que me enamore de ti.

—Sí.

—¿Por qué?

—No soy buena.

—Eso es imposible, Magny, imposible.

—Debes creerlo, no soy buena. No sé cómo traducirlo a tu lengua.

—En realidad, ¿qué tratas de decirme?

—No te lo he contado todo sobre mí.

—Me dijiste que tu madre te vendió y que Hugo te compró, inscribiéndote en los papeles como su hija, lo que quiere decir que ahora estás bajo su jurisdicción tutelar, siempre que no tengas dieciocho años.

—¿Por qué dieciocho años?

—Porque en este país, a los dieciocho años se es mayor de edad.

—¿Mayor de edad, qué significa eso?

—Que si eres mayor de edad, puedes decidir por ti misma. ¿Quieres que bajemos a la playa? —propuso Jordi, postergando otras preguntas que deseaba hacerle a la misteriosa muchacha.

Magny asintió con la cabeza y se apartó de la baranda para caminar hacia la amplia escalera que descendía hacia la playa que se hallaba unos veinte metros más abajo. Bajaron los escalones en silencio. De trecho en trecho, había unos rellanos que evitaban la sensación de vértigo y peligrosidad de la propia escalera. Grandes macetones rústicos con cactáceas daban color a la escalera. Los geranios hiedra caían alrededor de los mismos, Inundándolos de verde brillante.

Llegaron a la playa, allí había cuatro parejas de alemanes tomando el sol desnudos integralmente pese al invierno. El calor del sol les hacía olvidar el calendario y la pequeña cala quedaba resguardada de los vientos.

Ni Magny ni Jordi dieron importancia a los invernistas de pieles blancas y rugosas por el exceso de carnes. Eran como grandes y

rechonchos lagartos que dormitaban al sol con las bocas entreabiertas, lagartos viejos que ya intuían la proximidad de la muerte.

—¿Por qué te vendió tu madre? —preguntó Jordi, como queriendo sonsacarle la verdad—. Porque tenía que marcharme lejos, muy lejos.

—¿Por qué? —insistió él.

—Para que no me ajusticiaran.

—No entiendo cómo podían ejecutar a una muchacha como tú…

—Alguna noche te lo contaré —le dijo, siempre enigmática—. Ahora, voy a tomar yo también un poco de sol.

Y comenzó a desnudarse sobre la arena cálida, bañada por los rayos del sol que no tardarían en acaricias su cuerpo desnudo mientras Jordi Arnot la imitaba y se tendía a su lado. Sus manos se entrelazaron mientras arriba, en lo alto de la baranda, asomaba el rostro de Alexa.

Capítulo XI

ALEXA lo dispuso todo para después de la cena.

Como estaba interesada en que las visitas a la residencia de Hugo Zattoni se llevaran a cabo, no regateó el vino en las mesas. Sabía que a los invernistas les gustaba beber y algo achispados, verían con más interés aquella posible diversión que les ofrecía Hugo Zattoni.

—*Ladies and gentlemen, frauden, herren* —comenzó a decir Alexa hablando por el micrófono.

Todos miraron hacia ella y antes de que la mujer añadiera nada más, Jordi Arnot tomó el micrófono, hablándoles en alemán.

—Buenas noches. Tal como se ha advertido en el tablón de anuncios, ahora va a hablarles *herr* Zattoni, ilustre profesor dedicado a la investigación de las claves herméticas del sánscrito y versado en las prácticas del espiritismo, pero no de salón, sino el auténtico. Bien, no quiero hablarles más, que sea él mismo quien se presente. *Herr* Zattoni…

Los invernistas aplaudieron y clavaron en él sus ojos cansados de vivir, pero ansiando más vida, una vida que se les escapaba. Estaban en su recta final. La sociedad de producción ya los había arrinconado, casi como a objetos inservibles.

—Buenas noches. No voy a hacerles ninguna demostración, sencillamente porque yo no las hago —comenzó a decirles Zattoni hablando su lengua con fluidez, lo que agradó a quienes le escuchaban, hombres y mujeres de piel surcada por infinidad de arrugas, labios faltos de color y mentes que iniciaban un anquilosamiento, antesala de la muerte misma—. Yo no soy un mago de circo ni de teatro, ni siquiera de salón. Yo tengo la llave que da acceso a los espíritus de los muertos.

Se produjo un murmullo de cuchicheos entre las mesas. Hugo Zattoni hizo una pausa y prosiguió:

—El que no crea lo que digo, que no escuche mis palabras, que no acuda a mi casa, que no venga a suplicarme. Todos ustedes están ahora más cerca de sus ancestros de lo que han estado jamás, no nos engañemos. Todos saben que van a morir en un plazo no muy largo. Sé que soy cruel al hablarles así, soy cruel porque les digo la verdad, esa verdad que todos ustedes saben. El año que viene algunos de ustedes ya estarán enterrados, ya formarán parte de la legión de los espíritus de los muertos.

Alexa, que entendía a medias lo que Hugo Zattoni decía en alemán, comenzó a asustarse. Tenía miedo. De un momento a otro, los invernistas podían levantarse airados y coléricos, empujados por su propio miedo a la muerte que, efectivamente, sabían cercana.

Jordi Arnot observó que los ancianos allí congregados aceptaban lo que les decía Hugo Zattoni con interés. Él mismo se sorprendió, quizá porque, como vulgarmente solía decirse, tenía toda la vida por delante.

—No acudirán a mis invocaciones más que un reducido grupo de ustedes y serán los que de verdad crean en una muerte próxima y deseen un acercamiento a los espíritus de sus amigos y familiares ya muertos. Por supuesto, todo quedará como en secreto y si hay matrimonios que se deciden a venir a mis invocaciones, no acudirán en pareja, no vendrán juntos, porque cada uno de ustedes, por separado, quiere conectar con sus propios espíritus que no son los del otro cónyuge. Yo prometo ponerles en contacto con ellos. El que no me crea, que no venga. Ya les he dicho que no voy a hacer demostraciones ni a ofrecer una actuación para turistas. Les doy la oportunidad única de que escriban cartas a los espíritus de los muertos, cartas que llegarán a sus destinatarios delante de sus propios ojos. En esas cartas, díganles lo que quieran, lo que deseen. Expóngales sus miedos, pídanles que cuando ustedes exhalen el último suspiro, ese último suspiro que ya no está lejos de sus bocas, ellos les estén esperando para darles la mano y guiarles a través de los senderos de las tinieblas para conducirles a la luz eterna. Y si temen algo de ellos, que todo es posible, díganles que no se acerquen cuando ustedes agonicen, que se vayan lejos, a los espacios más lejanos para que ustedes expiren en paz. Cada uno de ustedes tiene su propio problema, su propio miedo, sus propios deseos, exprésenlos por carta. Los que decidan acudir a mis

invocaciones, den sus nombres y su edad al conserje del hotel. Él me pasará las notas y yo elegiré, quizá no a todos, y les llamaré a cada uno personalmente por teléfono para comunicarles mis últimos consejos antes de que acudan a mi casa. Por supuesto, no hay que darse prisa, sé que tienen tres meses por delante. Yo he de escoger las noches más favorables para las invocaciones, para que la gran puerta de la morada de los espíritus pueda abrirse y a través de ella arrojemos sus cartas. Ahora, si alguien tiene alguna pregunta que hacer, puede exponerla.

Nadie preguntó nada y no fue por desinterés. Todos habían quedado sorprendidos por la forma de hablar de aquel hombre extraño de rostro felino, un rostro poco común que inquietaba profundamente. Lo importante era que resultaba distinto y ellos buscaban esa diferencia.

Hugo Zattoni abandonó la mesa del micrófono y se alejó del hotel acompañado por Magny.

Jordi hubiera deseado hablarle, más no tuvo tiempo. Zattoni y la muchacha partieron a bordo del automóvil que les estaba esperando con Bennet al volante.

Los invernistas hospedados en el hotel que les brindaba sol y que ahora les ofrecía el contacto con las tinieblas, comenzaron a intercambiar impresiones entre sí. En el comedor pudieron oírse algunas risas nerviosas.

Unos pocos habían tratado de no tomar en serio a Zattoni, pero en su mayoría habían quedado pensativos.

La sociedad a la que habían servido, primero preparándose para la lucha en las escuelas y universidades y luego en la producción de las empresas o el funcionariado, aquella sociedad era la que les habían dicho con más o menos eufemismo que ya no eran útiles, que les faltaba poco para morir. Los hospitales, la UVI y los cementerios era todo lo que les esperaba en su camino de vejez.

Era cierto que gozaban de unas pensiones capaces de sufragar sus gastos y que les permitían viajar a aquel paraíso del sol, pero estaban ya en la antesala de la muerte. ¿Quién podía negarlo?

Alexa puso en el vídeo del salón un film hablado en alemán. Pasaron muchos a visionario en la pantalla del televisor de setenta pulgadas, pero al poco rato, los invernistas fueron desfilando, dejando la pantalla solitaria.

Jordi Arnot se llevó a la cama un libro para leer, pero a través de las letras danzaba la imagen maravillosa, fascinante e hipnotizadora de Magny.

Dejó la novela, no sabía ni de qué trataba. Magny era como un ser virginal extraído de lo más misterioso de los templos perdidos en la historia de la India, de Tailandia, de Birmania. Era como si hubiese escapado de otro tiempo para darle a entender que existía algo eterno y hermoso como la vida misma.

Fumó un cigarrillo y apagó la luz. A través de la persiana de la ventana entraba la luz de la noche. Afuera, en los jardines, estaban encendidas las luces que pertenecían al hotel.

El ruido suave que produjo la puerta de su habitación al abrirse, lo alertó, pero no tuvo ningún miedo, sabía que no se trataba de ningún ladrón.

Su olfato le advirtió que una mujer acababa de entrar en la estancia. La puerta volvió a cerrarse y pudo oír los pasos. Continuó fumando, la punta de su cigarrillo se movía en el aire, se hacía más viva y más roja a cada chupada.

Jordi Arnot no quiso preguntar el nombre de quien había entrado en su habitación.

Las pisadas cesaron.

El cuerpo femenino se sentó en el borde de la cama y su fino oído captó que unas ropas se deslizaban. Notó las manos femeninas apartando las mantas, la sábana de la cama, buscando su cuerpo con interés y sexualidad.

Siguió fumando, la dejó hacer.

Los dedos eran hábiles y le dieron satisfacción.

Jordi prefirió pensar que quien había entrado en la alcoba era Magny, pero sabía que no era ella, los pechos cálidos que tocó no eran los suyos, eran mucho mayores.

Sintió la presión de una boca sobre la suya y dejó el cigarrillo en el cenicero. Besos, suspiros, no hubo palabras. Pasaron los minutos, no supo cuántos. Jordi también gimió y luego, tuvo la impresión de que le abandonaban y comenzó a soñar con Magny.

Tuvo la impresión de que alguien suplicaba auxilio en sus sueños, de que veía un charco de sangre. Era como si Magny le advirtiera que había dolor y muerte en alguna parte. La vio a ella danzar y danzar, y no se cansaba nunca de ver evolucionar aquel

cuerpo esbelto y grácil, pero detrás de ella había dolor, sangre, muerte.

Aquel cambio en sus sueños, que en principio habían sido placenteros, le perturbó de tal manera que despertó sudoroso, creyéndose sumido en una dolorosa pesadilla. Miró alrededor, era oscuro y la luz lunar se filtraba entre las persianas de aluminio.

Miró la hora en su reloj luminoso y leyó:

—Las tres veintisiete… Dios, qué pesadilla.

Y trató de volver al sueño sin conseguirlo.

Capítulo XII

—¿QUÉ tal van esas listas? —preguntó Alexa, acercándose a Jordi Arnot que se hallaba en el mostrador de la conserjería.

—No te lo vas a creer —le dijo él.

—¿El qué no me voy a creer?

—Tengo ya una lista de treinta y un nombres.

—Son muchos —opinó, sorprendida.

—¿Qué te parece?

—Un éxito, Jordi, un éxito —dijo, pasando tras el mostrador y acodándose en él, tan cerca del hombre que le rozó con sus rodillas y a éste le dio la impresión de que no era un roce fortuito.

—Por lo visto, Hugo Zattoni supo llegar a los alemanes.

—Sí, unos pensionistas de la tercera edad. ¿Sabías que los alemanes suelen ser más supersticiosos que los latinos?

—Sí, será por causa de las nieblas, de la falta de sol, de los largos inviernos. La verdad, es preferible vivir aquí con menos dinero que allá en Alemania con más dinero. La prueba está en que, cuando pueden, ellos se vienen aquí y los españoles, si van a Alemania es por pura necesidad y no por placer.

—Bueno, algunos si van por placer —le objetó Alexa.

—Como corto viaje turístico, para visitar Heidelberg, los castillos del Rin, Berlín y su puerta de Brandeburgo, pero no se comprarían un chalet para pasar allí los últimos años de su vida. Fíjate, treinta y uno y no ha pasado un día… ¿Crees que los españoles se alistarán tan masivamente para unas sesiones de esa clase?

—No, creo que no.

—Veremos qué es lo que esperan encontrar en la casa de Zattoni.

—¿Te han hecho preguntas?

—Bueno, el precio.

—¿Y qué han dicho, les ha parecido caro?

—Aunque te parezca mentira, los cien marcos no les han debido parecer excesivos, porque ninguno ha protestado.

—Tanto que regatean por la comida —observó Alexa con fastidio.

—Ésta debe de ser una diversión muy interesante para ellos y mucho más por serles dada fuera de su propio país.

—Zattoni tiene razón. Se saben cerca de la muerte y la posibilidad de comunicarse con sus muertos, aunque sea por carta, les debe parecer muy interesante. ¿Qué sellos va a ponerles Zattoni para semejante franqueo?

—Sellos de cien marcos y no te burles, los invernistas germanos no se lo toman a broma.

—Hum, ese Zattoni es muy listo. Veremos cómo funciona este invierno su actuación; el año próximo colocaremos ciento cincuenta marcos por viejo que quiera ir a ver a Zattoni, cincuenta marcos para las arcas del hotel. Si es un éxito, hemos de salir ganando todos.

—¿Lo ha dicho Van Erick?

—Lo digo yo que soy la directora del hotel. A él no le he visto desde ayer al mediodía. —¿No te hace ninguna proposición?

—¿Quién? —preguntó Alexa, como sorprendida—. ¿Van Erick?

—Sí, claro.

—Bah, espero que no repitas mis palabras, pero Van Erick es un enfermo sexual y sólo le gustan las jovencitas. Como se fije en esa Magny, le pondrá cerco, aunque me temo que le gustan más aniñadas aún.

—Es posible que termine en la cárcel.

—Toma muchas precauciones, pero si yo tuviera una hija, está claro que no la dejaría cerca de él. Por lo demás, es un gran tipo, pero su exagerada afición a las niñas, le pierde.

—¿Sabe que no va a ganar ni un marco con el asunto de Zattoni?

—Sí, pero él no suponía que fuera tanto éxito.

—¿Cuándo se lo dirás? —preguntó Jordi Arnot con cierta ironía.

—Ya veremos.

—¿Quieres que le hable yo del éxito de Zattoni?

—Bueno.

—¿Qué pasa, Alexa, tienes miedo de que te eche en cara que no has sabido atar cabos y beneficiar al hotel con la aparición de Zattoni?

—Cuidadito, Jordi, no te pases. Tú eres hombre y yo, mujer, pero te llevo unos años de experiencia en la vida y además, soy la directora del hotel.

—A sus órdenes, capitán. Por cierto, lo de unos años más en la experiencia de la vida, ¿lo dices por lo de anoche?

—¿Anoche, a qué te refieres?

Buscó la verdad en los ojos de aquella mujer cuarentona que se daba cuenta se sentía atraída hacia él. Alexa no retiró la mirada y Jordi Arnot se preguntó si ella era una actriz perfecta o realmente no había sido ella, la que entrara en su habitación, a oscuras, para hacer el amor como la más encelada de las gatas a juzgar por la pasión que había puesto en sus acciones, en cada uno de sus movimientos.

Después, se había marchado también a oscuras, sin decir una sola palabra, dejando sólo en las paredes, en las ropas, en la misma piel del hombre, sus gemidos de placer.

—No, no, nada.

—¿Sabes que estás muy misterioso, Jordi?

—¿Tú crees? —preguntó, entre irónico y evasivo.

—Encárgate de hablar con Van Erick. Creo que esta tarde quiere marcharse.

Jordi Arnot llamó por el teléfono interior a la habitación que Van Erick reservada para él en sus estancias en el hotel, que solían ser largas, especialmente en verano.

—No responde —dijo, mirando el teléfono después de varias llamadas.

—Ve a buscarlo. Yo me encargo del mostrador y si vienen más para ir de visita a la residencia de Zattoni, ya los añadiré a tu lista.

—Como quieras —asintió Jordi, encogiéndose de hombros.

Cuando el hombre ya se alejaba unos pasos, Alexa llamó su atención con nuevas palabras.

—Por cierto, Jordi, si hay que ir a ver a Zattoni, ya iré yo.

—Tú misma.

—Lo decía porque te veo muy interesado por la hija de Zattoni y sería mala cosa que perdieras la cabeza por ella.

—Alexa, yo pierdo la cabeza con quien me da la gana. ¿Entendido?

Ella puso una sonrisa muy especial en su rostro; era la sonrisa de quien tiene el mando y desea que quede patente.

—Será en horas fuera de trabajo.

—Naturalmente, pero no soy ningún esclavo aquí, no lo olvides.

Jordi Arnot se alejó. No deseaba que aquel tira y afloja se prolongara más, haciendo más agria la conversación. Alexa estaba celosa y él se daba cuenta de ello.

Jordi Arnot salió a los jardines y dio una vuelta por donde solía pasear el propietario del hotel, pero no le vio por parte alguna.

Fue al almacén, cruzó la cocina, saludó a sus compañeros de trabajo y después, con el ascensor, subió al solárium común que se hallaba en la terraza superior, al abrigo de cualquier mirada exterior, a menos que los fisgones fueran en helicóptero o avioneta.

El solárium estaba vacío, los invernistas habían preferido sus propias terrazas para tomar el sol.

Descendió hasta el bar y allí se encontró con Joan que disponía los vasos ya lavados.

—¿Has visto al patrón por aquí?

—No, no he visto al holandés. ¿Pasa algo?

—No, pero lo estoy buscando.

—Oye, ¿has ligado con ella? —preguntó de golpe, cogiéndole del brazo.

—¿Con quién?

—Vamos, vamos, no te hagas el estrecho conmigo. Espera, te pongo una copa por cuenta de la casa.

—Ya sabes que Alexa no quiere que des ni las gracias por cuenta de la casa.

—Oh, sí, ya lo sé. Alexa me revienta, pero aquí en el bar yo soy el capitán del barco y si no le gusta, que me despida.

—Ten cuidado, hay muchos camareros en el paro.

—Sí, pero buenos como yo, que sepan de qué va el negocio, pocos.

Jordi dejó que Joan le llenara la copa y una vez lo hubo hecho, el jefe de bar se acodó sobre el mostrador, muy cerca del intérprete y conserje, tratando de ser muy amigable.

—Te gusta la hija del brujo, ¿verdad?

Antes de responder, Jordi Arnot bebió la mitad del contenido de la copa.

Pensó que Alexa estaría en el puesto de él en conserjería, esperando su regreso, y se dijo que la fastidiaría, al tiempo que se preguntaba de nuevo si había sido ella la visitante nocturna o ¿acaso había sido Mireya? Recordó que se había acostado un par de veces con Mireya.

—Oye, despierta, regresa al mundo de los mortales —le dijo Joan, pasándole la mano plana frente a los ojos.

—Bueno, tengo prisa.

—Eh, eh, si tienes alguna foto suya, ya me entiendes, de la niña ésa, ya me la dejarás ver. Sólo es por curiosidad. Ha de ser muy *sexy* desnuda.

—Gracias por la copa —le dijo, alejándose.

Decidió ir directamente a la habitación de Van Erick por si el teléfono estaba averiado y el propietario del hotel seguía durmiendo.

Llamó con los nudillos, nadie respondió y torció el gesto. De un bolsillo sacó una llave maestra y decidió abrir la puerta aunque sólo fuera para introducir la cabeza y comprobar que Van Erick no estaba allí. Siempre cabía la posibilidad de que hubiera enfermado.

—¿Van Erick?

Lo descubrió de pronto.

Estaba en la cama, desnudo, y de su espalda sobresalía la empuñadura de un artístico puñal.

Avanzó despacio, de puntillas, como para no hacer ningún ruido que le delatara, fue una actitud inconsciente.

Observó las ropas del holandés, la bata y el pijama estaban ensangrentados, había sangre por todas partes, salpicaba incluso los muebles y las paredes; pero lo más horrible era que debajo del cuerpo desnudo de Van Erick, había una muñeca de látex, una muñeca erótica que semejaba sonreír con la boca entreabierta, como si estuviera ofreciendo y recibiendo placer, pero sobre ella yacía el cadáver de un hombre que había vomitado sangre, mucha sangre sobre la muñeca.

Jordi Arnot comprendió de inmediato que aquello ya no era ninguna broma.

Pensó en llamar por el teléfono, más se dijo que podían haber

huellas dactilares en él y era mejor no tocarlo.

Retrocedió hasta la puerta. La cerró con sigilo y como si nada hubiera ocurrido, se alejó de allí para dirigirse a conserjería donde Alexa le aguardaba, al parecer con mal talante.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Llama a la policía —le dijo, casi en un susurro.

—Déjate de guasa. Podías haber venido antes, ¿no?

—Te he dicho que llames a la policía.

—¿De verdad no bromeas?

—No.

—¿Y para qué he de llamar a la policía?

—He encontrado otra muñeca.

—Vaya muy divertido. Eso será cosa de Joan, es un puerco.

—La muñeca está debajo de Van Erick y a él lo han asesinado. ¿Comprendes ahora por qué te pido que llames a la policía?

Alexa se puso pálida.

—Voy a ver.

—No. —Jordi Arnot la contuvo cogiéndola por el brazo—. Es mejor no entrar en la habitación, hay sangre por todas partes. El puñal se lo han dejado en la espalda, pero creo que le han dado varias puñaladas. Bueno, veo que te has quedado sin habla… Llamaré yo mismo a la policía, eso sí, les pediré mucha reserva tenemos el hotel al completo.

Capítulo XIII

EL inspector Prieto corrió hasta el automóvil que tenía la portezuela abierta. Una vez dentro, la puerta se cerró y el coche arrancó, pues ya tenía el motor en marcha.

—Recupere el aliento, Prieto —le dijo el comisario Roldán.

—Uff… ¿Por qué tanta prisa, comisario?

—Han aparecido las muñecas —le dijo, con cierto tonillo de satisfacción—. Las han encontrado en un hotel de la costa, y como había advertido que si aparecían muñecas eróticas de tamaño natural para satisfacer a obsesos sexuales, me avisaran, lo han hecho.

—¿Todas?

—Cuatro. ¿No le dice nada eso?

—Sí, claro, eran cuatro las que aquel desgraciado compró para su asesino. —Exactamente. Al parecer, ya estamos mucho más cerca del asesino de Paco. Ya me temía que el tiempo cerrara este caso, no siempre hay suerte.

—Usted lo ha dicho muchas veces, comisario, el tiempo soluciona muchos casos.

—Sí, sólo hay que esperar, como dicen los árabes, pero hay ocasiones en que uno tiene prisa. Si hubiéramos encontrado antes al asesino, no habría hecho de nuevo de las suyas.

—¿Ha vuelto a matar?

—Sí —asintió, mezclando la afirmación con un suspiro mientras el chófer policial, manejando el volante con habilidad, salía de la gran ciudad para introducirse en la autopista y así ganar tiempo. Luego, abandonarían la autopista para tomar la carretera tercera.

—Quizá tengamos ahora más posibilidades para arrestar al asesino.

—Esperémoslo, antes de que repita su crimen por tercera vez, si es que ya no hay otro cadáver abandonado por ahí sin que

tengamos conocimiento de ello. Por el momento, ya sabemos dónde ha actuado y dónde ha dejado las muñecas.

—¿Se sabe para qué las utilizaba? —De pronto, carraspeó—. Bueno, imagino para qué las usaría.

—Pues, quizá se equivoque, Prieto, quizá se equivoque. Por teléfono me han dicho que las iba asesinando.

—¿A quién, a las muñecas?

—Sí, por lo visto, ése era el juego macabro, sólo que la última, la cuarta, lo ha asesinado a él.

El inspector Prieto le miró muy preocupado.

—Esto no parece un caso policíaco.

—¿Ah, no, de qué entonces?

—Pues una de esas películas de terror que ahora están de moda.

—Por lo visto, el asesino tiene mucha fantasía y no le ha gustado nada ser vulgar.

El inspector Prieto, ayudante del comisario Roldán, quedó pensativo.

Hacer más preguntas no era prudente, podía acabar pareciendo imbécil, y no deseaba quedar como tal, entre otras cosas porque no se consideraba imbécil ni el propio comisario Roldán lo creía así, pues de lo contrario no le tendría como su ayudante.

—Magnífico y soleado hotel. Aunque sea invierno, se debe estar bien ahí —opinó el inspector Prieto.

—Nos han pedido la máxima reserva, el hotel está lleno de alemanes.

—¿En pleno invierno?

—Para ellos, este clima soleado es como si fuera verano, son ancianos que pasan aquí todo el invierno. No se trata de un fin de semana ni de un mes, sino de tres meses, y aunque el muerto sea el propietario del hotel, debemos ser discretos. Hay contratos internacionales firmados que deben respetarse. Además, no es bueno dar palmadas para que los pájaros echen a volar, alguno de ellos podría ser el asesino.

El comisario Roldán dio orden al chófer para que entrara por la parte posterior. Allí ya aguardaban otros dos coches policiales. Tres agentes de uniforme les saludaron al identificarse ellos.

—¿Dónde está el teniente? —preguntó el comisario Roldán.

—En la habitación de la víctima, con el juez y el médico forense

—le respondió un sargento uniformado, ofreciéndose para acompañarles.

Llamaron previamente a la habitación y entraron. Los recién llegados pudieron ver aún el cadáver sobre la muñeca, asomando en su espalda la empuñadura del puñal.

—Juez, soy el comisario Roldán, brigada de homicidios. Estoy buscando al asesino de las muñecas eróticas; ya tiene un crimen en su haber y, que sepamos, éste es el segundo.

Intercambiaron opiniones.

El médico dijo que la víctima debía haber muerto sobre las tres de la madrugada y que no había fallecido en la posición en que estaba; que había recibido varias puñaladas con el pijama y la bata puestos, le habían desnudado después y colocado encima la muñeca en actitud de hacer el coito.

—¿Tiene algún dato más sobre la víctima? —preguntó el comisario Roldán.

—Hasta que no le hagamos la autopsia, no, pero por su aspecto se deduce que fue sorprendido. Hubo pelea, recibió varias puñaladas, hasta siete, y le dejaron el puñal en la última como recuerdo. Casi podría adelantarles que la última puñalada fue una especie de ritual porque el hombre ya estaba muerto.

—Hemos de suponer que el asesino se mancharía de sangre, ¿no?

—Seguro, las heridas han sido muy pródigas en hemorragias. Este hombre prácticamente se ha quedado sin sangre en el cuerpo.

El juez tosió ligeramente; tenía una mano metida en el bolsillo de su gabán marrón oscuro, de buena factura.

—Ya se puede levantar el cadáver. Que lo lleven al depósito y que le hagan la pertinente autopsia.

—Teniente —interpeló el comisario Roldán—, ¿lleva usted el caso?

—Localmente, sí. Si la superioridad lo dispone, colaboraremos juntos.

—Teniente, sería bueno que encontráramos las ropas manchadas de sangre. Si no han sido lavadas aún, alguien las tendrá arrinconadas en alguna parte.

El juez sugirió:

—Sería mejor comunicárselo sólo a los que tengamos que

interrogar, no podemos entrar en todas las habitaciones por asalto; a los pocos minutos tendríamos aquí a toda la embajada de Alemania en peso.

—Hagan lo que crean más conveniente, pero el asesino debe ser arrestado y tengo la impresión de que no está muy lejos —sentenció el juez.

Siguieron cambiando impresiones mientras el inspector Prieto se dirigía a las dependencias de lavandería para ver lo que podía averiguar en ellas.

Se encontró con la desagradable sorpresa de que las lavadoras estaban funcionando. Llegó un taxi.

La mujer que viajaba en él pagó la carrera y descendió del vehículo llevando un neceser en la mano.

La joven rubia y de piernas largas, piel sonrosada y ojos azules, entró en el edificio y se dirigió a conserjería. Jordi Arnot, al verla, sonrió levemente.

—Hola, Eva. ¿Cómo te ha ido por la gran ciudad?

—Bien, bien. Y por aquí, ¿cómo va todo?

—Mal.

—¿Mal, qué pasa? ¿Alguno de los viejecitos se ha desmandado?

—No, pero en el hotel está la policía.

—¿La policía, ha habido algún robo?

—Un robo, no. Han asesinado a Van Erick.

La rubia Eva dio un brinco.

—¿El propietario del hotel? —musitó, pálida.

—Sí, al holandés, como algunos le llamaban.

—¿Y quién, quién es el asesino? —preguntó, titubeante.

—La policía tiene que averiguarlo. Por supuesto, el asesino no se ha entregado después de su crimen en acción de arrepentimiento, sigue estando entre nosotros y la policía va a tener que buscarlo.

—Vaya, sí que es desagradable todo esto. ¿Y qué pasará ahora?

—¿Te refieres a los invernistas? —preguntó, mirando a la hermosa guía internacional de turismo.

—Sí.

—Seguirán donde están. De momento, no saben nada, aunque habrán comenzado a murmurar al ver a la policía.

—¿Y el cadáver?

—Se lo llevarán en un furgón por la puerta de atrás, no van a

verlo, claro que si la policía comienza a interrogarles, se enterarán de todo o de parte, es decir, de lo que la policía desee que se enteren.

—Estás muy misterioso.

—Verás, es posible que el hotel se cierre, no sé si ahora o cuando se terminen estas vacaciones invernales.

—Ahora no se puede cerrar, hay unos contratos firmados —objetó Eva.

—Sí, es lo que dice Alexa. La familia de Van Erick tendrá que venir a hacerse cargo del cadáver y del hotel que les va a quedar como herencia. El propietario ha muerto, pero el negocio continúa, es como toda una institución. Cuando vengan los herederos no sabemos qué ocurrirá con todos los que trabajamos aquí. Es posible que se lo vendan entero o que confíen en nosotros. Alexa está tratando de entrar en comunicación con ellos, veremos cómo termina todo.

—Pero el contrato se ha de respetar; no podemos devolver a los invernistas a Alemania.

—No, claro, pero… Por cierto —se inclinó sobre el mostrador, acodándose en él para acercar más su rostro al de Eva—, ¿dónde estuviste ayer noche?

—¿Yo?

—Sí, Eva, tú. ¿O acaso crees que la policía no te va a hacer esa pregunta?

—¿A mí, por qué? Yo no estaba aquí.

—Es lo que tú dices; sin embargo…

—¿Sin embargo, qué?

—No sé, no sé. ¿Qué tal haces el amor?

—Jordi, te estás pasando. Si la policía quiere interrogarme, que lo haga, yo estuve en la ciudad.

—¿Tienes testigos? ¿O acaso deseas citarme a mí como testigo?

—¿A ti? —Se volvió hacia él, pues se disponía a alejarse.

—Verás, Eva, imagina que la policía se entera de que tú estuviste ayer noche aquí en el hotel y luego, de madrugada te marchaste.

—Eso no es cierto —replicó con viveza.

—Una mujer como tú, que viaja tanto y por tantos hoteles, sabe muy bien cómo encontrar una llave maestra o cómo hacerse una

copia.

—Pero ¿de qué me estás acusando? —preguntó, sorprendida.

—¿Es que no te acuerdas de lo gata que fuiste anoche?

—¿Cómo?

Alexa se acercó en aquel momento y la conversación quedó cortada. Jordi Arnot hubiera deseado averiguar más, mucho más sobre Eva. No había pensado en la guía de los alemanes hasta que ésta reapareció después de abandonarles.

Al principio había pensado que su inesperada y silenciosa visitante nocturna había sido Alexa; luego, había vacilado y creído que se trataba de Eva, pero todavía quedaba Mireya.

Tenía curiosidad por averiguar su identidad, todo lo contrario que le había sucedido durante la noche cuando había preferido no saber de quién se trataba, pues había estado pensando en Magny.

Para él era como si hubiera gozado el amor con la exótica muchacha que Hugo Zattoni adoptara como hija suya.

—¿Qué piensas? —rezongó Alexa—. Pareces despistado.

—Te rogaría que no me hablases en ese tono —le cortó Jordi Arnot.

—¿Cómo? Soy la directora del hotel.

—Me da lo mismo. Si no te parece bien como trabajo, me despides y me busco otro empleo, pero quiero que se me respete.

—Bah, bah, estamos todos muy nerviosos hoy y no hay para menos. Ahí viene el comisario, espero que saquen al muerto por la parte de atrás.

—¿Son ustedes empleados del hotel? —preguntó el comisario Roldán.

—Yo soy la directora, él es el conserje e intérprete del hotel.

—Y unas cuantas cosas más —añadió Jordi Arnot, irónico.

—Y ella es la guía de los turistas alemanes.

—Tendremos que hacerles unas cuantas preguntas —advirtió el comisario Roldán.

—No es preciso que hagan demasiadas —replicó Alexa con desfachatez.

—¿Ah, no?

—No, porque yo ya sé quién es el asesino.

El comisario Roldán se medio sonrió. Sin prisas, abrió el paquete de cigarrillos medio amigado y puso uno de los pitillos en su boca.

—Y según usted, ¿quién cree que ha sido?

—Joan —respondió, contundente.

—Pero, Alexa, ¿cómo puedes hacer semejante acusación? —se asombró Jordi.

—Sólo a él se le ocurriría lo de las muñecas.

—¿Por qué dice eso? —inquirió el comisario Roldán, muy interesado, comenzando a fumar.

—Porque Joan es un obseso sexual, siempre va cargado de revistas pornográficas. No hace más que pensar en el sexo. Él es quien ha debido entrar en las *sexshops* ésas.

—¿Y dónde está ese tal Joan? —preguntó el comisario Roldán.

—En el bar, es el jefe de bar, pero… En fin.

—¿Tiene algún motivo más para fundamentar su acusación? —preguntó el policía.

—No, claro que no. Si lo hubiera visto con mis propios ojos, yo mismo los habría llamado, pero ¿quién ha podido ser más que él? Además, se había peleado varias veces con Van Erick.

—Prieto, vaya e interrogue a ese hombre y registre su habitación por si encuentra ropas, ya me entiende.

—Sí, enseguida.

Le vieron alejarse.

—Porque tenga revistas pornográficas no le van a interrogar lo mismo que a ustedes. Creo que el asesino no es persona lejana de este hotel.

—Parece un crimen movido por la venganza, ¿verdad? —preguntó Jordi.

—Sí, y hay algo de ritual en ese asesinato. ¿Se había distinguido Van Erick por ser aficionado a las mujeres?

—Sí, tenía sus líos, en el hotel no, pero por el pueblo iba a buscar lo que le hacía falta.

—¿Y las muñecas podían ser suyas? —preguntó el comisario Roldán.

—Yo acabo de enterarme ahora —dijo Eva—. He llegado de Barcelona.

—¿Y qué hacía usted en Barcelona?

—Visitar a unos amigos y hacer unas compras y unas visitas en comisión de mi empresa.

—Bien, ya me lo explicará todo con detalle —le dijo el comisario

Roldán, sin prisas.

El inspector Prieto regresó con pasos rápidos. Se dirigió a su superior y le habló casi al oído. El comisario Roldán se encaró con Alexa y le dijo:

—Es posible que usted haya estado en lo cierto.

—¿Ah, sí? Es Joan, ¿verdad?

—Eso lo determinará el juez; por el momento, se han encontrado cosas muy interesantes en la habitación del jefe del bar.

Los dos policías se alejaron. Joan estaba entre dos agentes de uniforme, muy pálido, mirando a un lado y a otro como si buscara por donde escapar. El comisario Roldán se encaró con él para preguntar:

—¿Usted ha asesinado al propietario del hotel?

—No, no, claro que no, soy inocente.

—Le advierto que si es culpable saldrá mejor parado si confiesa que si se empeña en negar su crimen.

—¡Es que no he sido yo! —exclamó excitado, salpicando gotitas de saliva alrededor.

—Mire, comisario. Hemos encontrado esta chaqueta de pijama manchada de sangre —dijo el inspector Prieto, mostrándosela.

—No es posible, no he sido yo, no he sido yo.

—¿Dónde estaba? —preguntó el comisario Roldán.

—Dentro de una bolsa de deporte, bajo ese montón de revistas pornográficas.

—Vaya, es muy interesante —opinó el comisario Roldán.

—¿Es suyo este pijama?

—Pues no lo sé —balbuceó Joan—; quizá sí, pero yo, yo no lo he manchado, no he sido yo.

—Sí, claro, no ha sido usted. Prieto…

—¿Sí?

—Que analicen esa sangre a ver si corresponde a la víctima.

—Bien, pero hay algo más importante, comisario.

—¿Ah sí?

—Sí, mire en este armario.

Como un prestidigitador que ha preparado muy bien su número para sorprender a su auditorio, Prieto abrió la puerta del armario mostrando lo que había en su interior.

—Vaya, una muñeca erótica.

—Tamaño natural, comisario, tamaño natural —repitió el joven ayudante, muy satisfecho de su hallazgo.

—Yo, yo no sabía nada de esa muñeca —se apresuró a decir Joan, tartamudeante.

—¿No se ha acostado con esa muñeca? Las venden para eso, ¿no?

—No sé nada de la muñeca.

—No, claro que no. ¿Hay productos de *sexshop* aquí?

—Sí, comisario, hay unos videos porno, preservativos y unos gramos de hachís que en el laboratorio se encargarán de pesar.

—¡Sólo era para fumarme unos porros!

—Oh, sí, claro, para fumarse unos porros. Prieto, encárguese de que lo lleven a la brigada para ser interrogado, queda arrestado. Que precinten esta habitación para efectuar ulteriores registros.

—¡Yo no he sido, yo no he sido!

—Llévenselo.

Capítulo XIV

JORDI ARNOT conducía preocupado.

La muerte de Van Erick, el propietario del hotel, cambiaba muchas circunstancias, aunque Alexa dijera que no y que había que seguir adelante con el hotel hasta que los herederos del holandés determinaran lo que debía hacerse.

Alexa, como directora del hotel que era, poseía los poderes bancarios necesarios para continuar con la gestión de la empresa sin problemas hasta que se nombraran los herederos y éstos decidieran sobre el establecimiento.

—Menuda zorra —se dijo.

Jordi Arnot pensó que Alexa aprovecharía la ocasión para quedarse con algún dinero que no estuviera suficientemente controlado en los libros.

Alexa era una verdadera mujer de negocios que amaba el dinero como a su mismo cuerpo y sabría hallar la forma de aprovecharse de aquella situación sin que nadie lo notara y al final, hasta los herederos le quedarían agradecidos por la gestión.

—¿Y a mí qué me importa? —se dijo Jordi Arnot mientras cruzaba la solitaria urbanización.

Salió del asfalto para introducirse en el camino de tierra apisonada y al fin llegó frente a la verja del umbrío hotelito propiedad de Hugo Zattoni.

Detuvo el automóvil y bajó el cristal de la ventanilla, esperando oír los ladridos de los feroces mastines que protegían la solitaria propiedad.

Tocó el claxon con intermitencia para llamar la atención. Al fin, optó por apearse del coche y acercarse a la verja, temiendo que no hubiera nadie en la casa.

Al poco, se abrió la puerta y en el atrio apareció Magny vestida con pantalones ajustados y jersey, todo en blanco, contrastando su

espeso y largo cabello azabache brillante.

Al reconocerle, Magny se apresuró a acercarse a la verja para abrirla.

—Hola.

—¿No está Zattoni?

—No, ha salido esta mañana, regresará por la noche.

—Así, ¿estás sola?

—Sí. Él me ha dicho que no abriera la puerta a nadie.

—Si es así, me marcho. En realidad, venía a traerle la lista que nos había pedido.

—Pasa, pasa —le invitó la joven y bellísima Magny, cogiéndole de una mano.

—¿Y los perros?

—¿Los perros?

—Sí, ¿están encerrados? No los he oído ladrar.

—Es verdad. —La joven lanzó una mirada alrededor—. Es raro.

—Espera, meteré el coche en el jardín y le daré la vuelta, dejándolo listo para salir.

—Como quieras —aceptó la muchacha, abriendo la verja por completo.

Puso de nuevo el coche en marcha, se introdujo en la propiedad y le dio la vuelta mientras Magny cerraba de nuevo la verja y se alejaba junto al muro de setos, como buscando.

Jordi Arnot se apeó del coche y la siguió hasta que la vio detenerse.

Los cuerpos negros estaban tendidos en el suelo. El macho había quedado con los ojos y las fauces abiertas; la hembra tenía los ojos cerrados, pero aún gemía.

—Cuidado, no la toques —le pidió Jordi, cogiendo a Magny por el brazo.

—Vive aún…

—Sí, pero cuando los animales está heridos, pueden morder incluso a sus propios amos.

—¿Por qué, por qué esto?

El hombre examinó el muro de setos, comprobó que había una tela metálica que lo hacía infranqueable hasta por lo menos un metro y medio de altura. Después eran las mismas ramas las que se entrelazaban.

—¿Alguien os había amenazado?
—¿Por qué?
—Tengo la impresión de que los han envenenado.
—Envenenado, ¿por qué?
—Sólo el que lo ha hecho podría responder a tu pregunta, Magny. Por lo visto, esos perros molestaban a alguien o quizás al matarlos se ha precavido para poder asaltar la casa en otro momento. ¿Te das cuenta de que has quedado desprotegida?
—Yo no tengo miedo.
—Pudiera ser que alguien intentara llegar a la casa para robar. Envenenar a los perros es una medida de precaución o quizá sólo sea maldad, aunque tampoco podemos descartar el accidente.
—¿Qué quieres decir?
—No sé, que hayan comido algo que les ha enfermado y matado, pero por accidente, unos medicamentos olvidados o lanzados por encima de los setos, un matarratas, algún pesticida, productos de jardinería, cualquier cosa. Quizá sería mejor que los viera un veterinario.
—Pobres perros.
La perra se movió y entreabrió los ojos. Semejó verlos, gimió y poco después expiraba.
—¿A qué hora regresará Zattoni?
—Por la noche.
—Quizá sea mejor que te haga compañía hasta que él venga. Tengo la impresión de que hay alguien por los alrededores que puede ser muy peligroso. Precisamente el otro día, al alejarme en el coche, tuve la impresión de ver a un hombre corriendo entre los árboles.
—El otro día, dos vagabundos me atacaron, pero los perros me defendieron.
—Hum, ésos podrían ser. ¿Huyeron?
—Uno, sí.
—¿Y el otro?
—Hugo se quedó con él herido, lo metió en la caja.
—¿Qué caja? No entiendo.
—Ven.
Magny se lo llevó al interior de la casa y cerró la puerta para aislarse del jardín. Anochecía rápidamente; el invierno sólo había

hecho que comenzar y la noche llegaba prematura con su manto de tinieblas y el murmullo de los desasosegantes ruidos sin causa.

Jordi Arnot ya comenzaba a conocer la casa; sin embargo, siempre resultaba inquietante entrar allí. Era como si unas presencias extrañas permanecieran vigilantes, al acecho. Acostumbrado a los espacios amplios, despejados, modernos y confortables del hotel Scorpio, aquel chalet que era mayor de lo que podía parecer mirando su fachada principal, era umbrío y siniestro y su decoración no había sido modificada en casi un siglo.

—¿Vais a vivir siempre aquí?

—¿Siempre? —repitió ella.

—Bueno, admito que la palabra «siempre» es muy ambigua, quiero decir por mucho tiempo.

—Ésta es la casa de Hugo y yo estoy con él como su hija. Me hace danzar, le complace mucho que lo haga.

—¿Y no habéis hablado de marcharte?

—¿Yo?

—Sí, tienes derecho a una vida independiente. Puedes vivir tu propia vida sola o quizás encuentres a alguien que se una a ti y os vayáis juntos.

—No hemos hablado de nada —dijo, siempre con su particular acento sensual. Hablaba despacio, en tono algo bajo y con voz muy cálida.

—Bueno, hablemos de algo muy real. ¿Dices que encerró a un vagabundo en la caja?

—Sí. —Se adelantó para señalar una puerta y dijo—: Ahí dentro está.

Jordi Arnot se acercó a la puerta de sólido aspecto. Cerró la mano en torno al pomo, pero la puerta se resistió.

—No se puede abrir.

—Hugo la cierra con llave.

—Lástima, me hubiera gustado verla. Además, no entiendo que haya metido a un hombre dentro de una caja. ¿No ha llamado a la policía para que se haga cargo de él? —Hugo le preparó una ceremonia y lo metió en la caja mientras yo danzaba como él me pidió.

—¿Y después?

—No sé, cerró la puerta. Yo no he vuelto a entrar.

—Es todo muy misterioso, ¿no?

—Hugo es muy misterioso. Yo no le hago preguntas, él no quiere que lo molesten. Siempre está con sus libros, con sus estatuillas.

—¿Tú crees que todo lo que hace es en serio?

—Sí.

—¿De verdad piensas que puede hablar con los espíritus?

—Sí.

—Bueno —suspiró—. Le estás muy agradecida, ¿verdad?

—Sí, él me sacó de donde estaba. Yo maté a un hombre.

Capítulo XV

AQUELLA confesión fue hecha con tanta naturalidad que Jordi Arnot se quedó frío.

—¿Bromeas?

—No, maté a un hombre y mi madre me vendió a Hugo para que la policía no me cogiera.

—¿Y el cadáver de ese hombre?

—No sé qué haría mi madre con él.

—¿Por qué lo mataste?

—Intentó violarme. Mi madre estaba drogada y me vendió a ese hombre por una noche; allá, eso no es raro.

—¿Te vendió como si fueras una prostituta?

—Sí, yo danzaba y lo que ganaba, nos servía para vivir, pero aquella noche, después de bailar, vi que mi madre se había drogado.

—¿Era habitual en ella el drogarse?

—Sí, fumaba mucho opio, las cosas siempre fueron difíciles para ella. Yo aprendí a danzar, ella vio que eso gustaba y me llevó por muchos sitios, pero se gastaba en opio casi todo lo que nos daban. Mi madre me vendió a un hombre que se reía, se reía y babeaba. Cuando hundí el punzón en su pecho, fue el momento más horrible de mi vida. Me eché hacia atrás y empecé a gritar más fuerte que él. Entonces apareció Hugo Zattoni que me había visto danzar y me tapó la boca. Aquel hombre, con el punzón en el pecho, estuvo agonizando largo rato, Hugo le dejó morir. Yo no quise verlo, lloraba, tenía mucho miedo.

—Es terrible lo que me has contado y creo que lo mejor para ti será olvidar el pasado. Si mataste en las circunstancias que dices, no debes considerarte culpable, fue legítima defensa.

—En el mundo donde yo vivía, para las mujeres no hay legítima defensa. Ser prostituta, cuando no se es de la casta de los poderosos,

es lo más normal. Rebelarse contra ese destino no es legítima defensa.

—Pero la mitad de tu sangre es occidental y en tu mente sí existe la legítima defensa; no tenía por qué aceptar con pasividad un destino que te repugnaba.

—He intentado olvidarlo, pero no he podido.

—¿Y Hugo qué dice?

—Nada, no dice nada, me salvó y ahora me pide que dance para él.

—¿Y qué propósitos más tiene respecto a ti?

—No te entiendo.

—Sí, me refiero a que podría hacerte estudiar, trabajar, no sé.

—No, sólo tengo que danzar para él.

—¿Te ha hablado de llevarte a algún local nocturno para danzar?

—No. A Hugo Zattoni no le gusta el mundo de la corrupción, él está siempre con sus misteriosos libros que yo no entiendo. A veces me cuenta cosas incomprensibles, me da miedo y para no ver ni oír nada, me refugio en la danza hasta que quedo exhausta. Para mí es como estar en otros mundos, viajar por el cielo sin alas.

—¿Y no has pensado en marcharte lejos de Zattoni?

—No sabría adónde ir. El mundo me da miedo y tengo las manos vacías. Hugo me da casa, comida y él dice que el mundo es un monstruo que te devora.

—Puede ser, pero todo no es tan malo. Me gustaría ver dos cosas.

—¿Dos cosas?

—Sí, una lo que hay en esa habitación, esa caja de que me has hablado. Todo es muy extraño, unos vagabundos que te atacan, uno que es encerrado en una caja y luego, están los perros muertos.

—¿Y la otra cosa que te gustaría ver?

—Tus documentos.

—¿Para qué?

—Para conocer tu situación real.

—¿Y para qué quieres conocerla?

—Me he enamorado de ti, Magny, me gustas mucho. Si fueras una chica normal aquí en mi país, te pediría que vinieras conmigo, pero temo que tu situación legal pueda traerte problemas. Cuando

los papeles están complicados, hay que caminar con pies de plomo. Si tu situación legal no es correcta, podrías ser devuelta a tu país, ya no sé si a Birmania o a Tailandia.

—Hugo ha hecho todos los papeles como tú dices, él me protege.

—Supongo que debe ser como tú dices, pero hay que comprobarle. No es suficiente con que Hugo Zattoni diga que todo está correcto.

—¿Crees que miente?

—No digo tanto —respondió Jordi Arnot frente a Magny. La cogió por los brazos, tratando de transmitirle un afecto y una confianza que con sus labios parecía estar quitándole.

—Hugo me dijo que yo sería su hija y salimos por control de la policía.

—Allí podías pasar por su hija, quizá él mintió o sobornó a algún policía, pero ¿y aquí?

—No sé de qué me hablas. Yo no tengo papeles, los tiene todos Hugo.

—Sí, ya me lo has dicho, pero si él tiene esos papeles, es como tenerte sujeta, encadenada a sus caprichos, y si alguna vez le desobedeces en lo que lo que te pida, puede hacer que te devuelvan a Tailandia. Hasta podría incluir la denuncia de que tú mataste allí a un hombre y entonces, ¿quién te defendería?

—Me da miedo lo que dices, Jordi. Yo no he sabido nada de mi madre desde que me separé de ella y si me devuelven a Tailandia, sería mi muerte, no podría soportar que me encarcelaran.

Magny se apretó contra Jordi Arnot, apoyó su rostro contra el pecho masculino como buscando protección. Jordi Arnot le acarició la cabeza y la espalda, dejando resbalar su mano entre los sedosos y larguísimos cabellos.

—Bueno, quizá me he pasado en mis apreciaciones. La verdad es que Zattoni no me cae simpático y estoy predispuesto a ver mal lo que hace cuando, quizás, te está protegiendo de una forma sana, claro que si tuvieras tus propios documentos todo estaría más claro.

—¿De verdad te interesa mucho ver lo que hay detrás de esa puerta? —preguntó de repente, separándose de él para mirarle a los ojos.

—Es curiosidad. No puedo entender que tengáis a un hombre metido en una caja y además, Hugo se haya marchado, dejándote

sola en la casa.

Magny se apartó de Jordi Arnot para acercarse a la cerradura. Puso la palma de su mano sobre ella, cubriendo el agujero que servía para introducir la llave y después cerró los ojos.

Jordi Arnot estuvo observándole atentamente. No comprendía lo que ella pretendía, pero se dio cuenta de que no debía hablar, de que debía mantenerse en silencio.

Observó que el rostro de la muchacha palidecía y se llenaba de gotitas de sudor, era como si estuviera enfermando súbitamente. Temió que Magny fuera a desplomarse.

—Ya está —musitó ella, casi temblando.

—¿El qué está?

—La puerta abierta.

Jordi alargó su mano, giró el pomo y la puerta cedió.

Sorprendido y preocupado a la vez, volvió a mirar a Magny, que tenía el rostro sudado. Sacó un pañuelo y secó la frente y las mejillas.

—¿Qué has hecho en realidad, Magny?

—Abrir la puerta —respondió ella, apenas sin voz.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Con un gran esfuerzo de voluntad.

—¿Quieres decir que con tu voluntad has movido los mecanismos de la cerradura?

—Es lo que dice Hugo.

—¿Te ha enseñado a hacerlo?

—Sí.

—Un tipo muy interesante. ¿De cuántas cosas más es capaz Zattoni?

—No lo sé. En mi país, algunos ancianos sabios hablaban de él con temor y mucho respeto.

Al empujar la puerta, vieron la estancia en la que había muchos candelabros, pero sólo dos de ellos encendidos, como montando guardia en torno a la gran caja de madera negra tallada con máscaras extrañas, inquietantes, casi inhumanas, una caja alargada, pero con el tamaño doble de un ataúd normal.

Aquella caja no se podía confundir con un féretro, sino que era como un gran arcón que habría de contener objetos antiguos, papiros o cosas similares.

Jordi Arnot observó alrededor. Las paredes eran totalmente negras, tapizadas en tela negra. En toda aquella salita, sólo había candelabros y el gran arcón tallado que a simple vista parecía muy antiguo.

—¿Ahí dentro lo puso?

—Sí, y cerró la tapa.

Con recelo, Jordi Arnot se acercó para examinar la caja que no parecía tener cerradura alguna.

Cogió el canto de la tapa con sus manos y trató de levantarla, pero se le resistió. Tuvo la impresión de que toda la tapa estaba lastrada con plomo.

—¿La ha cerrado de alguna forma especial?

—No, no creo.

Jordi Arnot comenzó a aumentar el esfuerzo para alzar la tapa.

No comprendía por qué aquella tapa se resistía tanto a ser levantada; el esfuerzo fue tan grande que los músculos de sus brazos semejaron a punto de reventar.

Al fin, la tapa se fue levantando…

Magny tenía sus ojos fijos en la abertura que Jordi no veía porque cerraba sus ojos como para conseguir un mayor poder en sus manos y brazos, anulando la vista.

Magny dio un grito de miedo, fue cuando Jordi Arnot sintió que unos dedos helados y huesudos le atrapaban las muñecas tras aparecer por la abertura de la caja.

Rápidamente comprendió que aquellos dedos eran malignos, unos dedos que le atenazaban con tal fuerza que semejaban querer triturarle los huesos o, cuando menos, sujetarle de tal forma que no pudiera escapar. Eran como cepos dentados para atrapar alimañas carniceras.

Aparecieron más o menos, como si incontables seres malditos trataran de escapar del interior de la caja. Era como si la caja misma se hubiese transformado en la puerta del averno.

Seres de repugnante visión trataban de escapar de su encierro o acaso atrapar a Jordi Arnot para llevárselo consigo a los espacios insondables donde no había luz, donde el horror y el pavor se mezclaban con los gemidos de la impotencia para escapar de un mundo infernal donde los espíritus de los muertos condenados se mezclaban, formando horrendos conjuntos que sonaban como el

ulular del viento entre los rocales desérticos donde se suponía que las ánimas condenadas vagaban por toda la eternidad.

Soltó la tapa, pero los malditos dedos, cadavéricos, amarillentos, de uñas azul negras, no le soltaban a él. Forcejeó como si hubiera sido atrapado con los grilletes de la más humillante de las esclavitudes.

Como una exhalación, demostrando una elasticidad felina, Magny saltó por encima de las manos que intentaban escapar del interior de la caja, en cuya abertura semejaban esconderse ojos que no existían, miradas que brotaban del interior de cuencas vacías.

Lo irreal se tornaba allí real, como si los espíritus malditos se materializaran para desparramarse por el mundo de los vivos.

Magny, que había conseguido saltar sobre la tapa, danzó encima de ella dando una fuerza terrible a su cuerpo, una fuerza que se ejercía sobre la tapa misma al tiempo que Jordi Arnot forcejeaba con aquellos dedos que no le soltaban, hasta que consiguió desprenderse de ellos y las manos malditas se fueron escurriendo de nuevo hacia el interior del arcón sin que Magny dejara de bailar sobre él hasta que quedó completamente cerrado y el peligro conjurado.

—¡Magny, sal de ahí, vámonos!

Magny saltó de la caja y Jordi Arnot la recogió entre sus brazos, apretándola contra sí. Ella le transmitió su calor de vida, su fragancia de mujer.

Sacó a la muchacha de aquella estancia dedicada al arcón donde ardían dos gruesos y altos velones, haciendo casi irrespirable el aire que allí se condensaba, un aire que hedía a cera quemada, una cera que debía llevar mezclados aromas de extraña procedencia.

Cuando salieron de la estancia la puerta se cerró y se escuchó al ruido de la cerradura, como si alguien hiciera girar una llave dentro de ella.

Manteniendo a Magny aplastada contra su tórax, con el rostro de la muchacha muy cerca del suyo, le preguntó:

—¿Qué es lo que hay ahí dentro?

—Es el arca de los espíritus de los muertos.

—Yo no puedo creer en todo esto. Soy un hombre occidental, un hombre de estos días, casi de finales del siglo Veinte. No puedo creer que los espíritus de los muertos puedan materializarse,

surgiendo de una maldita arca.

—Jordi, Jordi, hay muchas cosas del mundo misterioso que Hugo investiga que tú jamás podrás comprender y es mejor que no te acerques a él porque puedes desaparecer o caer en una locura horrible donde jamás sabrás lo que es real o irreal, pesadilla o verdad. No quiero que te suceda nada malo.

Jordi quiso protestar, pero ella buscó su boca y la besó. El hombre deseó que aquellos momentos no terminaran jamás. La boca de Magny era fuego, la vida misma.

El cuerpo femenino se agitó entre sus brazos y Jordi Arnot se arrodilló despacio, sin dejar de besarla. Se inclinó sobre el suelo, la depositó en él y siguió besándola, besándola, dejándose arrastrar por el deseo que exigía que sus cuerpos se rozasen, que sus manos se acariciasen mutuamente, que sus labios recorrieran la piel de sus respectivos cuerpos, buscando, excitando, hasta que sus sexos se unieran entre suspiros y gemidos de placer.

El invierno se había convertido en tórrido verano para ellos.

—¡Magny, Magny! —interpeló la voz de Hugo Zattoni, rompiendo el encanto de los jóvenes amantes.

Capítulo XVI

DEBIDO a la escasez de personal que en el hotel Scorpio tenía durante el invierno, cuando normalmente permanecía cerrado, el conserje hacía las veces de telefonista.

Cada uno de los empleados del hotel debía desempeñar varias funciones; recibían unos complementos de salario que a quien beneficiaban era a la empresa hotelera, pues sus costos de personal descendían.

Durante la temporada alta, aquel sistema no podía funcionar bien, ya que todo el personal que hubiera siempre era poco para la buena marcha del hotel donde los turistas mantenían un intenso movimiento de llegadas y salidas.

Jordi Arnot pasó varias llamadas de Hugo Zattoni, cuya voz identificó inmediatamente, a los invernistas que se hallaban en sus respectivas habitaciones.

Hugo Zattoni debía haber hecho selección previa de las siete personas que habrían de acudir a su primera ceremonia invocatoria.

Cualquiera hubiese opinado que todo aquello era un montaje de mago de salón para atrapar la atención y vaciar los bolsillos de los incautos y sugestionables supersticiosos, pero Jordi Arnot ya sabía que Zattoni iba mucho más lejos, que sus poderes no eran los de un mago de salón, sustentados sobre unos trucos más o menos ingeniosos.

Lo que había en aquella maldita caja o arca de madera negra tallada, formando unos sobrerrelieves fantasmagóricos y demoníacos, no había sido un burdo truco. Se había mirado las muñecas y aún tenía las moraduras que aquellos malditos dedos atenazantes le habían dejado.

No vaciló en intervenir una de las llamadas y con atención, pegando el oído a un auricular supletorio, escuchó cómo la voz de Hugo Zattoni daba instrucciones a uno de los invernistas

seleccionados, una mujer de casi setenta años, de mandíbula fuerte y ojos rodeados por acusadas bolsas, una mujer de venas sanguinolentas, aficionada a la ginebra y al Valium.

—Va a tener usted la oportunidad de comunicarse con los espíritus de sus muertos. Los vivos ya no la quieren, ya no la desean. No falta mucho tiempo para que usted se reúna con sus amados ancestros, sus padres, sus amigos muertos. ¿Me oye, *frau* Hanelore, me escucha bien?

—Sí, sí, le escucho —había respondido la anciana alemana, sintiendo la soledad como un glaciar abriéndose paso entre los alvéolos de sus pulmones, helándole la respiración y la sangre misma.

—Debe ponerse a bien con ellos y saldrán a recibirla cuando legue el gran momento de su vida. Escríbales, exponga sus deseos en una carta que encerrará dentro de un sobre blanco sin destinatario ni remitente, pero lo que escriba en esa carta habrá de hacerlo con su propia sangre.

—¿Mi sangre? —Se estremeció la mujer.

—Así es. Hágase un pequeño corte en la mano, en la muñeca, en el muslo, donde mejor desee y moje en ella una plumilla, cuchara o una simple ramita afilada con una hoja de afeitar. No importa que la letra salga bien o mal, mientras sea clara y legible. Escriba con su propia sangre, o la carta no llegará a su destino. Téngala lista para pasado mañana por la noche.

—¿Pasado mañana?

—Sí. Usted será recogida en un automóvil junto con las demás personas que asistirán a la ceremonia de las invocaciones a los espíritus de los muertos que se llevará a cabo en mi residencia. Confíe en mí y tenga listo su mensaje escrito con su propia sangre. Ya no se le volverá a presentar jamás otra oportunidad semejante.

—Sí, sí, lo que usted diga.

Las llamadas se repitieron en los mismos términos.

—¿Sucede algo?

Jordi Arnot dejó de escuchar para mirar a Alexa. Mireya también se les acercó.

—Zattoni está preparando su espectáculo de mañana —dijo.

—Los huéspedes están nerviosos, se enteraron del asesinato —se lamentó Alexa.

—Pero se tranquilizaron cuando vieron que se llevaban al asesino.

—Yo sabía que Joan terminaría haciendo una barbaridad con tanta guarrada.

—Sí, encontraron una muñeca erótica en su habitación —dijo Mireya—. Una de esas muñecas que sustituyen a las putas.

—La muñeca que encontraron en la habitación de Joan fue la muñeca que asustó a Van Erick en los jardines.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alexa.

—Es una versión distorsionada de Raquel Welch. No se puede decir que sea ella para que no ponga pleito a los fabricantes, pero sí se le parece mucho, y las medidas de busto, cintura y caderas son las oficiales de esa actriz.

—¿Le tomaste las medidas a la muñeca? —se asombró Alexa.

Mireya, más incisiva, rezongó:

—A lo mejor le tomó las medidas más íntimas.

—Yo me llevé la muñeca como pidió Van Erick y esa muñeca, vista a la luz de una lámpara, dejó al descubierto su identidad. La verdad, está muy bien hecha. Yo la guardé en el maletero del coche grande y luego desapareció.

—Porque Joan la descubrió y se la llevó a su habitación —dijo Alexa.

—Bueno, el pobre parecía que ligaba mucho y luego tenía que contentarse con los desnudos de las revistas, el alcohol de las bebidas que tomaba y esa muñeca. Esos tipos que presumen de muy machos luego resulta que no se atreven.

—¿Y tú sí te atreves? —preguntó Jordi directamente a Mireya.

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿con quién te acuestas?

—Vaya preguntas más indiscretas haces —se quejó Alexa, tratando de proteger a Mireya.

—Yo tuve mi compañero hace años —confesó Mireya.

—¿Muchos años? —insistió el joven.

—Sí, y por si estás tratando de ligarme, te diré que no me he mantenido célibe desde entonces. Cuando me ha apetecido comerme un pastel, me lo he comido.

—¡Mireya! —exclamó Alexa.

—¿Y te gustó el pastel de la otra noche? —rezongó Jordi.

—¿Qué pastel?

—El que te comiste como una gata hambrienta —puntualizó Jordi en presencia de Alexa que los observaba perpleja.

Mireya puso una cara muy significativa, sus mejillas se sonrosaron.

—No sé de qué me hablas —dijo. Después, se encaró con Alexa —. Tendrás que buscar a un barman, yo hago lo que puedo. Somos muy poco personal para atender a tantos invernistas.

—Aguanta un poco más, no podemos contratar a nadie. La semana que viene llegarán los herederos de Van Erick y veremos qué hacen. En realidad, no sé quiénes son los herederos. Van Erick no tenía hijos. Comprendo que no puedo contratar a nadie, despedir si porque siempre será un gasto menos. Jordi, tú podrías relevarla en el bar por unas horas al día.

—¿Yo en el bar?

—Sí, sólo unas horas.

—¿Y el mostrador de conserjería?

—Cuando tú vayas al bar, me avisas a mí y yo lo atenderé. Es más lógico que el director esté en conserjería.

—Bueno, yo ya estoy haciendo horas extraordinarias. ¿Me pides que haga más?

—Tú anótalas y se te pagarán —le dijo Alexa.

Jordi Arnot suspiró.

—De acuerdo, haré lo que pueda mientras pasamos estas circunstancias tan especiales. ¿Quién acompañará a los invernistas a la casa de Zattoni?

—No los turnaremos entre los tres —dijo Alexa.

Mireya se alejó, moviendo su cuerpo macizo pero todavía atractivo. Había mujeres que aunque los lustros cayeran sobre ellas, seguían conservando una fuerte sensualidad que acaparaba la atención de los hombres.

—Jordi —comenzó a decir Alexa—, me da la impresión de que le has dicho a Mireya lo que me dijiste a mí. ¿Qué es lo que sucedió?

—¿Cuándo? —preguntó irónico, centrando su mirada en un bloc en el que tomó unas notas.

—¿Te acostaste con Mireya? —preguntó, como un disparo a boca de jarro.

—¿Te acostaste tú con Van Erick?

—Pero ¿qué dices?

—¿Es que sólo tú puedes hacer preguntas estúpidas? —inquirió, mirándola a los ojos con desafío.

—Puedes ir al bar, yo me encargaré de la conserjería.

—De acuerdo. El año próximo, si es que este hotel sigue funcionando, contrata a más personal, tengo la impresión de que nos estás explotando.

—Estamos en circunstancias difíciles.

—Sí, todo el mundo está en circunstancias difíciles, la CRISIS con mayúsculas, pero unos cuantos se embolsan la pasta, porque los alemanes han pagado, ¿no?

Se fue al bar que estaba siendo atendido con torpeza por una camarera que no entendía a los alemanes más que por señas. Ellos le señalaban las botellas y daban las medidas haciendo gestos con los dedos.

—Limpia los vasos y todo lo que haya —le pidió Jordi a la muchacha que le recibió con una sonrisa—. Yo les serviré.

Como hablaba bien el alemán, no tardó en atender perfectamente a los clientes del bar, ancianos que en su mayor parte bebían como verdaderas esponjas.

Jordi Arnot no había sido nunca barman, pero poseía el tacto y la educación necesarias para servir adecuadamente. Anotó en un bloc de cuentas lo que consumían y no tardó en percatarse de que los alemanes gastaban una sabrosa cantidad de sus marcos en llenar de alcohol sus estómagos.

No tardó en dejarlos a todos contentos, sirviéndoles lo que pedían.

Un grupo de cinco, tres hombres y dos mujeres, todos ellos de rostros ancianos y arrugados, preguntaron:

—¿El hombre asesinado era de verdad el propietario del hotel?

—Sí, ya lo han publicado los periódicos. Menos mal que no han venido periodistas.

—La policía ha ido muy eficiente —opinó despacio uno de los alemanes, sin soltar el *whisky* que encerraba dentro de su mano.

Jordi Arnot iba a decirles con sinceridad que dudaba que Joan fuera el asesino de Van Erick, pero se calló, no era bueno crearles inquietudes.

Después de que la policía se llevara a Joan esposado, todos ellos habían quedado tranquilos. Jordi Arnot pensaba que si el asesino andaba todavía suelto, no haría nada a los huéspedes del hotel.

Posiblemente, lo que haría sería tratar de huir mientras le cargaban el muerto a Joan, aunque si éste era inocente, la policía terminaría averiguando que Joan sólo era un desgraciado aficionado a las revistas y videos porno.

En cuanto a la muñeca erótica, estaba seguro de que era la misma que el asesino utilizara para asustar a Van Erick en los jardines. Había cuatro muñecas. Dos estaban en la casa de Hugo Zattoni, la tercera había aparecido bajo el cuerpo asesinado de Van Erick y la cuerda era la que habían ahorcado en el jardín y que él había guardado en el maletero del coche grande de donde había desaparecido para reaparecer en la habitación de Joan, detalle que a la policía le había parecido altamente acusatorio.

—¿En qué estás pensando?

—Ah, hola, Eva. ¿Quieres tomar algo? Es por cuenta de la casa, no hay quien vaya a controlar el contenido de las botellas con una de esas varillas de medir los depósitos de gasolina de los coches antiguos.

—Qué complicado eres, Jordi. Anda, sírveme un *gin* —le dijo Eva, sentándose en uno de los taburetes altos. Mientras él le servía, la mujer desplegó un periódico que llevaba en la mano y le dijo—: ¿Has leído la noticia?

—No, ¿qué pasa?

—Es sobre Joan.

—¿Lo van a procesar?

—El juez todavía no ha dado orden de procesamiento, pero el periodista dice que la policía sospecha que el asesino del hotelero mató también a un delincuente habitual. —¿Otro crimen?

—Eso parece —asintió Eva.

—Aquí lo dice, «POSIBLE SALDO DE CUENTAS ENTRE DELINCUENTES».

Jordi Arnot leyó con atención la noticia que publicaba el periódico y después comentó:

—El delincuente asesinado, un tal Paco Moreno Reyes, había comprado las cuatro muñecas que entregó a su cómplice y luego, fue asesinado por éste.

—Está claro, ¿no? —preguntó Eva, en cierto modo divertida.

—¿Claro? ¿En qué eran cómplices?

—No sé, aquí lo dice; a lo mejor, de más robos.

—¿Lo sabe Alexa?

—No, ¿por qué?

—No sé, todo esto es muy extraño, aquí hay una clave que se nos escapa.

—¿Quieres ser el investigador privado de los telefilmes? —se burló la joven.

—No digas tonterías. Lo que yo me huelo, terminará por averiguarlo la policía, creo que han tomado a Joan como chivo expiatorio, metiendo la muñeca en su habitación.

—¿Quién?

—Si no ha sido él, será el asesino, digo yo.

—¿Le has dicho a la policía lo que piensas?

—No; Alexa me sacaría los ojos. No es bueno para un hotel que la policía ande buscando a un asesino por las habitaciones, es algo así como poner un nido de avispas. Todos los huéspedes saldrían corriendo, por si aparecía el asesino, claro. De todos modos, estoy seguro de que la policía terminará por averiguarlo. Ellos siguen el proceso normal de interrogar al principal sospechoso que, no cabe duda, es Joan.

—¿Y no podrían condenarlo a él por acumulación de pruebas falsas, por equivocación provocada por el asesino?

—Los errores judiciales han existido siempre y en todas partes.

—Oye, ¿qué tienes en la muñeca?

Jordi Arnot se miró la muñeca que había quedado descubierta por el puño de la camisa al quedar el codo doblado.

—¿Te lo ha visto un médico?

—No, no vale la pena. Son moraduras, primero se ponen muy oscuras, luego amarillentas y después, desaparecerán. Me atrapó una portezuela.

—Sería una portezuela muy rara, más parece una tenaza grande.

Jordi Arnot recordó el arca de los espíritus de los muertos. Aún no podía creer que lo que le había sucedido fuera cierto, tenía que ser un truco de magia.

Aquellas manos debían ser de acero y plástico imitando descamadas manos de muertos; así, tenía que ser un truco que le

había cogido por sorpresa porque estaba muy bien ambientado, pero… ¿Y si era cierto que allí se encerraban seres del más allá, que aquella caja era como una especie de puerta a una dimensión desconocida dónde se recluían los espíritus de los muertos, quizá sólo de los muertos sancionados con alguna extraña o maligna maldición?

—¿Qué te pasa, Jordi? Estás muy raro, pareces ausente —le dijo la voz de Eva.

Jordi Arnot tuvo que sacudir la cabeza para sustraerse a aquellos recuerdos que en el tiempo resultaban inmediatos, pero que eran totalmente alucinantes, capaces de enloquecer a espíritus no suficientemente templados.

Capítulo XVII

—¿QUÉ opina, comisario Roldán?

—Que nuestro sospechoso es inocente o en un actor magnífico.

—Sus coartadas son muy malas.

—Sí, pésimas. Todos los que viven en solitario suelen tener malas coartadas. Cuando el asesinato de Francisco Moreno Reyes, él todavía no se había incorporado a su trabajo en el hotel Scorpio.

—Sí, dice que estaba paseando por la ciudad.

—Pero nadie le sirve como testigo.

—Y la noche del segundo crimen, cuando mataron al holandés, él estaba durmiendo.

—Lo que no deja de ser lógico —admitió el comisario Roldán—. A las tres de la madrugada, el bar del hotel estaba cerrado y él tenía que dormir.

Prieto sacó un paquete de cigarrillos y lo ofreció a su superior. Éste tomó uno y se lo puso entre los labios, Prieto se lo encendió.

—¿Qué hará con él?

—Creo, creo que no vamos a entregarlo al juez.

—¿No? —se sorprendió.

—No, tendremos que soltarlo.

—No falta mucho para las setenta y dos horas reglamentarias.

—Sí, lo sé. Cualquiera, con los datos que tenemos, podría entregarlo al juez para procesarlo, pero yo pienso que las pruebas no son suficientemente contundentes.

—¿Es una corazonada?

El comisario Roldán miró a su joven ayudante y en tono de confidencia, con cierto aire cansado, manifestó:

—Un policía, en los interrogatorios no debe dejarse llevar por las corazonadas porque puede equivocarse y eso es muy malo; sin embargo, hay ocasiones en que las corazonadas ayudan y no podemos sustraemos a ellas. El interrogatorio ha sido duro,

extenuante, y creo que es inocente aunque todo le acuse.

—Si lo suelta y resulta ser el asesino, puede escapar.

—Se me ha ocurrido un plan.

—¿Vigilar a ese hombre estrechamente?

—Bueno, eso seguro, no deja de ser el principal sospechoso; me refiero a otro plan, tendré que hablar con él.

—¿Quiere preparar una trampa para el verdadero asesino?

—Sí, eso sería lo mejor. Ahora, todavía debe estar receloso, hay que darle confianza, mucha confianza, seguro que dará un traspié y entonces podremos atraparlo.

—¿Tiene alguna idea de quién pueda ser?

—No, aún no. He revisado toda la lista de sospechosos, incluso de sus parientes holandeses que le van a heredar y ninguno destaca con claridad; de lo que sí estoy convencido es de que se trata de un crimen basado en la venganza, una venganza planteada y premeditada.

—Entonces, habría que descubrir cuál es el daño que podía haber hecho el holandés, un daño suficiente como para que alguien planeara asesinarle sin ánimo de lucro.

—Sí, hay que investigar más, mucho más en la vida de la víctima. En cuanto al otro crimen, al del cliente habitual que compró las muñecas, está claro que fue asesinado para que nunca pudiera delatar al receptor de las muñecas eróticas.

—Sí, parece obvio. Muerto el testigo, el asesino queda más libre.

—Así es, Prieto, de lo que cabe deducir que el asesino no es muy vulgar.

—No le entiendo, comisario.

El comisario Roldán expulsó lentamente el humo del tabaco que había introducido en su cuerpo y después, observó:

—Si el asesino del holandés hubiera estado seguro de que al comprar las muñecas eróticas en una *sexshop* luego no podía ser identificado por el vendedor de la tienda, hubiera ido él mismo a comprarlas y se hubiera ahorrado asesinar al intermediario que utilizó para la compra; mas, por lo visto, estaba muy seguro de que sería reconocido por el vendedor.

—Podría haberse disfrazado.

—Aun así, Prieto, aun así, no cabe duda de que se trata de alguien singular que teme ser identificado, por eso utilizó un

intermediario para la compra. Se trata de una mente altamente vengativa. Fue colocando muñecas eróticas en el hotel, siempre como si se trataran de mujeres asesinadas. En realidad, ya estaba provocando a su víctima, hasta que llegó la noche de lo que para su mente no era un crimen, sino una ejecución.

—Sería fácil encontrarlo si supiéramos el posible crimen que el holandés había cometido para desencadenar tanto afán de venganza.

—Exacto, Prieto, exacto. Si averiguáramos el crimen o daño que pudo hacer el holandés, encontraríamos a su asesino. Ahora, tráeme al detenido, tengo que hablar con él. No voy a retenerlo más de las setenta y dos horas reglamentarias; para mí, él no es el asesino aunque las pruebas le acusen.

—El criminal debió escogerle a él como para que apareciera como culpable fácil de condenar.

El tintineo de las campanillas pudo oírse a mucha distancia, los ratones de campo se alejaron asustados y una lechuza movió la cabeza a un lado y a otro, desorientada. Luego, desplegó sus alas y remontó el vuelo.

Hugo Zattoni se puso el severo y largo abrigo acolchado por su parte interior. Abrió un cajón sin prisas y de él sacó una pistola Colt 25. Se la metió en el bolsillo y salió de la casa. Un gran silencio le rodeaba, ya no estaban los cadáveres de los perros, Bennet se los había llevado para enterrarlos.

Volvió a oírse el sonido de las campanillas. Hugo Zattoni se dirigió al lugar donde sonaban, sus pasos eran silenciosos sobre la hierba húmeda. Pudo oír unos gemidos de dolor.

Además de la pistola llevaba una linterna que sólo encendió cuando creyó llegado el momento. Sabía muy bien dónde había colocado el cepo para lobos de tamaño grande y sangrienta mordiente.

El haz de foco iluminó el rostro sudoroso y asustado del vagabundo.

—¿Has venido a buscar a tu compañero? —rezongó Hugo Zattoni desde detrás de la linterna que cegaba al hombre que había saltado el muro verde oscuro de los cipreses por su lado más vulnerable.

Hugo Zattoni sabía que aquél era el punto más vulnerable; por

lo tanto, si había que colocar una trampa para cazar a un posible intruso, aquél era el mejor sitio.

Dos Dedos había sido lo suficientemente imbécil como para cometer la torpeza de entrar en la propiedad por el punto más fácil, sin sospechar que allí mismo estaría la trampa aguardándole.

—Me hace daño —se quejó.

Hugo Zattoni adelantó su mano armada con la pistola, la puso delante del foco de la linterna para que el intruso pudiera verla bien.

—Oiga, no dispare. Yo sólo venía a robar un poco, por si tenía animalitos, nada más, se lo juro. No dispare.

—Tú mataste a los perros.

—¿Los perros? Yo no sé nada de los perros, le juro que no sé nada —gimoteó, atrapado por un pie y con el cañón de la pistola a un palmo de su rostro.

—Confiesa o te mato.

—Yo, yo… —farfulló, sudoroso. Aquella situación era peor que cuando fueran atacados por los mastines.

Zattoni no era hombre capaz de sentir piedad y Dos Dedos, en su desesperación, lo intuía. El cepo había astillado su tobillo que sangraba y a causa del terrible dolor no había logrado desprenderse de él. Y cada vez que tiraba del maldito cepo dentado, sonaban las campanillas.

Zattoni levantó el arma y descargó un despiadado culatazo sobre la ceja derecha de Dos Dedos, abriéndosela al tiempo que lo derribaba dolorosamente.

—Mataste a mis perros envenenándolos. Eres un maldito bastardo, ellos valían más que tú.

Medio atontado, Dos Dedos se pasó la mano por la cara y ésta se manchó de sangre. Por el ojo afectado no veía y el haz de luz de la maldita linterna seguía cegándole.

—Ahora, quítate el cepo tú mismo.

—No puedo, no puedo —se quejó Dos Dedos—. Me duele mucho, no puedo. Le compraré unos perros…

—Si no te sacas el cepo antes de veinte segundos, te mato aquí mismo —replicó Hugo Zattoni, inflexible.

Dos Dedos se había visto en muchas dificultades a lo largo de su vida, pero como aquélla, ninguna. Tenía la impresión de hallarse

delante de un hombre que no sabía lo que significaba la palabra «piedad», un hombre que no sentía nada por la vida del prójimo, un hombre que no parecía humano.

Se dio cuenta de que si no hacía lo que se le exigía, aquella pistola comenzaría a vomitar plomo contra su rostro y ya nadie volvería a saber de él. Lo enterrarían en cualquier parte del jardín o lejos, en el campo, y nadie se preocuparía de buscarlo. No tenía residencia fija, era un delincuente habitual que había estado dos veces en la cárcel por delitos menores. ¿Quién iba a preocuparse por su desaparición?

—¿Y mi amigo? —preguntó.

—Han pasado cinco segundos —le advirtió Hugo Zattoni—. Tienes el tiempo contado.

Viendo sólo con un ojo, pues el otro estaba ensangrentado por la ceja totalmente abierta y tumefacta por el culatazo, Dos Dedos forcejeó con su mano lisiada hasta que logró separar los dientes del torturante cepo, pero el pie se negaba a salir de él. Gemía y sabía que los segundos transcurrirían. Temía que la pistola comenzase a vomitar plomo de un instante a otro.

—Te queda muy poco de vida.

—No, no, espere, espere —suplicó atemorizado, ansioso de seguir con su vida miserable, una vida que no valía nada, pero que él no quería perder; era el atávico instinto de supervivencia animal.

—¡Aaaagh!

El sonido del cepo al cerrarse de nuevo, encajándose unos dientes de afilado acero con otros, produjo un estremecimiento en Dos Dedos que acababa de librarse del cepo.

La herida era profunda y el hueso, aun sin saberlo, estaba astillado.

—Tenías que haber muerto aquí, atrapado como una alimaña —le dijo Hugo Zattoni con voz profunda.

—Tengo el pie roto.

—Levántate.

Dos Dedos seguía cegado por el haz de luz de la linterna mientras la pistola le encañonaba.

Consiguió incorporarse aunque encorvado y sin tocar el suelo con el pie herido y manchado en sangre, y aún el dolor no estaba en su fase más profunda porque la herida se hallaba caliente todavía.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó, con la angustia y el miedo reflejado en su rostro.

—Ya lo veremos. Si te portas como yo te pida, salvarás la vida.

—¿No va a entregarme a los guardias?

—No, no vale la pena. Si haces méritos para que te mate, te mataré yo mismo. ¿No es lo que tú hiciste con mis perros?

—Es que yo no soy un perro —protestó, llevándose una mano a la ceja abierta por el culatazo que le dolía intensamente.

Hugo Zattoni le empujó con el cañón de su pistola. Dos Dedos no llegó a caer y avanzó dando saltitos a la pata coja. En ocasiones, no podía evitar tocar el suelo con el pie herido y el dolor se reflejaba en su rostro, pero seguía avanzando.

Sabía muy bien que el tipo que le había atrapado no era un hombre vulgar y corriente, no era un simple vecino de chalet de urbanización. Era un hombre dispuesto a matar, un hombre que pasaba por encima de las leyes y trataba de solucionar los pleitos por sí mismos.

Dos Dedos también sabía que no podía revolverse contra su captor porque estaba herido e incapaz de escapar corriendo. No lograría ni dar diez pasos, no llegaría a ninguna parte. Además, había un detalle importante y éste era que Dos Dedos era más cobarde que su ya desaparecido compañero Ros.

Entraron en la casa.

Dos Dedos quedó impresionado a la vista de los muebles que allí había, por las vitrinas repletas de ídolos de todos los tamaños, tallados en madera, cincelados en piedra o labrados en plata y marfil.

—Te curaré —le dijo.

—Gracias —balbuceó Dos Dedos.

—Te daré un poco de bebida para que se te pase el dolor, pero te advierto que a cambio de la muerte de mis perros vas a tener que hacerme un trabajo.

—Sí, sí, lo que quiera —se apresuró a decir. Después, con la cabeza inclinada de lado, como un animal que teme ser golpeado, preguntó—: ¿Qué clase de trabajo?

—Se trata —comenzó a decir Hugo Zattoni mientras escanciaba un licor espeso dentro de una copa— de representar el papel de monje.

—¿De monje? —repitió, perplejo.

—Sí, pero no temas, será con la cabeza tapada con un capirote. Se trata de una sesión de espiritismo para turistas extranjeros, ellos no van a entender nada.

—¿Espiritismo, cosas de muertos?

—¿Tienes miedo a los muertos? —rezongó Zattoni, alargándole la copa llena de aquel extraño licor.

—Bueno, yo no tengo miedo a los muertos, pero…

—Si no haces el trabajo, te mato —dijo Zattoni con infinita sencillez.

—¿Y después?

—Al día siguiente, cuanto más lejos estés de mi casa, mejor para ti. Por cierto, además de matar a mis perros, ¿qué querías hacerme?

—Yo… yo buscaba a mi amigo…

—¿Tu amigo? Se marchó, le di la oportunidad que voy a darte a ti, pero si luego te veo cerca de aquí, lo vas a pasar muy mal.

Dos Dedos bebió un sorbo del contenido de la copa. Notó su extraño sabor y preguntó:

—¿Qué es?

—Un licor, tiene algo de droga para que no te duela el pie, no quiero tenerte aullando de dolor durante unas horas, claro que si prefieres que te duela, deja la copa, a mí me da la mismo.

Dos Dedos se la bebió de un solo trago y después, chasqueó la lengua groseramente.

—No está mal del todo.

Hugo Zattoni le miró; le pareció una criatura miserable, indigna de ser llamada humana.

—Ahora te encerraré en una habitación hasta que llegue tu momento de actuar. Ya te diré antes lo que debes hacer, va a ser muy fácil, sólo se trata de llevar unas cartas.

—¿Cartas, adónde?

—Harás de cartero entre los turistas y… Pero, camina, camina, ya te contaré.

Le empujó al interior de una angosta habitación de sólida puerta y lo encerró con llave. Zattoni se despreocupó de Dos Dedos que no tardaría muchos minutos en quedar profundamente dormido a causa del licor que había tomado, un licor cargado de adormidera mezclado con aceite de San Pedro, extraído en el Perú. La mezcla de

aquellas drogas, unida al dolor de su pie herido, iba a causarle unas pesadillas horribles, unas alucinaciones oníricas de las que nadie iba a salvarse.

Hugo Zattoni sabía que Dos Dedos, al sufrir el efecto de las drogas en su cerebro, se sentiría como en el mismísimo infierno, padeciendo los tormentos más atroces, pero no iba a apiadarse de él.

Era un castigo que le infligía por tratar de violar a Magny, por merodear su casa, por matar a los mastines, por tratar de infiltrarse en el chalet mientras se suponía que él y Magny dormían, empujado por los más oscuros deseos.

Había decidido capturarle y luego castigarle implacablemente; ya había conseguido lo primero e iniciado el proceso del castigo, un castigo refinado propio de una mentalidad de brujo.

—¿Ha pasado algo, Hugo? —preguntó Magny apareciendo en la escalera, protegiendo su bella cuerpo con una bata de color rojo fuego.

—Sí.

—¿Qué pasará ahora con él?

—Lo dejaré libre después de pedirle que haga algo por mí a cambio de haberme matado los perros.

Magny descendió lentamente por la escalera. Tenía mucho respeto a Hugo, pero no miedo. Ella venía de un mundo donde los hombres con poderes extranormales no eran raros; ella misma había estado en templos perdidos en las selvas y se desenvolvía con la seguridad de la sacerdotisa que dentro del templo se sabe rodeada de ídolos.

—Quería hacerte una pregunta, Hugo.

—Es hora de dormir —objetó él. Mantenía la pistola oculta en el bolsillo de su abrigo negro.

—¿En calidad de qué estoy en este país?

—Pues, muy fácil, estás como hija adoptiva mía.

—¿La documentación está toda en orden?

—Claro, ahora eres ciudadana de este país.

—¿Y cuándo me darás mis documentos?

—¿Dártelos, para qué los quieres? Ya te los guardo yo.

—Es que como nunca he tenido documentos, me siento casi como un animal doméstico. Me gustaría verlos para sentirme

persona.

—Ah, sí, claro. No te preocupes, ya te los enseñaré.

—¿Cuándo?

—Cualquier día; ahora, es mejor que vayamos a dormir. Yo cuidando de ti, se lo prometí a tu madre y tú debes confiar en mí.

—Y yo te lo agradezco, Hugo, pero me agradaría ver mis papeles.

—Creo que has visto demasiado a ese joven del hotel, sería mejor que no volvieras a encontrarte con él, te habrá estado llenando la cabeza de tonterías. No me gusta ese joven, preferiría no volver a verlo por aquí.

—A mí me gustaría volver a verlo —manifestó Magny valientemente, sin apartar su mirada de Zattoni que cada vez se mostraba más inflexible en su actitud—. Me siento muy sola.

—¿Sola? Estamos juntos, y traeré perros nuevos. Podríamos hacer que viniera alguien para limpiar, pero no me gustan las fisgonas y todas las mujeres que entran en una casa acaban fisgando, entrometiéndose, claro que se podría llegar a encontrar a alguien eficiente limpiando y que fuera un poco subnormal… Después de todo, le haríamos un favor dándole trabajo.

—No me entiendes del todo, Hugo. Yo soy una mujer joven y no tengo amigas, es lógico que me agrade la compañía de un hombre como Jordi.

—Ya veremos de solucionar tu problema, Magny. Tengo planes, viajaremos, pero no vuelvas a mencionar a ese joven. Preferiría no volver a verlo y te prohíbo que hables con él a solas.

—¿Y si lo hago? —preguntó, desafiante por primera vez en su vida frente a Hugo Zattoni, el hombre que la había salvado de la justicia tailandesa.

—En ese caso, tendría que castigarte. No me agradaría verme obligado a regresarte a Tailandia y entregarte a la policía. ¿Te das cuenta de que jamás saldrías de la cárcel?

Magny apretó los labios.

Ya estaba advertida, una terrible amenaza pesaba sobre ella. Clavó sus ojos en los de Hugo Zattoni y con su intensa mirada quiso decirle que ella, en situación desesperada, ya había matado y si tenía que volver a hacerlo, lo haría.

Hugo Zattoni comprendió aquella mirada y sin decir nada, se

dirigió hacia la escalera para refugiarse en su habitación.

Del fondo de la estancia donde había quedado encerrado el intruso Dos Dedos, brotó un grito, un alarido desesperado que llenó la casa.

Zattoni se detuvo en su ascenso, se volvió hacia Magny y dijo:

—No te preocupes porque grite, está soñando. Tiene un hueso roto, pero no le sucede nada más. Gritará, pero no hagas caso, duerme.

El horrendo grito se repitió. Dos Dedos había caído dentro del horrendo pozo de las alucinaciones infernales y nadie, más que el tiempo, iba a sacarle de él.

Capítulo XVIII

BENNET se había agenciado con una furgoneta convertible en microbús que solía utilizar para pequeños transportes de su pequeña finca.

Había limpiado el vehículo sin demasiado esmero y colocado en él los asientos que lo convertían en un microbús, dirigiéndose después al hotel Scorpio.

La tarde había sido mala.

El viento había azotado las ramas de los álamos deshojados, trayendo consigo grandes nubes que habían cubierto el cielo. Al llegar la noche había comenzado a lloviznar, y los largos limpiaparabrisas se agitaban monótonos y rítmicos, limpiando el gran cristal del vehículo.

Cuando llegó al hotel, se detuvo frente a la entrada.

Se apeó, corrió unos pasos para mojarse lo menos posible y empujó la gran puerta de cristal, adentrándose en el vestíbulo donde varios de los invernistas aguardaban. Se les notaba que esperaban porque llevaban paraguas, impermeables, prendas de abrigo y cámaras fotográficas con sus *flashes* listos para relampaguear en la oscuridad.

Bennet fue directamente al mostrador donde se hallaba Alexa, pues Jordi Arnot, en ausencia de Joan, atendía el bar. La pantalla de televisión ofrecía un documental seguido de una película en versión alemana para los turistas.

—Ya pueden subir al microbús —dijo Bennet, enfrentado con Alexa.

—Mala noche para divertirse —opinó la mujer.

—¿Divertirse, quién ha dicho que se van a divertir?

Se volvió sin esperar respuesta y observó atentamente los rostros de los siete invernistas seleccionados de la lista para acudir a la primera sesión de invocaciones a los espíritus.

Eran rostros arrugados, blancos sonrosados, rostros que ansiaban ponerse algo más oscuros bajo la caricia del sol mediterráneo; también eran rostros tensos, preocupados, rostros que habían estado pensando en la muerte durante las últimas horas.

Ninguno de ellos se había interesado lo más mínimo por ir a ver la televisión y distraerse con películas; pensaban en lo que habían escrito.

Los siete tenían algún corte en alguna parte del cuerpo, pequeñas heridas de las que habían tomado la sangre necesaria para poder escribir su carta dirigida a los espíritus de los muertos.

Ninguno de ellos se había tomado a broma aquella situación como habrían podido hacer los jóvenes de algún instituto.

—Un momento —le pidió Alexa. Descolgó el teléfono y marcó tres cifras. Luego, interpeló—: ¿Eva?

Hubo unos instantes de silencio y Alexa volvió a hablar.

—Ya están aquí. Vamos, dese prisa.

No hicieron falta más palabras. Al poco, Eva apareció vestida con un impermeable rojo y brillante, debajo del mismo llevaba ropa de lana.

Aunque aquél fuera un lugar de ordinario soleado, el invierno seguía siendo invierno; no obstante, las temperaturas resultaban mucho más benignas que las que los invernistas tenían en su propio país.

Alexa señaló con su mano a Bennet que mantenía una actitud cerrada y poco amable.

—Bueno, ya podemos irnos —dijo Eva.

—Son siete —puntualizó Bennet al contar ocho personas con la mirada.

—Yo soy su guía —objetó Eva.

—A mí me han dicho siete —sentenció Bennet.

—Yo soy como su nurse —dijo Eva sin molestarse lo más mínimo, tomándose a broma la terquedad de Bennet.

—Ellos no salen de aquí si Eva no los acompaña —intervino Alexa—. Son ancianos desvalidos que deben ser vigilados como niños. Si les ocurriera algo, tendríamos problemas. Ahora, el hotel no es verdaderamente un hotel, es como una residencia de ancianos. Cada día pasa una enfermera para darles inyecciones y tenemos el teléfono del médico siempre a punto por si alguno

enferma demasiado. Y también el de la ambulancia por si alguno sufre un infarto y hay que llevarlo al hospital de la ciudad. Todo está previsto, ya se lo he dicho.

Bennet torció el gesto, parecía querer resistirse; al fin, hosco aceptó:

—Vamos todos al furgón.

—Hombre, llámelo microbús, ni que fuera un furgón mortuorio —dijo Alexa, sarcástica—. Están en las últimas, pero todavía caminan.

Eva les habló en alemán. Ninguno de los siete elegidos dijo nada; cada uno de ellos iba ensimismado en sus propios problemas, quizá repitiéndose mentalmente lo que habían llegado a escribir en su carta a los espíritus de los muertos.

Quizá también pensaban en el propio ser ya desaparecido del mundo de los vivos y con el que pretendían comunicarse. Todos los que hacían tal rememoración, deseaban recordarlos vivos y en buen estado de apariencia física, pues la imagen de un cadáver ya corrompido, que era lo que realmente debían ser, no les hada agradablemente visibles.

Bennet abrió las portezuelas del furgón y todos se metieron dentro.

Al poco, el motor arrancaba, soltando su pestilencia de gasóleo por el tubo de escape. Bajo la lluvia nocturna, se alejaron del hotel.

Eva era la que mejor se sentía.

Tenía ya algunos años de experiencia pese a su juventud y sabía mucho de chóferes. Los había graciosos y joviales, los que canturreaban o explicaban chistes. Los había sobrios, poco o nada habladores, pero que cumplían perfectamente su labor de conductores; también los había que parecían peleados con el mundo entero, odiando a cuantos se cruzaban con ellos en la carretera, seres con los que era mejor no hablar.

Con esta última clase de chóferes, Eva prefería no hablar, no cambiar impresiones. Les dejaba hacer, esperando que no se produjera ningún desagradable accidente de tráfico.

Iniciaron el viaje en microbús desde el hotel Scorpio a la urbanización en uno de cuyos extremos, como un apéndice, estaba la propiedad de Hugo Zattoni.

La fría lluvia hizo más largo el viaje.

Los cristales estaban empañados y no se podía ver nada del exterior, sólo las luces de los vehículos que les venían en contra en el tramo de la carretera.

Una vez introducidos en la urbanización que había que atravesar, dejaron de ver luces. Los solitarios chalets, a merced de los salteadores nocturnos, se hallaban en la más completa oscuridad y las casas que en verano aparecían como lugares espléndidos de paz y diversión, ahora emergían como sombras, como monstruos agazapados bajo las copas de los árboles, acechando a sus víctimas.

La implacable lluvia atravesaba los haces de luz de los faros del microbús y justo cuando llegaban a la residencia de Zattoni, un relámpago se ramificó entre las nubes. Iluminó la noche lluviosa y fue a morir en alguna parte, no lejos de donde estaban, quizás en algún pararrayos oportunamente colocado. El estruendo hizo vibrar todo el furgón.

Los ancianos, propensos a creer en la existencia de seres espectrales y fantasmales, se estremecieron; aquella lluvia les recordaba más a su tierra natal.

Bennet maniobró con el microbús delante del atrio de la casa y tocó el claxon advirtiendo de su llegada.

Al abrirse la puerta del hotelito, apareció Magny vestida con una especie de largo abrigo de piel. Había encendido la luz.

Los ancianos abandonaron el helado microbús donde habían pasado auténtico frío y entraron rápidamente en el hotelito. Sin que nadie les dijera nada, se agruparon como animales indefensos, temerosos de ser atacados.

Magny cerró la puerta y Bennet quedó fuera de la casa.

En la amplia chimenea ardían unos leños, podía decirse que el saloncito estaba caldeado, lo que agradó a los invernistas que se sintieron atraídos, fascinados por las oscilantes llamas.

Distendiendo un poco sus nervios, se dedicaron a observar mejor su entorno y se sintieron atraídos por las vitrinas donde Hugo Zattoni encerraba sus ídolos, sus pequeños tesoros recogidos a lo largo de muchos años de viajes por todo el mundo.

Eva se adelantó hacia Magny. Como ya había oído hablar de ella, le preguntó:

—¿Tú eres la hija del profesor?

—Si se refiere a Hugo Zattoni, sí.

—Hola. Yo soy la guía de los ancianos.

—Dígales que les voy a servir unas galletas y una copa de licor para que se sientan más a gusto. Es una noche desapacible y habrán llegado con frío.

—Me parece bien.

—Pueden tomarlo mientras miran las vitrinas, mi padre lo está preparando todo para la ceremonia.

Magny dispuso dos bandejas sobre la ancha mesa y unas copas que llenó con licor.

Eva les habló y todos tomaron galletas y bebieron lo que les pareció un exótico licor del país, pero que para cualquier español resultaría tan exótico como para ellos.

Lo que ni la propia Magny sabía era que aquel licor, para quien estuviese acostumbrado a él, no tenía ningún problema, pero de haber sido analizado en un laboratorio farmacéutico, habrían terminado calificándolo como droga alucinógena y a la vez sedante del sistema motor del cuerpo humano.

Los nervios se fueron relajando.

Comenzaron los cuchicheos entre ellos y, poco a poco, se dispersaron hacia las estanterías y vitrinas para ver más de cerca todo aquel tesoro de ídolos que muchos no querrían tener en sus casas por temor a las maldiciones.

La leña seguía ardiendo con fuerza, se veían llamas altas y agradables. Algunos hicieron preguntas a Eva y ésta se las tradujo a Magny que había aprendido muy bien la lengua de su padre adoptivo porque tenía una facilidad natural para los idiomas.

Con su exótico y sensual acento, explicó lo que pudo, sin detallar demasiado. Eva, a su vez, floreaba todo lo que podía la traducción para atraer la atención de los curiosos ancianos. Todo lo que fuera oculto dentro de lo religioso, lo esotérico, lo cabalístico, lo misterioso, atraía poderosamente a aquellos ancianos.

Ellos mismos, con menos años, no habrían prestado atención a todo aquello, pero ahora que se veían más cerca de las puertas de la muerte, ansiaban averiguar qué había tras ellas.

Querían provenirse, no estaban nada seguros de cuanto les habían contado en la infancia, en su juventud o en su vida adulta sobre el más allá.

—*Ladies and gentlemen, meine Damen und Herrert*…

Todos se volvieron hacia la escalinata por la que descendía Hugo Zattoni.

Vestía impecable frac. Su camisa era muy blanca, realzada por el negro del frac, con botonadura de oro. Iba mejor peinado que de costumbre y lucía una sonrisa felina que ponía al descubierto sus agudísimos colmillos.

Había tintado sus cejas y sombreado en azul sus párpados; se había preparado como para salir al escenario de un teatro. Allí no había reflectores, pero él se sentía seguro, por encima de sus espectadores.

—Sírveles otra copa, Magny.

La joven asintió con la cabeza y escanció la bebida de la botella.

Algunos invernistas no bebieron más, ya habían tomado suficiente.

—¿Han traído las cartas?

Todos asintieron con la cabeza excepto Eva.

—Dejen sus ropas. —Como estuvieran tomando fotografías de las vitrinas, Zattoni pidió—: No hagan fotos. Dejen sus cámaras aquí, nadie se las va a tocar.

Los alemanes semejaron protestar y se encararon con Eva para que les defendiera, pero Hugo Zattoni se mostró firme en su decisión.

—Lo siento, las fotografías son inviables en esta situación. Insisto, no voy a ofrecerles un juego de magia de salón, no voy a ofrecerles una vulgar sesión de espiritismo. Vamos a llevar a cabo una ceremonia de invocación a los espíritus de los muertos. Cualquier inoportuna interrupción puede romper el clima y los espíritus no acudirán.

—¿Vendrán los espíritus de nuestros muertos? —preguntó una mujer.

—Ignoro cuáles acudirán. Ustedes, en sus cartas, han hecho solicitudes; quizás acudan, quizá no sean los que ustedes desean ver, pero lo que sí puedo asegurarles es que las cartas llegarán a ellos y luego, es posible que reciban respuesta de alguna forma, en sueños, con apariciones. Yo creo que sí aparecerán, pero no puedo saber cómo. De todos modos, les rogaré que quienes con posterioridad tengan alguna relación con los muertos a quienes han dirigido sus cartas, me lo comuniquen. Incluso, podría llegar a

prepararles sesiones especiales privadas en las cuales la comunicación con ellos sería más intensa.

—¿No ofrece usted lo mismo que los espiritistas al uso? —preguntó uno de los hombres allí reunidos.

—Usted mismo lo comprobará.

Los ojos de Hugo Zattoni se mantenían vigilantes. Estaba seguro de sugestionar a sus visitantes, no sólo con su fuerte y acusada personalidad, sino también con la ayuda del licor que les había dado a beber, un licor que los recién llegados habían tomado incautamente.

—Dejen todo lo que les estorbe aquí sobre la mesa, y con la carta de cada uno en su mano, síganme.

Anduvo hasta la puerta cerrada que Magny conocía muy bien.

Eva se puso al frente del grupo. Era la única que no llevaba sobre con carta, sus manos estaban vacías. Hizo unos guiños, tuvo la impresión de que las figuras, las cosas, se alargaban a sus ojos.

Dedujo que lo que le sucedía debía ser cansancio, falta de sueño, o por no colocarse las gafas que solía usar cuando tenía que leer largo rato.

De pronto, sintieron el olor a cera quemada mezclada con extractos de hierbas extrañas. Todos notaron aquel intenso olor que ahogaba como si les faltara oxígeno para respirar, más nadie se quejó; la droga ingerida ya comenzaba a surtir efecto.

Allí estaban los candelabros con sus gruesas velas rojas y negras encendidas, iluminando la gran arca que se hallaba centrada como un féretro sobre su catafalco.

La sensación era funeraria. Las paredes tapizadas en tela negra mate no producían reflejos de luz, sólo las llamas estirándose hacia lo alto como diminutas lanzas vivas.

—Es un poco tétrico todo esto —musitó Eva.

En tono bajo, como si viniera de muy lejos, comenzó a dejarse oír una música desconocida para los que allí habían acudido, una música que ignoraban de dónde procedía.

Unos altavoces sofisticados y ocultos dejaban escapar la música que un magnetófono estéreo Hi-Fi extraía a una cinta magnética en otra estancia.

De pronto, surgió una danzarina que recubría todo su flexible

cuerpo con una tela elástica que se convertía en una segunda piel.

Su hermoso rostro quedaba cubierto por una máscara que era una calavera humana. Aquella danzarina representaba a la muerte misma, evolucionando erótica y macabra al mismo tiempo.

Se filtró entre los candelabros y subió sobre la impresionante arca de madera negra y tallada, tan antigua que los siglos se perdían en su historia.

Con los mensajes preparados para ser llevados al más allá de la muerte sujetos entre sus dedos, los invernistas siguieron con los ojos las contorsiones y ondulaciones de Magny.

No se dieron cuenta de que las proporciones se perdían ya en sus mentes.

La figura de la muerte interpretada por Magny, se alargaba y estiraba, se encogía, se llenaba de intensos colores mientras el sonido se mezclaba con las imágenes en una situación alucinante.

Era como si, de pronto, se hubieran sumergido en las simas avernales, como si el mundo del que procedían hubiese quedado tan lejos que ya fueran incapaces de regresar a él.

Más, habían perdido la capacidad de rebelarse, habían dejado de ser como agónicos moribundos que ante la muerte se revolvían rabiosos, babeantes de desesperación, porque una vez entregados a ella, tras exhalar el último suspiro, ya todo era entrega.

Magny, como siempre, se volcaba, se transformaba en la danza. A ella no le hacía falta ningún bebedizo alucinógeno para sustraerse a la realidad que le rodeaba, a la gravedad que la atraía hacia la tierra porque era capaz de despegarse de ella sin darse cuenta, sin hacer ningún esfuerzo.

Su cuerpo era etéreo y en aquella danza macabra, aún lo parecía más porque la muerte era etérea, ingrávida; sólo eran grávidos los cadáveres que se dejaban resbalar hacia el fondo de las fosas de dos metros de profundidad para que la corrupción quedara lejos de la visión de los vivos, para que no pudieran escapar y perturbar la noche de los que aún seguían viviendo.

Los invernistas, incluida Eva, jamás habían presenciado nada semejante porque no sólo era lo que sucedía ante sus ojos, sino la mezcla que se conseguía en el interior de sus mentes. Magny era la muerte misma.

Magny desapareció. La música siguió sonando, aunque en tono

más bajo. Ahora, era una música de órgano convencional la que lo llenaba todo, penetrando en cada uno de los presentes a través de la piel, de las raíces de los cabellos, de los mismos ojos además de los oídos.

Lo que parecía imperceptible pero que sí percibían y transformaban en imágenes en sus cerebros los allí reunidos, eran unos chillidos mezclados con la música de órgano. Era como si el órgano no funcionase bien, mas, no era así. Eran chillidos de ratas mezclados, rumores amplificados del movimiento de un hormiguero gigante, siseos amenazadores de seres dispuestos a atacar, lamentos muy lejanos, como si surgieran del fondo de las lápidas de un cementerio olvidado.

Todo quedaba mezclado con la música; sonidos que en cualquier otro lugar, escuchados por personas que no estuvieran en su misma situación, no sabrían distinguir ni siquiera captar, pero que ellos a transformaban en imágenes vivas dentro de sus mentes, aterrándolos, anquilosándolos.

Ninguno de los que allí estaban era capaz de moverse, ni siquiera para huir despavoridos. Era como si sus cuerpos hubieran sido atenazados, y lo estaban hasta tal punto, que ni siquiera se daban cuenta de ello.

Ceremoniosamente, Hugo Zattoni se acercó al arca entre los grandes cirios que ardían pestilentes. Puso sus pulgares sobre los ojos de una de aquellas máscaras demoníacas y se abrió el cajón que dejaba al descubierto el libro de las invocaciones.

Tomó el pesado libro cuyas tapas eran de recio cuero, con herrajes metálicos de extrañas aleaciones y hojas de finísima piel. Lo colocó sobre el atril que tenía dispuesto, lo abrió y comenzó a leer las invocaciones escritas en sánscrito antiguo.

Nadie entendía nada y nadie se preocupaba de entenderlo.

Hugo Zattoni alzaba los brazos y elevaba o bajaba el tono de su voz que se hada aguda o grave según el pasaje. Hasta las llamas de los cirios semejaron temblar al influjo de aquellas invocaciones, como si comprendieran los mensajes.

Hugo Zattoni dejó de invocar, como si hubiera concluido un demoniaco salmo, y se acercó al arca que emitió una especie de rumor profundo, como si tierra y aguas se movieran en su interior.

Alzó la tapa con facilidad, como si con sus invocaciones hubiera

abierto una cerradura invisible.

Todas las miradas de los expectantes invernistas se concentraron en el arca abierta donde no parecía haber nada; sin embargo, ellos sabían que allí sí había algo.

Hugo Zattoni se retiró de nuevo frente a su libro de las invocaciones.

Prosiguió con sus extraños e ininteligibles salmos infernales y apareció un nuevo personaje en escena. Era un hombre vestido con el sayo de monje hasta los pies y cordón negro al cinto del que pendían una calavera tallada en madera blanca.

Su cabeza estaba cubierta por un alto y cónico capirote en el que sólo asomaban los ojos.

Aquel monje negro cojeaba al avanzar, casi podían oírse sus gemidos cada vez que uno de sus pies se apoyaba en el suelo.

Anduvo hacia los ancianos que deseaban comunicarse con los seres muertos, con los que tardarían mucho tiempo en reunirse.

El pseudomonje fue tomando las cartas una a una de las manos de los ancianos que tenían sus ojos muy abiertos, alucinados.

El falso monje se detuvo frente a la guía Eva que no tenía ninguna carta entre sus manos, lo que le desconcertó. Buscó una respuesta en los ojos azules de la mujer, pero ésta nada podía decirle.

Eva le veía como a un ser más de aquel mundo infernal en el que había penetrado sin desearlo. De poder hacer algo, lo joven hubiera empezado a gritar, a gritar horrorizada, pero su garganta estaba sellada por un lacre maligno con el sello mismísimo de Satanás.

El pseudomonje, que no dejaba ver más que sus ojos, se acercó con los siete sobres hacia el arca abierta. Tenía que depositarlos dentro de ella tal como se le había ordenado.

Dos Dedos se enfrentó al arca iluminada por los cirios que ardían, escuchando aquellas invocaciones que no comprendía, pero que le causaban inquietud.

Cuando fue a depositar los sobres allí dentro, surgieron manos, varias manos huesudas y descamadas, como si brotaran del interior de una tumba abierta donde los cadáveres hubieran retomado a la vida.

Las cartas cayeron al interior del arca, pero Dos Dedos fue

atrapado por las muñecas.

Chilló de terror y trató de huir hacia atrás sin conseguirlo.

Aquellas manos tenían una fuerza muy superior a la de aquel desgraciado que cojeaba debido a los afilados dientes de acero de un cepo para atrapar grandes alimañas.

Dos Dedos se debatía angustiosamente, pero aquellas manos tiraban de él introduciéndole en la caja mientras aparecían otras que ayudaban a las primeras. Todo ocurría ante los ojos atónitos de los alucinados ancianos que pretendían comunicarse con los espíritus de sus muertos.

Los gritos de terror se expandían por la lúgubre estancia.

Dos Dedos fue introducido en la caja contra su voluntad y la tapa se cenó sola.

Lentamente, la música dejó de sonar y Hugo Zattoni concluyó sus invocaciones. Era difícil determinar lo que los allí presentes habían llegado a ver.

—Salgan, la ceremonia ha terminado —dijo Hugo Zattoni con voz profunda.

Recogieron sus cosas como autómatas sin voluntad propia, adormecidos por misteriosas y malignas drogas, y fueron conducidos hacia el exterior donde aguardaba Bennet en el microbús.

La lluvia repiqueteaba sobre el vehículo. Las portezuelas se cerraron y los faros, como ojos monstruosos, perforaron la cortina de agua que se desprendía de un cielo negro, sin estrellas.

Capítulo XIX

HUGO ZATTONI volvió su rostro hacia las dos jaulas que se hallaban dentro del furgón y en cada una de las cuales había un dóberman grande, uno era macho y el otro, hembra. Ambos ladraban broncos, amenazadores, mostrando sus poderosas mandíbulas terriblemente armadas. Sus ojos eran sanguinolentos, dos auténticas fieras dispuestas a matar.

—¿Qué edad tienen? —preguntó Zattoni.

Bennet, siempre parco en palabras, respondió:

—Catorce meses el macho y dieciséis la hembra.

—¿Consanguíneos?

—En absoluto, pueden reproducirse con toda garantía. Son dos magníficas bestias de guarda.

—¿Atacarán todo lo que se les ponga por delante?

—Así es, y sólo comen lo que tenga olor a aceite de hígado de bacalao. He traído varias botellas. Una cucharadita en cada comida es suficiente, y además les aporta las vitaminas necesarias para que se conserven sanos.

—¿Y para que me obedezcan?

—Ordenes en alemán y tiene que humedecerse los zapatos con un poco de lo que contiene esta botella.

—¿Y qué es? —preguntó.

—Un extracto de hierbas secreto. Usted se humedece los zapatos, un poco de este líquido es suficiente, los perros lo olerán a distancia y no le atacarán, pero si alguien entra en el jardín sin llevar ese olor y ellos no están encadenados, correrá la sangre. También funciona este silbato, ya le daré el código de pitidos que ellos respetan.

—Bien, me parecen buenos perros, soltémoslos.

—Primero, impregnemos nuestros zapatos con este líquido, no quisiera que nos atacaran.

El tapón llevaba incorporados un pincelito que se introducía en el líquido. Ambos se dieron unas pinceladas en los costados de los zapatos mientras eran observados desde una ventana por los ojos vivaces y hermosos de Magny.

Bennet soltó a los perros tras comprobar que la verja del jardín estaba cerrada.

Los dóberman, preparados para una guardia implacable, saltaron de sus jaulas y se revolvieron. Acercaron sus hocicos a los zapatos de los dos hombres y se tranquilizaron, dejando de ladrar.

—No les va a gustar el olor que dejaron los mastines —advirtió Bennet.

—Démosles comida y algún sedante si hace falta.

Bennet puso las cadenas a los collares armados de púas de los dóberman y los condujo a la perrera. Allí, aquellos animales preparados para matar, se pusieron nerviosos, ladraron con fuerza.

—Huelen a los mastines —dijo Bennet.

—Ya se acostumbrarán.

Bennet soltó las cadenas y los dejó encerrados en la perrera que consistía en un espacio de unos diez metros cuadrados con suelo de cemento y una tela metálica insalvable para los animales.

Al fondo había una caseta donde refugiarse en caso de lluvia y para dormir. Desde el exterior, con una manguera, se limpiaba todo el recinto.

—Estos malditos —gruñó Bennet—. Y eso que eché lejía fuerte por toda la perrera para quitar el olor de los mastines.

—Ya se acostumbrarán —repitió Hugo Zattoni.

Bennet dijo:

—Me encargaré yo de darles de comer ahora.

—Mételes varias pastillas de Valium para sedarlos. En tres o cuatro días se habrán acostumbrado a este lugar y lo considerarán suyo.

Bennet asintió con la cabeza. Hugo Zattoni regresó al interior de la casa y buscó a Magny.

—¡Magny!

—Sí.

La muchacha se le acercó.

—Voy a salir. Tú te quedarás aquí hasta que yo regrese. Ah, y no salgas al jardín mientras yo no esté. He comprado un par de

dóberman y son muy fieros, podrían saltar sobre ti y despedazarte. Estos perros impedirán que ningún otro intruso vuelva a entrar en la propiedad. Estamos en un lugar muy solitario y los maleantes merodean especialmente por sitios como éste.

—¿Ya no podré salir más de la casa?

—No, mientras los perros anden sueltos. Por supuesto, los encerraré en la perrera y entonces sí podrás pasear, pero mientras yo esté ausente, es mejor que no salgas porque ellos vigilarán en torno a la casa.

Hugo Zattoni abandonó la propiedad a bordo del propio furgón, junto a Bennet, Magny se atrevió a salir al jardín con cierto temor al no ver a los perros por parte alguna.

Anduvo hasta la perrera y allí, los dos feroces dóberman saltaron furiosos contra la tela metálica queriendo traspasarla mientras ladraban broncamente.

Magny no pudo resistir el impulso de echarse hacia atrás.

Al verla, los perros parecían haber enloquecido de ferocidad. De poder perforar con sus cuerpos la tela metálica fuertemente sujeta y tensa, habrían despedazado a la joven Magny.

Se apartó.

Se daba cuenta de que jamás congeniaría con aquellos perros; no eran como los mastines que la habían defendido. Aquellos dóberman la matarían si la descubrían sola, eran perros peligrosos y sanguinarios, entrenados para matar.

Regresó al interior de la casa y cerró la puerta.

Entró en el despacho de Hugo Zattoni, allí tenía sus ídolos infernales más apreciados, incluso había uno de oro puro dentro de una campana de cristal.

Magny se dirigió al sólido y pesado escritorio. Comprobó que estaba cerrado y que la llave no estaba por parte alguna. Miró alrededor, preocupada, todos aquellos recuerdos, arrancados de templos perdidos y milenarios, parecían contemplarla.

Suspiró con cierta desesperanza y al final, optó por colocar la palma de su mano sobre el agujero de la cerradura. Se concentró, casi cerró los ojos, se puso en tensión. La energía telecinética se agrupaba en su cuerpo, pasaba a través del brazo y salía por su mano.

Su rostro se perló de sudor, el esfuerzo era grande.

Su mente estaba concentrada en el interior de la cerradura, era como si estuviera viendo los engranajes.

Se produjo un chasquido y Magny suspiró profundamente. Tuvo que sentarse en la butaca, exhausta; dejó pasar unos minutos y después, sólo tuvo que tirar del cajón que ya estaba abierto. Era como si acabara de introducir una llave en la cerradura, dándole la vuelta.

Lo primero que descubrió fue la pistola Colt 25. La miró, más no la tocó con sus dedos.

Se fijó en el pasaporte de Hugo Zattoni y otros documentos que allí había. Abrió el pasaporte, lo leyó y después examinó otros documentos, descubriendo una tarjeta de identidad nacional española en la que estaba su propia fotografía.

La leyó detenidamente y comprendiendo que si la sacaba de allí, Hugo Zattoni lo advertiría, tomó nota de su propio nombre, de su lugar de nacimiento y de la fecha y el número del documento.

Se guardó el papel con todos sus datos y volvió a meter la tarjeta de identidad en el cajón. Se fijó mucho en la pistola Colt 25 y al final, optó por cogerla.

Capítulo XX

LAS manos masculinas izaron la persiana de la habitación. Entró un sol tibio que iluminó la cama en la que se arrebujó Eva, la guía de los turistas alemanes.

—¿Eh? ¿Qué hora es?

—Hola. Me he permitido traerte un vaso de leche a la cama —le dijo Jordi Arnot.

—¿Cómo has entrado?

—Con la llave maestra, como un ladrón de hotel.

—A esto se le llama allanamiento de morada, ¿no?

—Mi morada la allanaron también por la noche.

Eva se medio sentó en la cama, aún medio cegada, arreglándose el cabello con los dedos de su mano derecha.

—¿Y qué te ocurrió?

—Me violaron.

—Pobrecito.

Tomó el vaso de leche caliente que le ofrecía Jordi Arnot y bebió de él. Cuando había consumido la mitad, preguntó:

—Eso de ofrecerme leche aquí, en la cama, en mi propia habitación, ¿tiene algún oscuro significado?

Jordi se sentó en el borde de la cama y cogió con naturalidad las piernas de la mujer que se hallaban bajo la manta. Notó sus formas. Ella no protestó y siguió bebiendo la leche lentamente, mirando al hombre joven, fuerte y bien parecido. Su mirada era entre interrogante y desafiante.

—¿Qué pasó en la casa del mago?

—¿La casa del mago? Ah, si —suspiró—. Tiene una casa muy especial para reuniones espiritistas. Ese tipo sabe lo que se hace y tiene poder para hipnotizar.

—Muy probable, pero ¿qué más sucedió?

—Para mí resultó horrible, no sé lo que fue real y lo que no.

Creo que estuve hipnotizada. Recuerdo que había un monje que gritaba desesperadamente mientras los espíritus se lo llevaban consigo.

—Eso debió ser una pesadilla.

—Sí, seguro.

—¿Y las cartas?

—Las metieron dentro de un arcón negro, como si fuera un gran buzón de correros.

—¿Abrieron el arcón?

—Sí.

—¿Quién lo hizo?

—El brujo, le oí cantar mucho.

—Y al abrirlo, ¿qué salió?

—¿Qué iba a salir? Estaba vacío.

—¿No visteis nada?

—Sí, sí, claro que vi. Había espíritus horrendos que atraparon al monje y se lo llevaron al interior de la caja. Él gritaba y yo vi monstruos horrendos, pienso que vi al mismísimo Satanás. Nunca he estado en una situación semejante, jamás he pasado tanto miedo como el que pasé en aquella casa, creí volverme loca. La noche, la lluvia, los relámpagos, los gritos de horror, las invocaciones, la música, la danza de la muerte… Pero, supongo que todo era falso. Nos hipnotizó colectivamente y nos hizo creer todo lo que quiso. Si hubiera pretendido que viéramos un barco volando en aquella oscura habitación, lo habríamos visto también.

—Entonces, ¿no crees que nada de lo que viste fuera verdad?

—No, claro que no, no creo en esos seres infernales.

—¿Aunque los llegaste a ver?

—Te repito que nos hipnotizó y podíamos ver cualquier cosa. Si en vez de ser un brujo luciferino hubiera sido un iluminado religioso, habríamos acabado viendo imágenes religiosas, a Cristo o a alguien de la Biblia.

—¿Y los ancianos que llevaron sus cartas?

—No sé, las dejaron allí. A su edad, se es más crédulo con las cosas de la muerte y del más allá. Si les preguntas, te contarán que todo fue verdad, como si hubieran descendido al infierno, como si de la caja hubieran salido diablos escoltando a los espíritus de los muertos. Como pagaron cien marcos, preferirán creerlo todo para

no sentirse estafados. Jordi Arnot se miró las muñecas en las que todavía se notaban las moraduras. Estuvo indeciso unos momentos, pero prefirió no decirle nada a Eva; quizá la joven había estado más cerca de un mundo horrendo de lo que ella suponía.

—¡Jordi! —le interpeló cuando él se había levantado de la cama y ya se dirigía hacia la puerta.

—¿Sí?

—¿Te vas?

—Claro. En este maldito hotel falta tanto personal que hasta se ha muerto el propietario. Por lo visto, sirvo para hacer de barman, pero no me dejan jugar a propietario.

—Tonto, quédate un ratito más.

Tras aquellas palabras, Eva apartó las ropas de su cuerpo, dejándolo sólo cubierto por el corto camisón. Debajo no llevaba nada más.

—Gracias, será en otro momento —dijo él, saliendo de la alcoba.

Cuando regresó a conserjería, se encontró con quien menos esperaba ver de nuevo en aquel lugar.

—¡Joan!

—Hola. ¿Cómo continúa este hotel, siguen asesinando a la gente? —preguntó Joan sarcástico, con profundas ojeras.

—Me alegro de volver a verte.

—¿Ah, sí? No serás tú el asesino, ¿verdad?

—No digas tonterías. Desde el primer momento estaba seguro de que no habías sido tú y le dije a Alexa que terminarían soltándote, que no llegarías a ser procesado.

—Alexa me tiene manía, ella es una frígida.

—Bueno, será mejor que no la provoques, aunque comprendo que estés de malhumor. ¿Has dormido?

—Sí, algo.

—¿Ha sido duro el interrogatorio?

—Yo diría que muy pesado, pero si te refieres a si me han dado «leña», pues no.

—¿De veras no llevaste tú mismo la muñeca a tu propia habitación?

—No, seguro que no. Me gustan las revistas y los videos porno, pero nunca había tenido una muñeca erótica, claro que yo ya sé quién es el asesino.

—¿Ah, sí, quién?

Jordi Arnot pensó que podía tratarse de una simple bravata. Era lógico que presumiera de saber quién era el asesino después de permanecer encerrado tres días; de este modo, se exculpaba totalmente.

—¿Habéis cerrado el bar en mi ausencia?

—No.

—¿No? No me digas que Alexa…

—No, me ha tocado a mí hacer de barman, creo que hasta he inventado algún cóctel. —Bueno, ya me lo contarás mejor. Por cierto, ¿dónde está ahora Alexa?

—En su despacho, será mejor que vayas a verla.

—Veremos qué dice la directora. Cualquier día le empapelo las paredes de su despacho de hombres desnudos, para que vaya entrando en calor.

—Un momento, Joan… ¿De veras no sabes quién te puso la muñeca erótica en el cuarto?

—¿Crees que si lo supiera no se lo habría dicho a la policía?

—Tienes razón. Ah, esa muñeca la puse yo.

—¿En mi habitación? —Brincó Joan.

—No, claro que no, la metí en el maletero del coche grande.

En aquel momento, sonó el timbre del teléfono que se hallaba sobre el mostrador. Jordi Arnot lo descolgó por automatismo, como si se dispusiera a recibir la llamada desde Alemania de algún pariente o amigo de los invernistas.

—¿Aló?

—Jordi.

—Ah, Magny, eres tú.

Reconoció de inmediato la voz exótica y sensual, distinta y cálida.

—Jordi, quiero verte.

—Yo también.

—Es que quiero contarte cosas…

—Yo también —dijo él, de nuevo.

—Tonto, yo quiero contarte cosas importantes.

—Las mías también lo son. ¿Cuándo nos vemos?

—Hugo no quiere que te vea más. Ha comprado dos perros asesinos que no van a dejar que nadie se acerque a la casa ni que yo

salga de ella.

—Vaya con el brujo, de modo que te ha convertido en su prisionera.

—No es ninguna broma, Jordi, no lo es. Hugo tiene poderes y no le importa matar.

—¿Quieres decir que ya ha matado?

—Sí.

—Eso es grave, habrá que llamar a la policía.

—No, no le podrán acusar de nada. Jordi, necesito hablar contigo.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—El mejor momento es cuando estén con las invocaciones, en la ceremonia de las cartas a los espíritus de los muertos.

—Ah, muy bien, esta noche vuelve a tocar. Esperemos que no llueva otra vez.

—Hugo no quiere verte. Si vienen los viejos, los perros estarán encerrados. Mientras ellos estén en la ceremonia, yo te esperaré en la entrada, tengo algo importante que decirte.

—Estaré ahí, no te preocupes.

—Jordi, ¿me quieres?

—Sí, claro.

—Si pudieras, ¿me llevarías contigo?

—Naturalmente. Eres lo más hermoso que he visto jamás.

—Pues ven, ven a buscarme y me iré contigo.

—¿Y qué hará Hugo Zattoni?

—Tengo documentación española y soy mayor de dieciocho años.

—Magnifico, entonces eres libre.

—No es tan fácil, Jordi, no es tan fácil. Hugo tiene poderes, habla con los espíritus de los muertos y ellos son infernales.

—Bah, trucos, sólo trucos para asustarnos y la verdad es que lo consiguió. No sé de qué estarán hechas esas manos que me apresaron por las muñecas, es muy listo ese brujo, muy listo, pero…

—Voy a colgar, él viene.

Y se escuchó el pitido que advertía que se acababa de cortar la comunicación. Jordi Arnot se quedó con el teléfono en la mano, pensativo; se preguntaba si en aquel momento Magny estaría corriendo grave peligro.

—Jordi.

—Ah, eres tú, Mireya.

—Pareces dopado.

—Yo no tomo drogas.

—Era una broma. Oye, los viejos que fueron a la casa del brujo no han bajado a desayunar ni a almorzar.

—Estarán durmiendo.

—Todos se han encerrado y han puesto en sus puertas el cartelito de «NO MOLESTEN». —Pues déjalos tranquilos, ya sabes que los viejos pueden pasar muchas horas sin comer. Además, llevan chocolatinas y caramelos en sus maletas, los tíos no se fían de nuestra cocina y hacen bien, claro que para lo que pagan, ¿qué se les va a echar?

—Me ocuparé de despertarlos.

—Ah, antes de que se me olvide…

—Tú dirás —respondió Mireya.

—Esta noche, tú acompañarás a los viejos a la ceremonia de los espíritus.

—¿Yo?

—Sí, lo ha decidido Alexa y me ha encargado que te lo dijera. No te preocupes, será una experiencia nueva para ti. Si ves espíritus, mañana me lo cuentas.

—No me gusta.

—En estos tiempos de tanto desempleo, hay que desvivirse por la empresa; si no, ésta se hunde y todos a la puta calle.

—Está bien, iré.

Alargó su mano y cogió la de la mujer.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó ella.

—¿Fuiste tú la que se metió en mi cama?

Capítulo XXI

EL grupo de ancianos que debía acudir a la ceremonia que iba a celebrarse aquella noche en la casa de Hugo Zattoni, esperaba en el vestíbulo del hotel Scorpio, tal como se les había indicado.

Cada uno de ellos guardaba dentro de un sobre aquella carta escrita con su propia sangre y con la que se comunicarían con los espíritus de sus muertos.

Aquella noche no llovía, pero se había levantado mucho viento, un ventarrón que arrastraba los cumulonimbos, grandes como castillos, de nordeste a sudoeste. Cuando las nubes se rasgaban, aparecía una espléndida luna redonda, blanca y virginal, aunque ya había sido hollada por el hombre terrícola que se había atrevido a ir hasta ella y pisarla, conculcándole su dominio.

Mireya no tenía muy buena cara. Jordi Arnot sabía que le había pedido a Alexa no ir a aquella visita, pero la directora le había respondido que debían repartirse el trabajo, ya que estaban faltos de personal.

Alexa no entraba en razonamientos, se había puesto muy nerviosa desde la llegada de Joan para reincorporarse a su trabajo, pues ello presuponía que el asesino aún andaba suelto.

Los huéspedes alemanes ignoraban la presencia de Joan, ya que Alexa lo había sacado por una puerta posterior, dándole una semana de vacaciones pagadas.

No quería que los huéspedes supieran que el asesino del propietario del hotel seguía suelto, aunque Alexa esperaba la llegada de la policía, quienes reanudarían los interrogatorios.

El comisario Roldán la había llamado por teléfono para hacerle algunas preguntas sobre la vida privada de Van Erick y Alexa temía verle por allí, ya había ingerido varias pastillas para tranquilizarse.

Cuando se abrió la puerta del hotel y apareció Bennet, Jordi le dijo a Mireya:

—Ya puedes conducirlos al microbús.

—Podrían ir solos, ya son bastante mayorcitos.

—Tienes que vigilarlos. Si les sucede algo, la agencia de viajes que nos los ha enviado va a causamos muchos problemas.

—¿Y qué más da? Este hotel se hunde.

—No creas. Aunque los herederos de Van Erick no quieran continuar en el negocio, alguien lo va a comprar y quien lo compre, no creo que lo haga para dejarlo muerto. Mireya se llevó a aquel grupo seleccionado de ancianos que durante el día habían tratado en vano de ponerse en contacto con los que habían acudido a la primera ceremonia que les ofreciera Hugo Zattoni.

Jordi Arnot los vio marchar en el microbús. Sabía que al poco tendría que ir al mismo lugar con su coche, pero de forma furtiva para encontrarse con Magny.

—Jordi.

—Ah, hola, Eva.

—Oye, ¿qué pasa con los ancianitos que acompañé a la ceremonia?

—¿No han bajado a cenar?

—Tres sí y están como zombies, son los casados, dos mujeres y un hombre. Menos mal que tienen a sus parejas y éstas ayudan, porque tienen unas caras que da miedo verles.

—¿Y los otros?

—Los otros cuatro, no sé.

—Vamos a ver, ¿tienes los nombres?

—Sí.

—Los amaremos.

Jordi Arnot comenzó a telefonear a las habitaciones de los que faltaban, dos hombres y dos mujeres. Los dos hombres ocupaban una misma habitación y las dos mujeres, otra. Pese a que el teléfono de ambos dormitorios repiqueteó insistente, no respondieron.

—Será mejor que vayas a preguntarles qué les ocurre.

—¿Ahora?

—No, dentro de un rato, cuando vuelvan la mayoría a sus habitaciones. Mientras, quédate aquí en conserjería por si hay alguna llamada, yo tengo que salir y a Alexa no se le puede pedir nada, se ha tragado demasiadas píldoras, cualquier día van a tener que hacerle un lavado de estómago.

—Bien, luego llamaré a las habitaciones. La llave maestra es ésta, ¿verdad? —Tomó una llave que había detrás del mostrador.

—Sí, claro. Tú fuiste la que abrió con ella la puerta de mi cuarto y se metió dentro, ¿verdad?

—Sí, ¿te molestó?

—Eso quiere decir que la noche del crimen no estabas en la ciudad sino aquí.

—Sí, pero yo no maté a Van Erick, sería una estupidez pensarlo.

—¿Para qué viniste, entonces?

—Me salieron unas cosas mal en la ciudad, estaba deprimida y tomé un taxi hasta cerca del hotel. Luego, estuve contigo y por la mañana me marché sigilosamente e hice autostop en la carretera. Eso fue todo.

—¿Qué es lo que te salió mal en la ciudad?

—¿Qué importa?

—Sí importa. Si le cuento a la policía que viniste sigilosamente al hotel ahora que han soltado a Joan, te van a acusar a ti del crimen.

—Yo no fui, lo juro, lo juro. —Se agitó nerviosa, al borde del llanto. Jordi la sujetó por los brazos.

—¡Dilo!

—Fui a buscar a un hombre, sí, a un hombre. Me había dicho que me esperaría y lo encontré casado. Me sentí estúpida, pensé que tenía que hacer algo o me desmoronaría y entonces…

—¿Pensaste en mí?

—Sí, sí, fui a buscarte a ti.

Jordi Arnot abandonó el hotel a bordo del automóvil grande, rasgando la noche con sus faros.

Conocía bien el camino, aunque el tiempo era malo, el viento azotaba la carrocería del vehículo.

Amenazaba tormenta; sin embargo, el cielo no estaba enteramente cubierto. Los nubarrones se desplazaban rápidos, pero no habían cerrado el cielo y la luna, con su espléndido y a la vez helado plenilunio, lo iluminaba todo.

Cuando llegó a la urbanización, todo se hizo más siniestro.

Al dejar el asfalto, notó que los neumáticos rodaban sobre la tierra blanda y húmeda, se notaban perfectamente las rodadas del microbús que le había precedido.

Apagó los faros y continuó avanzando despacio, sólo iluminado por la luna llena que semejaba jugar con él al escondite.

Eva, con la llave maestra, subió a las habitaciones que tenían colocado el cartelito de «NO MOLESTEN». Sabía que, en caso de ayuda, estaba obligada a emplearse a fondo y llamar al médico, pues eran ancianos y estaban más predispuestos a sufrir alguna contrariedad grave.

Golpeó con los nudillos en la primera de las puertas, nadie respondió.

Introdujo la llave en la cerradura y se franqueó la entrada. Despacio, como temiendo despertar a unos posibles durmientes, entró en la habitación de las dos ancianas. Las des cubrió sobre las respectivas camas.

Se habían maquillado y puesto sus mejores vestidos. Se habían enjoyado con todo lo que habían llevado en su equipaje y yacían inermes. Cada una de ellas había dejado una carta sobre la mesita de noche.

Eva sintió un nudo en la garganta.

Avanzó despacio hasta tomar una de las cartas que estaban dirigidas al juez, abrió el sobre y la leyó.

—Dios mío —exclamó, al leer que se declaraban suicidas y que se marchaban para reunirse con sus muertos.

Tocó a una de las ancianas y la notó rígida, no cabía duda de que hacía horas que estaba cadáver. Entonces, descubrió varios paquetes de medicamentos abiertos y los botellines de las píldoras, vacíos.

—Dios mío, se han envenenado.

Salió del cuarto caminando hacia atrás, como temiendo que las ancianas fueran a levantarse de un momento a otro.

Pasó a la otra habitación, y lo que descubrió fue más desagradable, pues los ancianos habían utilizado las navajas barberas para cortarse las venas y había sangre por todas partes.

De súbito, comenzó a oír como una risa contenida, una risa maligna que cada vez se elevaba más y más. Cerca de su rostro notó como un vaho pestilente y algo similar a unas garras que la atrapaban.

Eva chilló, aterrorizada, y consiguió zafarse de algo o alguien al que no veía. Echó a correr por el pasillo sin dejar de chillar, pero la

risa la perseguía, ahora con grandes carcajadas.

—¡Noooo, nooo!

Descendió los peldaños a trompicones. Ya en el último tramo, cayó rodando de cabeza, dando gritos, hasta que quedó al pie de la amplia escalera, justo cuando entraban unos hombres en el hotel. Eran policías, acompañados de un taxista uniformado.

Tuvieron tiempo de verla caer y corrieron hacia ella.

El inspector Prieto fue el primero en llegar, le miró el rostro y torció el gesto.

—¿Es ella? —inquirió el comisario Roldán, encarándose con el taxista.

—Sí, ésa es la mujer que yo traje por la noche.

—Yo, yo no fui —musitó Eva.

Y quedó con los ojos abiertos, unos ojos que se vidriaron rápidamente.

Capítulo XXII

AVANZÓ con el coche por detrás del muro de cipreses, dejándolo oculto.

Los perros debieron oírle, porque ladraron enloquecidos con sus voz bronca y amenazadora. A pie, se acercó a la verja. Hubo un relámpago entre las nubes desgarradas y luego llegó el trueno, haciendo temblar la tierra, pero en aquellos instantes no caía una sola gota de agua.

Llegó hasta la verja y vio el microbús. Empujó con suavidad y comprobó que no estaba cerrada con llave; de esta forma, se filtró hacia el interior.

Sabía que todos estarían ocupados en la ceremonia, todos excepto Bennet que debía andar por alguna parte.

Los dóberman seguían ladrando y Bennet estaba con ellos, tratando de calmarlos, pues suponía que su excitación se debía a la presencia de los ancianos en la casa, por ello no concedió mayor importancia a sus ladridos de alerta y amenaza, pero sí trató de acallarlos para que no resultaran molestos a Zattoni en aquellos momentos.

Magny estaba terminando su danza macabra, aquella danza que llevaba a cabo totalmente vestida de negro, con una carátula cubriendo su rostro, una carátula que representaba a una calavera.

Frente al libro de las invocaciones se hallaba Hugo Zattoni con su impecable frac y delante del arca iluminada por los grandes cirios, estaban los ancianos con sus sobres preparados para ser introducidos en el buzón de aquel correo que llegaba hasta el más allá de la muerte.

Mireya sentía en su mente los efectos de la droga ingerida con aquel licor que pasaba bien por la garganta, pero que llegaba rápidamente al cerebro; ella no tenía ningún sobre que mandar y estaba muy nerviosa, aunque se contenía.

Jordi Arnot había acordado encontrarse con Magny en el atrio de la casa, pero la joven aún no estaba allí. Intentó abrir la puerta de la vivienda y no lo consiguió, se hallaba cerrada. Las ventanas estaban enrejadas y las espesas cortinas del interior no permitían ver nada.

Miró su reloj, era casi justo la media noche. Otro relámpago iluminó el cielo y, al poco, el trueno hizo temblar el suelo empedrado del atrio. De pronto, cayeron gruesas gotas de lluvia que repiquetearon sobre el techo metálico del microbús.

Magny terminó de danzar y Hugo Zattoni se dirigió al arca, levantando la tapa de cuyo interior semejaba brotar un rumor de seísmo profundo.

Magny abandonó aquella estancia donde los visitantes habían quedado como estatuas, esclavizados por la sugestión de Hugo Zattoni, por el ambiente y el bebedizo tomado.

Magny se quitó la carátula y buscó el largo abrigo de piel muy fina, pero que era suficiente para protegerla del frío del exterior. Fue hasta la puerta y al abrirla, se encontró casi de cara con…

—Jordi.

—Hola, Magny. ¿Cómo va todo?

—Bien.

—Afuera está Bennet con los perros.

—Entonces, no podemos salir aún. Jordi, Jordi —lo besó ansiosa, casi desesperadamente, en la boca—. Sácame de aquí, sácame o me volveré loca.

—¿Tienes la documentación?

—Tengo los números, los datos. Me podrán dar otra, ¿verdad?

—Sí, pero si tienes tu propio carnet de identidad, se facilitarán mucho las cosas. Zattoni no podrá perseguirte.

—Está en su despacho, lo tiene todo en regla.

—Entonces, hay que coger esa documentación y te vienes conmigo. Si eres mayor de edad, no podrá ejercer ningún derecho sobre ti, aunque sea tu padre adoptivo, lo malo es que no tuvieras documentación.

—Ven conmigo, la cogeremos.

—Afuera tengo el coche, te llevaré a la ciudad. Allí tengo un pequeño apartamento donde podrás permanecer escondida.

—Jordi, Jordi, si nos descubre nos matará. Él me ve como a una

esclava de su propiedad. Me salvó para que yo pasara a ser de su propiedad.

—¿Se ha enamorado de ti?

—No lo sé, yo creo que de mi danza, le subyuga.

—Lo comprendo.

Magny lo condujo al despacho de Zattoni mientras se llevaba a cabo la ceremonia.

Las invocaciones, a veces a gritos, brotaban de la boca de Hugo Zattoni que cada vez comprendía más y más los pormenores de aquella singular ceremonia que llevaba a cabo como ministro de Satanás.

No tenía a nadie para recoger las cartas y colocarlas dentro del arca, pero pensaba solventar la situación cuando llegase el momento y así lo hizo.

Se apartó del libro de las invocaciones, fue hasta Mireya y le dijo:

—Recoja las cartas y échelas usted misma al interior del arca.

Mireya comenzó a respirar arrítmica y ruidosamente, era como si le faltase el aire.

Zattoni regresó a su libro. Mireya pasó por delante de los ancianos, ansiosos por conectar con los espíritus, sin saber que éstos, que podían estar dentro del arca, eran malignos. Espíritus que después habrían de perseguirles cómo había sucedido con los ancianos que habían participado en la ceremonia anterior, espíritus visibles o invisibles, pero satánicos que ya no los dejarían hasta que acabaran con ellos, espíritus capaces de aterrorizarlos hasta la desesperación con sólo reírse en torno a ellos, estuvieran donde estuviesen.

Mireya miró el arca con recelo.

Avanzó dos pasos hacia ella cuando ocurrió lo inesperado, lo que jamás hubiera podido imaginar.

Violentamente, como empujado por un resorte, del interior del arca surgió un ser que parecía corpóreo y cuyo aspecto espantaba.

Estaba desnudo y su cuerpo tenía varias heridas. Su rostro ya no parecía humano y sus ojos estaban vidriados, sus cabellos en desorden.

—Van Erick —gimió Mireya, incapaz de gritar.

—¡Asesina! —acusó aquel espíritu surgido del arca.

Lo que brotó de la garganta de Mireya fue una mezcla de chillido y alarido que acuchilló los muros de la casa. Luego, llegó un relámpago y más tarde, el trueno.

Los siete ancianos, aterrados, pero incapaces de moverse, comenzaron a gritar mientras Mireya se le escapaban las cartas de las manos y el espíritu de Van Erick le atenazaba la garganta con sus garras.

Al mismísimo Zattoni se le apagó la voz ante lo que estaba viendo.

La puerta de la estancia se abrió violentamente y apareció Jordi Arnot atraído por los gritos.

Vio a Mireya debatiéndose, cogida por el cuello, queriendo escapar sin conseguirlo mientras el espíritu de Van Erick tiraba de ella para introducirla en el arca al tiempo que otras manos, huesudas y descamadas, aparecían por el borde de la caja. Poco a poco, asomaron rostros cadavéricos, rostros que surgían de las profundidades de una sima insondable que no se sabía dónde estaba, pues la caja no parecía tener fondo.

Jordi Arnot tomó una de los candelabros. Como una fiera, sale hacia al caja y puso las llamas de las velas sobre el espíritu de Van Erick que se inflamó como si estuviera compuesto de gas inflamable.

—¡Aaaaagh!

Jordi Arnot empujó a Mireya, salvándola de la terrible situación, y cerró el arca violentamente mientras Mireya y los ancianos no cesaban de chillar, enloquecidos, fuera de sí.

Cuando se volvió, Zattoni había desparecido.

Se dio cuenta de que Magny estaba sola en el despacho y que Hugo podía descubrirla. Regresó corriendo al despacho, dejándolos a todos gritando desesperadamente, incapaces de valerse por sí mismos, inmersos en una locura colectiva en aquel ambiente propicio para el terror.

—Quieto o la mato —silabeó Zattoni, amenazador.

Magny tenía su documentación en la mano, pero a su lado, decidido a todo, estaba Hugo Zattoni empuñando su pistola Colt 25 con la que apuntaba a la cabeza de la muchacha.

—Está usted loco, déjela libre.

—No, tú no te la llevarás ni dirás nada de lo que has visto.

—Ha jurado con Satanás y se ha impregnado de su maldad, toda la vida buscándole y al final lo ha encontrado en esa maldita caja.

—Allí están los espíritus de los muertos; algún día conseguiré sacarlos por completo. —Jordi, no le hagas caso, no le temas. Él sólo ha matado a los débiles, sus cadáveres están sepultados en el sótano. Cuando los saca de la caja donde han sido asesinados por los espíritus, su aspecto es horrible.

—No la irás a creer, ¿verdad? —Gruñó Hugo Zattoni.

—Sí, la creo. Si ella me dice que te tema, no voy a hacerlo.

—La mataré, no des un paso más, la mataré —insistió, nervioso.

—La policía vendrá pronto aquí y se hará cargo de ti —gruñó Jordi.

Siguió adelante y Zattoni apretó el gatillo.

Chasc, chasc…

—Quité las balas de la pistola —dijo Magny, sencillamente.

Hugo Zattoni rugió desesperado. Se abalanzó contra Jordi que trató de retenerle, pero Zattoni consiguió darle un culatazo en la cara que le hizo tambalear.

Cuando se recuperó, corrió detrás de Zattoni.

La puerta estaba abierta y, a distancia, Jordi pudo ver cómo Hugo Zattoni cogía el pesado libro de las invocaciones y levantando la tapa del arca, se introducía en ella, volviendo a cerrarla.

En aquel momento, irrumpían en la casa el comisario Roldán, el inspector Prieto y guardias de uniforme.

—¡Vengan, vengan, está ahí dentro! —gritó Jordi Arnot.

Se acercaron a la caja.

Jordi intentó levantar la tapa y no lo consiguió. El comisario comenzó a ayudarle y con él, los demás, hasta que lograron levantar aquella tapa que, increíblemente, ahora parecía pesar una tonelada.

Lo que encontraron dentro de la caja fue desconcertante: Un esqueleto vestido de frac sujetaba un libro carbonizado entre sus manos.

—¿Quién es éste? —preguntó el comisario Roldán.

—No lo sé —reconoció Jordi Arnot, desconcertado. Volviéndose hacia Mireya, dijo—: Ella es la asesina.

—Sí, ya lo hemos averiguado —asintió el comisario Roldán—. La víctima tuvo que ver con la hija de Mireya. Van Erick sentía debilidad por las niñas, era un cerdo. La niña se suicidó dentro del

colegio en el que la había internado su madre después de lo sucedido con el holandés. La madre quiso vengarse y lo preparó todo. Hizo comprar unas muñecas eróticas que luego distribuyó adecuadamente, asesinándolas. Quiso inculpar a Joan pero no lo consiguió. Sospechamos de la guía, pero Eva tampoco había sido. Como ya conocíamos los datos de la niña muerta, investigamos la vida de todos los sospechosos, incluida la suya.

Los guardias se llevaron a Mireya y tranquilizaron a los ancianos. Bennet también fue detenido y al día siguiente, descubrieron los restos de Ros y Dos Dedos.

Alexa sufrió un ataque de nervios al conocer todo lo ocurrido y Jordi Arnot se llevó consigo a Magny en el coche grande. Los restos de Hugo Zattoni fueron extraídos del arca de madera tallada, negra y maligna, que quedó allí olvidada y silenciosa, rodeada de candelabros apagados dentro del umbrío hotelito perdido detrás de una moderna urbanización.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.